

BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 165

CARLOS SABAT ERCASTY

ANTOLOGÍA
TOMO I

MONTEVIDEO

1982

27.

20
133

LIBRERIA
COMTRA-VENTA-CAME
TEXTOS AL TECNICOS
S.A.
T. 1733
Tels. 41 28 13 - 41 56 54

ANTOLOGÍA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISIÓN EDITORA

RAQUEL LOMBARDO DE DE BETOLAZA
Ministra de Educación y Cultura

ARTURO SERGIO VISCA
Director de la Biblioteca Nacional

TTE. CNEL. ÁNGEL CORRALES
Director del Museo Histórico Nacional

ABELARDO MANUEL GARCÍA VIERA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 165

CARLOS SABAT ERCASTY

ANTOLOGÍA

AL. 10. 93

CARLOS SABAT ERCASTY

ANTOLOGÍA

Selección y Prólogo de
DORA ISELLA RUSSELL

MONTEVIDEO

1982

PROLOGO

La alumna evoca a su Maestro...

La actitud tiene mucho de sorpresa, a la vez que congoja y recogimiento. Con ánimo reverente asumimos la responsabilidad de estas palabras liminares —de este "Pórtico", hubiera dicho Sabat— en las que cabe toda la admiración y todo el respeto, la vitalicia devoción de una existencia dada, por ascendiente suyo, al quehacer literario, la gratitud a quien fue inspirador de caminos, develador de enigmas y que nos deslumbró ya en la hora de la infancia, con el dilatado horizonte de las literaturas y la misteriosa cofradía de los poetas, en la que nos introdujo como taumaturgo benévolo. Fue el iniciador, el mago fascinante que hizo de la enseñanza de una asignatura, la arriesgada empresa de la maravilla, con el corazón en vilo y desplegados los velámenes para la gran aventura. Nos intoxicamos de poesía para siempre...

Por eso nos resulta extraño invocar al maestro, y que el maestro no esté ya junto a nosotros.

* * *

Perteneció Carlos Sabat Ercasty a una generación post-modernista, de soñadores empedernidos

que todavía llevaban agresivas melenas, sombreros de anchas alas, negras chalinas volanderas y capas románticas. Tenían el culto de las actitudes audaces, la inocente apetencia de ser extravagantes. Hacían y deshacían el mundo en ruedas noctámbulas, ante un pocillo de café a veces compartido entre varios, porque los parroquianos eran más ricos de ideales que de monedas. El humo espeso de los cigarros no enturbiaba las ideas de aquellos jóvenes volatineros del verso —pues casi todos estos bohemios eran poetas— que cantaban a la Noche, al Amor, a la Vida y la Muerte, con la asombrada mayúscula de las cosas fundamentales y recién nacidas. Más jóvenes que Vaz Ferreira y que Rodó, menos formales, traían en la frente el signo de los tiempos nuevos, inquietos y rebeldes.

Pero en esa bohemia nocturna, en ese deambular en busca de amaneceres, había una auténtica sed de conocimientos universales, el deseo fáustico de saberlo todo. No eran, salvo excepciones, universitarios. Pero sabían la importancia del estudio, y la autodidáctica les ensanchó los caminos. No desdeñaron nada: de los clásicos greco-latinos a los clásicos españoles, de los parnasianos a los simbolistas, de los modernistas americanos a los remotos poetas de Oriente, sin omitir el arcano de las ciencias ocultas. Esa avidez informó también la ciclópea cultura de Carlos Sabat Ercasty.

* * *

Finalizaba el siglo XIX en un clima auspicioso para la vida cultural del Uruguay, a la cual con-

tribuyó poderosamente la reforma escolar de José Pedro Varela. Escritores como Daniel Muñoz, Teófilo Díaz, Elías Regules, José G del Busto, representan las tendencias jóvenes de la lírica y del teatro gauchesco. Sobresale en la novela el nombre ilustre de Eduardo Acevedo Díaz. Hacia 1895, los hermanos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, José Enrique Rodó, entre otros, fundan la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que se erigió en portavoz de las corrientes filosóficas y literarias de Europa y América. Hacia 1900, también se llamará *La Revista* la que funda Julio Herrera y Reissig. Alrededor de 1899 inaugura su taryectoria un escritor individualista y refinado, Raúl Montero Bustamante que en su madurez reasumirá la responsabilidad de revivir aquella *Revista Nacional* de fines del siglo. Aparte y simultáneamente se desenvuelve la fecunda carrera literaria de Juan Zorrilla de San Martín, que mantuvo su adhesión a los cánones de su pertinaz romanticismo a pesar de las muchas corrientes nuevas que en el transcurso del siglo XX y hasta su muerte en 1931 fueron desplazando los diversos movimientos estéticos. Obsérvese que cuando se funda, en 1895, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, Zorrilla de San Martín ya ha alcanzado celebridad con su "*Leyenda Patria*" de 1879 y el pleno reconocimiento internacional con su "*Tabaré*", de 1888. Las novedades literarias no lo rozan. Es verdad que desde "*Tabaré*" no publicará más versos, cultivando, en cambio, una prosa magnífica, de poética enjundia, y sobrevivirá a su propia juventud con la suave dignidad de

quien no quiso o no supo apartarse del sendero inicial. Quizás esas superposiciones y simultaneidades de escuelas y tendencias que muestra la literatura uruguaya, así como la coexistencia de escritores de muy diversas edades y distinta formación intelectual, es lo que configura la multiplicidad y la riqueza del medio intelectual de fines y comienzos de siglo. Se codean testigos y protagonistas de dos épocas, con los rechazos e incomprendiciones habituales entre contemporáneos, nacidos, por otra parte, del temperamento revoltoso y personalista de los intelectuales de la época. El año 1900 se inicia con la gloria de un libro impar: el *Ariel* de Rodó, la magistral lección de Próspero. Rodó, Javier de Viana, Alvaro Armando Vasseur, Roberto de las Carreras, Herrera y Reissig y los hermanos Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Horacio Quiroga, Florencio Sánchez, Ángel Falco, Ovidio Fernández Ríos, integran una de las generaciones más notables que en un mismo momento y en un mismo país hayan aflorado en el continente. Cenáculos famosos nuclean a los jóvenes y rebeldes escritores: el Consistorio del Gay Saber, que capitanea Horacio Quiroga, y la Torre de los Páramos donde pontifica Julio Herrera y Reissig; también surge el Centro Internacional de Estudios Sociales, proclamando el anarquismo científico y defendiendo el divorcio y el amor libre, encabezado por Roberto de las Carreras, Vasseur, Ángel Falco, Edmundo Bianchi, Herrero, Florencio Sánchez. Revistas literarias, como *Bohemia*, *La Pluma*, *Pegaso*, son meteoros que incendian el ambiente y chamuscan a sus redactores cuando la

deflagración se extingue. Tertulias como las del "Polo Bamba" o el Café Moka, son el púlpito donde oficiaban los hierofantes de la sublime farándula. (*)

Reseñemos rápidamente algunos nombres y algunas fechas, hasta el umbral de la segunda década del siglo. En 1907, Emilio Frugoni publica *El eterno cantar*. Entre 1910 y 1914, tres poemarios revelan la llama poética de Julio J. Casal. Pedro Leandro Ipuche, con *Engarces*, y Enrique Casaravilla Lemos con *La consagración de la Primavera*, asoman en 1915. Emilio Oribe afirma su presencia lírica en varios libros sucesivos: *Alucinaciones de belleza*, de 1912; *Las letanías extrañas*, de 1913 (refundidos ambos en 1926 con el título de *El nardo del ánfora*), *El castillo interior*, de 1917, y *El halconero astral*, de 1919. En 1916, Luisa Luisi publica *Sentir*. El año 1917 auspicia una cosecha fecunda: el ya citado *El castillo interior*, de Oribe, y *El diván y el espejo* de Vicente Basso Maglio; *Savia*, de Montiel Ballesteros, y

(*) Sin ignorar las posiciones de la crítica sobre las generaciones literarias en el Uruguay (Primera generación romántica, generación del Ateneo, generación del 900, generación post-modernista, a título de ejemplo) creemos que un criterio de coetaneidad, simplemente, debe regir el contexto de la obra de un escritor que, como en este caso, participó por su longevidad de distintos momentos históricos de la vida cultural del país, por lo que no se hace discutible que se integren dentro de su generación —que podría corresponder a la mal llamada generación post-modernista y nativista— otros nombres que visiblemente tendrían que reubicarse, generacionalmente, fuera de la misma.

Humo de incienso de Fernán Silva Valdés que afirmará su personalidad en 1920 con *Agua del tiempo*.

Pero la muerte impone deserciones. En 1910, fallece Julio Herrera y Reissig. También en 1910, en el extranjero, Florencio Sánchez, y en 1917, Rodó, ambos bajo el cielo de Italia. Asimismo, el 21 de febrero de 1917, muere en Montevideo, Herrerita. El peruano Parra del Riego, tan hermanado con sus colegas uruguayos, muere en 1925; su humildísima tumba fue la última que quedó en pie, cuando se removi6 no hace muchos años, el llamado Cementerio Nuevo del Buceo. Hacia 1917, no la muerte sino la vida aisla a Roberto de las Carreras, sumida su razón en la oscuridad, hasta su fallecimiento en 1963.

En cuanto a la lírica femenina, la voz precursora de este siglo, la de María Eugenia Vaz Ferreira, se extingue en 1924, y aparece póstumo su único libro *La isla de los cánticos*. Diez años antes, Delmira Agustini, que publicara en 1907 la obra primigenia, *El libro blanco*, que le dio inmediata notoriedad, muere bajo el signo trágico del homicidio —no como suicida, como suele leerse en algunos comentarios— en 1914. Curioso resulta señalar que la crónica policial aparecida en el diario “El Día”, fue redactada por un joven periodista que se llamaba Carlos Sabat Ercasty. Quien advendrá entonces al casi despoblado sitio del verso femenino, será Juana de Ibarbourou, con *Las lenguas de diamante*, en 1919.

Dos años antes, había aparecido *Pantheos*, bajo el pesimista vaticinio de su editor, Orsini

Bertani, que le pronosticaba “la gloria de no ser leído”. Se equivocó el arúspice.

* * *

Hemos bosquejado muy sintéticamente el panorama de nuestra poesía en las dos primeras décadas del siglo, omitiendo muchos nombres que convertirían en catálogo lo que sólo aspira a ser el esquemático escenario donde comienza su trayectoria un hombre nacido para larga y fecunda militancia literaria.

Una sola y misma voluntad poética a través de sesenta y cinco años, contabilizados desde el libro inicial hasta el día de su muerte, testimonian la permanencia de una vocación y la afirmación de una laboriosidad que corren parejas con la vigorosa constitución mental y física del escritor.

Viajaba en su sangre la fuerte ascendencia catalana de sus mayores. Mariano Sabat y Fargas nació en Barcelona, en Vicens dell’Orts, en 1840, y era capitán de coraceros del regimiento de Numancia; tres hijos hubo de su matrimonio con la valenciana Viviana Concepción Lleó Andreu. En 1875 Sabat y Fargas, con su familia, se trasladó al Uruguay e ingresó en el ejército, nombrándosele Maestro de Armas y Equitación del Batallón de Infantería Nº 6. Viudo desde 1879 contrajo más adelante segundas nupcias con María Luisa Ercasty, argentina nacida en Gualaguaychú. El segundo hijo de esa unión —que daría cinco vástagos— fue Carlos, nacido el 4 de noviembre de 1887. Conjugó el ímpetu catalán de su estirpe paterna, con la reciedumbre vasca de la materna. Tuvo el privilegio

de una salud espléndida, un físico poderoso, una varonil apostura —alto, rubio, de ojos claros— que evocaba a algún dios griego emigrado a tierras de América, y una potencia mental que no declinó nunca. Fue, como Carlos Vaz Ferreira, de esos elegidos que vivieron una larga existencia sin eclipses de sus facultades y al cerrar sus ojos pudieron evadirse con el bagaje intelectual intacto, haciéndonos recordar una frase de Juana de Ibarbourou: “No concibo la vida más allá de la lucidez humana”. Tal fue el caso de Sabat Ercasty.

* * *

Rodó en su primera publicación, anunciaba con voz profética el advenimiento de un nuevo hombre americano. *El que vendrá* —título del opúsculo— data de 1896. Dice en cierto pasaje: “Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven: los maestros, como los dioses, se van. Entre tanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre. Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado a aplacar la infinita sed de expansión del alma humana. También en la libación de lo extravagante y de lo raro ha llegado a las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro.” Y más adelante añade:

[XIV]

“¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre?” Rodó murió —ya lo dijimos— en 1917. Como si se reencendiera una antorcha, en 1917 surge Carlos Sabat Ercasty con *Pantheos*. Nos complacemos en ver una misteriosa continuidad entre aquellas hermosas palabras de Rodó, y la aparición de un libro que parece concretar una respuesta a las mismas.

El autor, ¿de dónde sale? ¿Cómo se explica su formación, tan madura desde el comienzo, en la segunda generación novecentista, más caracterizada por la dispersión y la heterogeneidad que por la disciplina? Ha leído vorazmente, desde la infancia, cuanto la literatura universal ofrecía a sus despiertas ansias de lector inteligente. De aquellas horas data su familiaridad con las aventuras de Don Quijote. La Biblia fue asimismo una de sus precoces lecturas. De los relatos de *Las Mil Noches* y *Una Noche* le quedó en las pupilas una brumosa sensación de lejanía y misterio. Don Mariano tuvo el alto mérito de haber encauzado a su hijo dentro de hábitos de lecturas selectas que no sólo significaron cultura, sino vocación. Y vocación que fue destino. Ha sufrido; conoce tempranamente la desventura de la viudez, al írsele la frágil Diana de la Fuente —hermana política de Julio Herrera y Reissig—, con quien apenas compartiera un par de años de casado. Su espectro dulce aletea en las páginas del libro inicial, dedicado a su memoria: “cuya presencia está en cada

[XV]

uno de mis versos, como el sol que cae sobre un árbol, está en cada una de las hojas". Diez años más tarde, la vida compensaría aquel dolor de mocedad: su boda con Margarita Blanca López Jáuregui le deparó treinta y siete años de confortable felicidad hogareña, junto a quien fue como mujer la encarnación del ideal, la soñada compañía digna del poeta. Pero volveremos a hablar de ella más adelante. Por ahora, es el momento de *Pantheos*.

* * *

Hay resabios modernistas, naturalmente. No es fácil quitar del todo del labio, la miel del verso rubendariano, ni del oído las músicas en sordina de Verlaine; pero ahora golpea la sangre un ritmo violento, que empuja hacia lo alto en fuertes remolinos: la voz fustigante de Walt Whitman. Esa mezcla de mostos rezuma su varia influencia en los poemas, de nuevo acento, en que Sabat Ercasty exalta al hombre futuro; al hermano poeta; a todos los poetas; a todos los hombres de veinte años, en la cósmica de una voluntad heroica, un amor panteísta y un tiempo absoluto, que serán suyos, y anticipan ya los *Poemas del Hombre* de 1921. Caudaloso, vehemente, en el torbellino exultante de una tensa y jadeante ascensión sin tregua, gira en la noche bajo las constelaciones su zodiaco propio de símbolos líricos, y con este libro echa a andar su futura nombradía, erguido desde el inicio en ese magisterio poético que abrió caminos y despertó vocaciones, del que se reconocen

tributarios muchos grandes poetas de América y, más oscuramente, quien esto escribe.

* * *

Interesa subrayar —y es importante— lo que Arturo Sergio Visca comenta acerca de *Pantheos* y lo que significó su aparición: "El era el último y grande representante todavía vivo de esa espléndida promoción intelectual uruguaya que, en el cruce de la segunda y la tercera década de nuestro siglo, promovió una necesaria renovación de las letras nacionales y legó al país muchas obras perdurables. El honroso título de iniciador de ese movimiento de renovación le corresponde en estricta justicia en lo que a la creación poética se refiere. Su primer libro de poemas, *Pantheos* (1917) publicado dos años antes de que la también innovadora Juana de Ibarbourou hiciera conocer su *Lenguas de diamante*, permitió escuchar en el ámbito de la lírica nacional una voz nueva y de tonalidades hasta entonces totalmente inéditas. Ese libro, por consiguiente, constituye un hito fundamental en el proceso histórico de nuestra literatura, porque con él se inició en su territorio lírico (donde todavía eran perceptibles ecos del agonizante modernismo, como, por ejemplo, los dos libros iniciales de Fernán Silva Valdés, *Anforas de barro*, 1913, y *Humo de incienso*, 1917), un sustancial vuelco de rumbos, y la poesía nacional, desentendiéndose del ya periclitado modernismo, se abrió camino, nutrida de nueva savia, hacia nuevas maneras que se manifestaban esplendorosamente, y con muy diversas modulaciones, en el

movimiento poético uruguayo de los años veinte, pródigo en valores de primera fila. Por lo tanto, *Pantheos* tiene en la literatura nacional, una doble significación; es el momento de apertura de un orbe poético, el de don Carlos Sabat Ercasty, que siguió creciendo impetuosamente en libros posteriores, y es el comienzo de un período en el cual la poesía uruguaya asume una fundamental actitud renovadora."

Integran *Pantheos* cinco extensos poemas líricos: "La esfinge", "Nirvana", "La Montaña", "Urania" y "El árbol". Un verso libre elástico, musical, singulariza esas composiciones, que compendian el recorrido del poeta por lejanas filosofías y viejas cosmogonías. Y con siete prosas: "Al poeta que viene", "El hombre", "Anunciación", "El comienzo", "Más allá", "El héroe y la ruta" y "El placer armonioso". Los títulos nos introducen en cierta medida en el espíritu que inspira sus creaciones. Poesía y prosa se caracterizan por la fluidez de la dicción, las imágenes avasallantes, el tono apasionado, la exasperación metafísica, la voz profética. Sabat canta como pudieron hacerlo los druidas hace miles de años, con la mirada puesta en el porvenir y la frente alzada hacia los astros. Todo el poeta está en este libro. Toda la problemática que vivirá en sus obras a lo largo de trece lustros tiene su matriz en *Pantheos*.

¿Qué significa este título? Que todo es Dios; que Dios está en todo. De allí el panteísmo de su verbo, su inmersión en la naturaleza, su identificación con la infinitud del cosmos, en cuyo centro, indefenso y enorme a la vez, se yergue el

Hombre, eje de la creación: *Eternamente joven / Para la vida es todo el universo! / Como esa juventud inalterable / Sea el río copioso de tu verbo!*

He aquí al poeta enfrentado con su dialogante eterno: ese Hombre que es otro y es él mismo, ese Hombre que vertebralmente desde el comienzo la arquitectura de su obra, el de los pasmos místicos y las desgarradoras tempestades. Los *Poemas del Hombre* tienen su génesis, su precursora, en esa obra de juventud. Es más, dijérase que es tal la fuerza vital que enciende la poesía de Sabat, que toda ella es un mismo ímpetu, una continuidad sostenida a través de todo su itinerario, aunque adopte formas diversas y abrace una temática plural.

Serán los suyos, cánticos para todos los hombres. Esa fraternidad universal da coherencia a la multiplicidad de temas, ante los cuales, empero, el vertical protagonista es él mismo —y en él, todos los hombres del mundo—, quien contempla y canta el Mar, el Amor, los "seres espléndidos". Anhelante, en la exultancia de un privilegiado vigor que hizo exclamar a Parra del Riego que Sabat tenía "salud brillante y enorme de kermesse" —aunque lo que en el peruano era admirativo entusiasmo juvenil sirvió años después para que algún crítico lo repitiera con cierta zumbonería peyorativa—.

"Dios de entregó en secreto poderes proféticos y el don de manejar las imágenes, las metáforas, los símbolos, los mitos y los duendes, para descubrir designios altísimos en la condición humana", anota Tomás G. Brena. Y añade, con

justicia: "Sabat Ercasty es el señero de la esperanza, el que levanta el otro rostro del hombre; el que espera el mundo nuevo; el que lo canta a través de las nubes de su trono excelso; el que estudia y profundiza su destino; el que ve los signos de la promisión futura".

Cuando en 1921 publicó el libro inicial de la serie de los *Poemas del Hombre* —el primero, que abarcó el *Libro de la Voluntad*, el *Libro del Corazón* y el *Libro del Tiempo*— afirmó la plenitud de su magisterio lírico. Aparecen bajo ese título genérico —alternando con otros—, el *Libro del Mar* (1922); el *Libro del Amor* (1930); la *Sinfonía del Río Uruguay* (1937); el *Libro de la Ensoñación* (1947); el *Libro de Eva Inmortal* (1948); el *Libro de los Mensajes* (1958). Tal vez se nos olvida alguno. En todos está en pie el inmortal actor, el prometeico ladrón del fuego, el que fue capaz de desafiar a los dioses; aquél en suma que pudo decir con Terencio: "Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno". Nace el verso, libérrimo, pero musical; sin rima, pero de henchida melodía; rítmico, himnico, encerrando en su caudal todos los sonidos: los del viento, el trueno, el oleaje; todos los rostros de la naturaleza y de la vida. No puede enjuiciarse la poesía de Sabat con menos palabras pero con más rigor de lo que lo hace Federico de Onís en 1932, en su consagratoria *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*: "Su poesía se caracteriza por la fuerza y la abundancia, por la valentía con que ataca los grandes temas humanos: el hombre, el tiempo, el mar, la vida. En forma libre, que tiene

algo del versillo bíblico y del verso de Walt Whitman, canta a toda voz su exuberante optimismo vital y cósmico".

La creciente celebridad del escritor se ensancha, rápida, entre los otros del continente. Echa a andar produciendo un calofrío nuevo, el estremecimiento de las revelaciones, en una hora en que poesía y poetas eran importantes. Sabat se agiganta y su siembra llega a latitudes insospechadas. Muchos lo reconocen por maestro y se honran de ello. Hace escuela. Tiene discípulos, no imitadores. Es la diferencia de Sabat con Herrera y Reissig o con Juana de Ibarbourou, que sí tuvieron imitadores, sin hacer escuela. La diferencia es sutil y profunda. El imitador, el que se pliega servilmente a modelo ajeno, pasa; el discípulo puede permanecer por sus propias fuerzas.

El caso de Neruda merece algún detenimiento. Sabido es que una de las más decisivas influencias de juventud del chileno, fue el descubrimiento de la poesía de Carlos Sabat Ercasty. El adolescente absorbió con deslumbramiento el vuelo cósmico, la arrebatada pasión lírica del uruguayo, el embrujo de la noche estrellada, los *Poemas del Hombre*, los libros de la *Voluntad*, del *Corazón* y del *Tiempo*, los estupendos *Nocturnos*, el delirio panteísta de los poemas editados en los años veinte por el gran escritor de quien nosotros aprendimos el amor por el verso y la lección de belleza de los grandes poetas universales de Oriente y Occidente. El ritmo vibrante de su poemario *Vidas*, rico y orquestado como un sonoro verano, la suntuosidad verbal inusitada de esta obra, el arrebatado telúrico,

su esplendor decorativo, se hacen oír en los poemas de Neruda; y no sólo en los de mocedad; sutilmente, delicadamente, quedan adheridos a su voz más íntima, aparecen y reaparecen en su creación a través de los años, por afinidad, por coincidencia temperamental; o porque la huella del uruguayo fue poderosa en la joven arcilla espiritual de Neruda. *"Todo es ardiente, tierra, si cruza por la vida"*: tal dijo en un poema nuestro Sabat Ercasty. Y Neruda sintió en sus inicios la pujanza de esa ardentía, y haciendo su propio y victorioso camino no renegó nunca del lejano mentor de sus primeros tiempos. Es justo reivindicar esa influencia, que une para siempre en la historia de la literatura de nuestra lengua, dos valores de perdurable trascendencia.

Un análisis detenido y objetivo nos revelaría analogías tan reiteradas (que han llamado la atención de críticos como Amado Alonso y que estudia pormenorizadamente G. Meo Zillio en el cap. V: "Sabat Ercasty y Pablo Neruda", de su libro *De Martí a Sabat Ercasty*) que inevitablemente la palabra *plagio* se insinúa a poco de revisar poemas de ambos. No es del caso abrir una polémica sobre precedencias que reeditaría el pleito Lugones-Herrera y Reissig, cuando la observación apuntada sobre Sabat-Neruda no quita nada a éste ni añade nada al otro.

A tantos años ya de la juventud de ambos; desaparecido en 1973 el universal poeta sureño, y recién cerrados los ojos, en la erguida ancianidad de sus noventa y cuatro años nuestro Sabat, es todo un documento la carta que Neruda le en-

viara cuando apenas contaba dieciocho años y andaba en busca de su propia voz. Es indudable que el lapso transcurrido ha ubicado a cada quien en su lugar definitivo. Pero el sabor de espontaneidad, de sinceridad y juventud de la epístola conserva íntegro el estremecimiento de admiración y gratitud del corresponsal que acataba el magisterio de Sabat Ercasty. Con fidelidad de corazón noble volverá a aludir a ello Neruda muchos años después, ya en el pináculo de su celebridad. Búsquese, en el tercer tomo de sus *Obras Completas* hermosamente editadas por Losada, y leeremos en "Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos" (pág. 708 y siguientes), el reconocimiento de la señalada influencia, nunca ocultada: "En este poeta vi yo realizada mi ambición de una poesía que englobara no sólo al hombre, sino a la naturaleza, a las fuerzas escondidas, una poesía epopéyica que se enfrentara con el gran misterio del universo y también con las posibilidades del hombre. Entré en correspondencia con él. Al mismo tiempo que yo proseguía y maduraba mi obra, leía, con mucha atención, las cartas que él tan generosamente dedicaba a un tan desconocido y joven poeta. Yo tenía tal vez 17 o 18 años..." Estas palabras pertenecen a un discurso pronunciado el 3 de setiembre de 1964, al cumplir Neruda los sesenta años. He aquí una carta, nunca recogida hasta ahora en libro, escrita por él en aquellos años en que comenzaba a edificar su destino de poeta mayor:

Carlos Sabat: Desde la primera línea suya que yo leí, no ha tenido Ud. mayor admirador

ni simpatía más del corazón. Yo también soi poeta, escribo y he leído como tres siglos, pero nada de nadie me había llevado tan lejos. Reciba, Sabat, mi abrazo a través de todas estas leguas que nos separan.

Aquí van unas líneas sobre sus libros que le muestran un poco de esto. Las publiqué, en mi sección de *Claridad*, ayer 12 de Mayo.

Mándeme todos sus otros libros. Sólo tengo el que me mandó: "Poemas del Hombre." Escribame. Quiero saber de su vida. ¿Qué edad tiene Ud? Yo tengo 18 años. Mi libro "Crepusculario" saldrá en 20 días más. Prepáre otro, del cual le mando algo. Hábleme de esto.

Yo estoi muy solo en mi tierra. Me quiero ir... ¿Conoce Ud. Pedro Prado? Es el más alto y el único artista de mi raza. Le enviaré sus libros.

Mándeme sus últimos versos. Pienso que Ud. debe escribirme. Yo soi muy indolente. Hace tres meses que pensaba escribirle. Al fin va a salir esta carta.

Pronto haré una selección de sus poemas, con una nota (mande un retrato!) en *Claridad*, la única revista de la juventud de Chile.

¿Cierto es que se mató Silva Valdés?

¿Conoce Ud. los poetas de aquí? ¿Cuáles le gustan? Haré que los mejores —le manden lo mejor— de ellos.

No me crea un charlatán. Reciba un abrazo mío, de admiración ¡tan verdadera!

Pablo NERUDA.

Casilla 3323, Santiago de Chile.

Resulta interesante transcribir, para admiradores de uno y otro, esta lejana carta, rebosante de sinceridad y de juventud, que tendió entre Pablo Neruda y Carlos Sabat Erasty, un vínculo histórico en las letras hispanoamericanas.

Alude el chileno a *Poemas del Hombre*, único libro que tiene cuando escribió la carta transcripta. Pero el libro de Sabat que más honda huella imprimió en la poesía de Neruda, con su ritmo elástico y su numen musical y solar, fue *Vidas*. Nos alejaría demasiado pormenorizar las analogías y coincidencias de poemas de este libro, con los de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, donde las influencias son evidentes.

Pero no sólo fue en la poesía chilena y a través de Neruda donde irradió su magnitud lírica el uruguayo. En países de Centro América; en Venezuela; en Colombia; y más acentuadamente en Ecuador, prevaleció su magisterio poético indudable. Y entre nosotros también su voz tuvo ecos, algunos no señalados hasta ahora, y que, confesamos, hemos advertido en momentos de escribir estas páginas: basta releer *Églogas y Poemas Marinos*, de 1922, para traer de inmediato a la memoria poemas de Juana de Ibarbourou, en *La Rosa de los vientos*, de 1930. El flexible alejandrino que maneja Sabat en todo ese poemario, los cuar-

tetos asonantados, el ritmo casi onomatopéyico del verso, nos conducirán por un hilo musical indudable, a los poemas en verso alejandrino del citado libro de Juana de Ibarbourou: léanse "Atlántico" (pág. 253), "El vendedor ambulante" (pág. 234), "La sed" (pág. 259), "Verano" (pág. 267),⁽¹⁾ y se advertirá el parentesco de forma y fondo, de vocablos e imágenes, que delatan la cuidadosa lectura de *Églogas y Poemas Marinos*. Digamos también que, dentro de la obra de Sabat Ercasty, en las pocas composiciones que lo integran, hay un abierto anticipo de su magnífico libro siguiente, *Vidas* (1923). El esplendor de la estructura, la facundia metafórica, la riqueza deslumbrante de esta obra, la colocan entre las grandes creaciones no sólo de la poética del autor, sino de la hispanoamericana. El éxito alcanzado en 1922 con el *Libro del mar* y la difusión de poemas de gran envergadura, como "Alegría del mar", llevado por muy distintas latitudes por el talento interpretativo de Berta Singerman, recitadora inimitable, dieron extendida fama a este libro, sin que *Vidas* alcanzara igual repercusión. Empero, hay en éste sumas delicadezas, matices sensoriales, musicalidades que no se hallan en el anteriormente citado. En *Vidas* se muestra el autor en uno de los momentos creadores más notables, como artista, dueño de una orfebrería verbal pocas veces repetida.

La plenitud estética de esos años tiene quizás su explicación y su correspondencia en la plenitud

(1) Las referencias corresponden a las *Obras Completas* de Juana de Ibarbourou, Ed. Aguilar, Madrid, 3ª edición, (1968).

amorosa del poeta. Ha vuelto a enamorarse. El 2 de marzo de 1924 contrae segundas nupcias con Margarita Blanca López Jáuregui, a quien ya nos hemos referido. Muy fina, de suave y seductora belleza, de rica vida interior, traductora de una hermosa versión de *Tú y Yo*, de Géraudy, Tula fue la apropiada compañera en la que el escritor tumultuoso halló remanso para su existencia de trabajo intenso y creación incesante. Llegaron a compartir casi cuatro décadas, en las cuales ella fue el bálsamo comprensivo y la tolerancia serena, el inteligente equilibrio que necesitaba el temperamento arremolinado de un ser excepcional. No fue tarea fácil ser la esposa de tal hombre. Pero ella supo serlo. El año 1925 tuvo para Sabat una doble connotación venturosa: nace su hija Sol y publica *El vuelo de la noche*. Éste aparece dedicado a Tula. Pero ella figura además en muchos poemas, escondida, secretamente. Su nombre es una clave tierna, que el poeta paladea en sus estrofas. Lo desliza muchas veces, de una u otra manera. Cuando canta, por ejemplo: "*Cuando las margaritas de oro hagan jardín los cielos*", la referencia a la flor es, implícita, la mención de la esposa. O cuando invoca: "*Oh, tú, la que esperabas / al que entre todo hombre tuvo el alma más triste*", ha de leerse —u oírse—: "Oh, Tula, que esperabas...", etc. Eran maneras de introducir para siempre en sus versos el nombre querido de la que supo mullirle la intimidad y hacer amplia y hospitalaria aquella casa siempre abierta para amigos y discípulos. El nombre aparecerá a lo largo de otros poemas. Es la hora en que

clama: *"Me fui por el camino de los seres violentos / sin saber que el destino me lastimó la vida / con una extraña herida de imposibles tormentos / y que todos vendrían a ensangrentar la herida"*. Pero es también la hora en que encuentra el lenitivo para todas sus angustias: *"Dulce, consoladora, curativa, balsámica... / echado en tus rodillas de blanduras piadosas, / sobre esta angustia última, lacerante, satánica, / te hiciste noche y música, te hiciste luna y rosas! / Te hiciste noche y música, te hiciste ensueño y nave, / te hiciste mar y viaje, te hiciste ruta y vuelo..."* Y a ella se dirige cuando implora: *"Oh crepúsculo! / Entre el hombre selvático que hizo rugir la tarde, / y, ese hombre sonámbulo que hará hablar a los astros, / pon el reposo dulce de una mujer de seda"*: no cabe definición mejor que esta "mujer de seda" para quien fue la más alta viajera de su vida hasta el final de sus días en 1961. Llama la atención, precisamente, que el rapsoda titánico, desmesurado, en veces violento, exasperado, se doble en dulcedumbres y juegue con imágenes y vocablos que transmiten sensaciones táctiles, auditivas, visuales, siempre luminosas y sedefías; es el hada visitadora de los jardines, es la lumbré lunar, es la dulzura y el recato. Es la mujer constelada de astros que descienden hasta sus manos, en pleno "vuelo de la noche"...

* * *

Se ha puesto casi todo el énfasis en el empleo del versolibre, en la obra lírica de Carlos Sabat Ercaasty. Es verdad que en su copiosa producción

poética, priva la libertad formal. Pero entiéndase que en ella hay siempre una secreta euritmia, una anchurosa melodía, y una articulación del verso que no es, en ningún momento, la actitud de esos autores que confunden libertad métrica con prosa arbitrariamente cortada. En esto fue en América precursor Roberto de las Carreras —quizás el primero que utiliza el versolibre encerrando en él músicas y ritmos que mecen la estrofa sin convertirla en seco prosaísmo, mera acumulación de sustantivos y verbos. En estos estetas, hay una intención definida y una concepción muy clara de lo que separa verso y prosa. Sabat Ercaasty, tan dotado para toda modulación orquestal, supo manejar todas las métricas —hasta ensayó la utilización de vocablos con sílabas de diferente longitud para aproximarse a los metros griegos, experimento que plasmó en su escultórico poema *Artemisa*— y es necesario señalar que si una extrema facilidad le permitía crear sus poemas mecanografiándolos directamente, jamás perdió de vista el vuelo musical, y ese secreto *pathos*, el duende interior que no tiene definición posible, pequeño y divino demiurgo que es el privilegio de los talentos escogidos. Cuando publica *Los adioses*, crea un soneto de peculiar contorno, que escapa de las reglas clásicas y nada tiene que ver con el de Petrarca o de Boscán, pero que encierra en sus catorce líneas, la concreción de una sensibilidad muy afinada que, por medio de ellas, expresa una posición filosófica o emocional, como gemas coaguladas y perfectas que retienen el temblor del esfuerzo creador y la verdad confesional.

Léase el soneto I; el VI, nuestro preferido; el XII, el XX... y se comprenderá la angustia metafísica, el dolor de la soledad, la torturada interrogante ante la muerte, cuando ese "pastor de soledades y de hastíos" que evoca la juventud perdida, hace recuento ya de "altas memorias". No ha recurrido al versolibre, en este caso, porque internamente el tema le ha exigido sofrenar su grito, y le ha impuesto para estas confidencias, limitación y recogimiento.

No pueden señalarse en su creación, etapas en que prevalezca una modalidad u otra. La madurez asciende del contexto. No es poesía clasificable, asible, fácil de aprehender en síntesis o reducir a argumento, a anécdota. A través de sesenta y cinco años, alterna estilos y formas, verso y prosa; recurre a la estrofa medida, rimada, o ritmada, o asonantada, o al versolibre, según lo dicte la pasión interior, según lo imponga el momento desde el subconsciente. Es como el encrespamiento de los oleajes. La vasta obra edita —y no queremos recurrir a lo mucho inédito que custodia la Biblioteca Nacional— basta para avalar una voluntad creadora que no desfalleció nunca y fue fiel a sí misma, sin concesión a modas o escuelas con el paso del tiempo.

Se le ha reprochado la abundancia y el incontenible revuelo de imágenes, acusándole de prodigación y repetición de sí mismo. Verdad es que no podía detener el torrente. Pero para el lector atento, para el oído fino, no hay tales repeticiones —sí, continuidad de un personal estilo—, sino una infinitud de matices de gama variadísima, un tornasolado espectro de metáforas, siempre nuevas y

distintas. "¿Qué profundo es el mar, qué lejos va la ola!": esto podemos decir de ese incesante fluir y refluir de su verso.

Por su parte, Alberto Zum Felde, en *Proceso Intelectual del Uruguay*, censura el *énfasis*, el *numen* —vocablo que casi nunca emplea con buena intención— que impulsa la creación de Sabat Erceasty. Es curioso que crítico tan sagaz la juzgue desde un ángulo por demás mezquino —tal vez la falta de perspectiva de la contemporaneidad— porque esa modulación amplia es la que dimanaba del estilo vital de Sabat. *Énfasis* significa afectación, grandilocuencia, actitud exagerada, huera retórica; nada de eso hubo en el estro del escritor. No finge, no busca efectos postizos.

Otros críticos censuraron su extensión y su inspiración de largo aliento. Causa perplejidad que se reniegue de lo que debiera encomiarse como don envidiable —¿o será por esta circunstancia?— Recordamos a propósito —y no es la primera vez que la contamos—, una ilustrativa anécdota del argentino Arturo Capdevila, forma humana de la cordialidad. En un viaje con nuestra familia a Buenos Aires, habíamos cenado todos juntos la noche anterior, y pasó a buscarnos a la mañana siguiente por el hotel donde nos hospedábamos. Por bromear a expensas de su notable facilidad creadora, que le deparó amargos dardos, le preguntamos: "Don Arturo, ¿qué libro escribió anoche?". La respuesta fue inmediata y aleccionadora: "Una cosa he de decirte y es ésta: podrán acusarme de haber escrito mucho, pero nadie puede acusarme de haber escrito de prisa". Espléndida defensa

contra toda imputación de repentismo o improvisación perecedera, aplicable al caso de la copiosa producción de nuestro Sabat. Sólo comprendemos que se niegue valor al exceso de obra, cuando ésta es mediocre y la cantidad no abona calidad. Nunca lo comprenderemos cuando abarca valores positivos y duraderos. Pero es corriente que los críticos, *cuando no son creadores*, miren con recelo a los autores dueños de una genésica potencia de inspiración. No es del caso censurar por escribir *mucho*, sí por escribir *mal*. En estos últimos tiempos atemoriza la producción de aliento corto, que está convirtiendo nuestra otrora magnífica literatura, en un panorama de folletos, monografías y fascículos. Nada que exija esfuerzos profundos y sostenidos. El hábito de escribir poco y el de leer poco se corresponden. Y esto no es lo recomendable para el prestigio de nuestro patrimonio cultural.

Dejando a un lado esta digresión, y volviendo a la modalidad estilística de Sabat Ercasty, digamos que la destreza con que maneja endecasílabos, alejandrinos, octosílabos, deja en su haber, en 1933, *Lirida*, exaltación ideal de la Poesía en cincuenta y tres cuartetos alejandrinos con rimas en A-B-B-A, que crean una melopea mágica, de envolventes musicalidades: *"Tal vez todo es espectro y tal vez nada existe!... / Tu reflejo en el lago, extático de amarte, / era el irreal fantasma recóndito del arte, / la divina mentira que bebe el alma triste."* En 1938, los impecables tercetos monorrimos de la *Oda a Rubén Darío* —publicada en 1967 con el título de *Canto secular a Rubén*

Darío— son una nueva comprobación de la plural maestría con que podía componer Sabat cuando encauzaba su inspiración por los límites de la medida y el verso consonante, pues forja en esos tercetos uno de los más cabales homenajes que haya recibido la memoria del indio genial de Nicaragua. Dentro de un matiz distinto, que muestra la ductilidad de su verso, publica —con Angel Aller— el *Romance de la soledad*, en 1941, de un precioso arcaísmo, con reminiscencias de viñeta medieval.

Otra vez sonetos, en 1947, integran *Las sombras diáfanas*, acuciante de preguntas torturadas y metafísica esencia. A propósito de este libro comenta Norma Suiffet en un serio estudio en el que analiza la temática que comprende (La Vida, el Cosmos, la naturaleza, el Tiempo, la inmortalidad, la sabiduría): "Aunque imposible, no es vano que el hombre intente conocer lo incognoscible. Hay más nobleza en esa honda desesperación ante lo inalcanzable, que en la resignación de los que no buscan ni intentan una solución a las incógnitas supremas. En ello está el mérito de estos sonetos admirables."

Los ejemplos que anteceden, tomados casi al azar en su vasta bibliografía, ejemplarizan la amplitud de modalidades que abarca la estilística del gran uruguayo. En 1959 firmado tan sólo por "Orfeo", publica un poema en treinta y ocho cuartetos alejandrinos titulado *Eurídice, la joven del canto*. Es una travesura poética, un subterfugio para despistar —también Neruda publicó en forma anónima la primera edición de *Los versos del*

capitán—. Pero la arrogante prestancia de Sabat asoma de inmediato en ese poemario en el que reasume la exaltada potencia de *Vidas*. El autor está recreando el mito griego en torno de una imposible, inexistente Eurídice, figura imaginada como encarnación de la Poesía misma, como un nuevo mito reconstruido a partir del viejo mito clásico. Diáfana, grácil, etérea, inconsútil, nada de terreno puede rastrearse en esa criatura de leyenda y aire, con esos ojos verdes que las mitologías atribuyen a las náyades y sirenas. Tiene —como la Poesía— todas las bellezas de una doncella: casta, esbelta, pura, es el rapto luminoso y musical que asciende en vértigo de espirales: “*¡El canto, el canto, el canto, oh locura del canto, / la voz espiritual, la voz se te volaba, / era el milagro humano, la divina belleza, / el vuelo de los vuelos, la deliciosa escala!*”

Se dijera que cuando empieza a otoñarle la existencia, el poeta retorna a la cefidura de la forma, aunque no abandone el versolibre. Pero vuelve al arrimo del verso escandido, y en 1977, como homenaje a los sesenta años de la aparición de *Pantheos* y los noventa de vida del autor, su sobrina nieta Maribel Sabat de Stenger organiza una primorosa edición, con dibujos de su hermano Hermenegildo Sabat, que en tres tomos de muy reducido formato, reúne quinientos veintidós sonetos sobre el mismo tema: la mitológica presencia de Eurídice. De esa edición que contó con una tirada de sólo cien ejemplares, rápidamente agotada, lo que casi de inmediato la convirtió en una

rareza bibliográfica, se hizo un nuevo tiraje en 1978, de doscientos ejemplares, en un solo tomo.

Según la tradición mítica, Orfeo hizo enmudecer a las sirenas, con la belleza de su canto, y envidiosas se arrojaron al mar y se convirtieron en rocas. Más tarde bajó al Hades, en seguimiento de Eurídice: amor absoluto, precursora de Beatriz en las andanzas subterráneas del más allá, ser espiritualizado y enaltecido como protagonista de la pasión terrena prolongada como sentimiento infinito y ultraterreno.

En el núcleo inextinguiblemente poético del mito griego, Carlos Sabat Ercasty toma pie para estructurar esa secuencia de sonetos en los que recoge toda la gama de las emociones, lo humano y lo divino, lo metafísico, todo un breviario del existir, pensar, sentir, soñar, condigno de la ancha experiencia vital de quien llevaba livianamente noventa años, que no le habían marchitado la inspiración ni endurecido la capacidad de sorprender cada día un rostro nuevo de la vida. El excelente prólogo de Maribel Sabat de Stenger analiza las raíces remotas del mito para ascender desde ellas a la poética de Sabat Ercasty en este itinerario de recreación lírica. Todavía es capaz de exclamar: “*¿Quién mueve, quién movió, quién tal se atreve? / ¿Quién derramó el jazmín enamorado? / ¿Quién encendió la rosa en el costado? / ¿Quién logró sueños en la estéril nieve? // ¿Quién hizo eterna la dulzura breve? / ¿Quién arrancó del pecho el enconado / acero fiel, en el horror clavado? / ¿Quién en tanto clamar pétalos llueve? // ¿Qué fresca nube ensombra las hogueras? / ¿Qué*

quieta dicha enfrena el pensamiento? / ¿Qué mano azul en la purpúrea llaga // sutiliza olvidadas primaveras, / y levanta palomas, del tormento? / ¿Quién sube, oh luz, la nave, si naufraga?"

En 1977 ha publicado también los *Sonetos de las agonías y los éxtasis*, intensamente filosóficos, fieles a una categoría inconfundible a esta altura, como impronta de su creación. Es ya la hora de los recuentos, que le hace exclamar, taciturno pero nunca amargo: "*Hube la rosa ideal sobre todas las rosas, / hube la ideal belleza, la intangible belleza, / hube el cielo invisible sobre todos los cielos, / y hubo el astro de espíritu sobre los vivos astros...*"

Toda reseña, por rápida que pretenda ser, acerca de la obra de autor tan fecundo, se convierte en inventario, nómina de títulos, y no queremos abundar en esto. Solamente hemos ido señalando algunos —dejando muchos más en silencio— con la sola finalidad de apoyar en los mismos el trazado de un recorrido que en ningún momento se apartó del imperativo mandato de su vocación.

Junto a los poemarios éditos o inéditos, Sabat Ercasty dio cima a obras en prosa, ora de imaginación, ora ensayística. Su actividad de profesor quedó en libros de carácter docente —como su investigación en torno de la poesía de Julio Herrera y Reissig. El acervo inédito, voluminoso, fue donado por el autor el 16 de mayo de 1974 a la Biblioteca Nacional en emocionante ceremonia pública; porque en cierto modo el escritor daba su despedida a un importante tramo de su vida. Empero, prosiguió escribiendo y publicando. En esos años del tramonto volvió a colaborar con

cierta periodicidad en el Suplemento Dominical de "El Día", aportando las hermosas y hondas *Parábolas* que formaron un libro en 1978.

Señalemos la sostenida actividad creadora de Carlos Sabat Ercasty desde la distante mocedad hasta el último día. Si alguna vez dijo, como en un renuncio: "*cansancio de ser yo mismo a toda hora / siempre yo mismo, siempre el maestro y el poeta*", poeta y maestro fue, por indeclinable designio, íntegro y valioso. Si como creador se caracterizó por el tono incendiado y la vitalidad estupenda también vivió en el vórtice de las dudas, de las grandes preguntas sin respuesta que le condujeron a ahondar en todas las filosofías, y supo de las torturantes melancolías y el enfrenamiento con la angustia, sin caer empero en el pesimismo destructor: "*Satán de los insomnios, en tu negro astillero, / con maderas de nervios, de incendio, de locura, / trabajaste la barca de este pobre viajero / para que navegase la noche inmensa y dura...*" Preguntas, vacilaciones, rachas de tormentas se entrecruzan como ráfagas contrarias en su alma, sin enturbiarla, sin debilitarla, mientras a su lado transcurría la vida cotidiana, hecha de labor incansable y, siempre, con el refugio del verso. Sabat fue un trabajador sin claudicaciones y, curiosamente, no se desgastó en la tarea docente. Por lo general, enseñar consume al creador, lo empareda en la rutina. No fue su caso, porque supo poner en la enseñanza, el mismo fuego que en su poesía. Sus clases eran magistrales, suscitaban vocaciones, abrían senderos, y fueron inolvidables para quienes nos honramos siendo sus

discípulos. Dibujaba con enorme facilidad. Perfiles de Dante o de Goethe firmados por "Carolus" han de estar guardados en carpetas de ex-alumnos. Fue generoso con su saber y con sus libros. Su elocuencia era subyugante, de elegancia atractiva, que embellecía los temas trillados de los programas liceales. Cuando disertaba en público se agigantaba, y el físico poderoso, la varonil belleza, la magnífica cabeza, así y todo, pasaban a segundo plano ante la voz de modulaciones secretas, resonante como un órgano, cuyas inflexiones cautivantes inmovilizaban al auditorio. En algunas ocasiones, oyéndole con el alma en suspenso en el Paraninfo de la Universidad, oímos a Roberto Ibáñez que nos susurraba con admiración: "¡Ahí está el brujo blanco!"

Cuando fue cayendo el final invierno sobre su vida luminosa, rica en el digno decoro con que vivió siempre, despojado de ambiciones materiales pero millonario de sueños y de versos, en esa "hora crepuscular" como él mismo la adjetivara en un reportaje televisivo muy pocos días antes de que dejara de latir aquel corazón infatigable, la gloria de una existencia que había volteado noventa y cuatro años sobre sus hombros atléticos respetó el resplandor indemne de aquel privilegiado intelecto.

Por el severo y solemne recinto de la Universidad de la República desfiló un pueblo acongojado que despedía, no a un hombre, sino al símbolo de una gran época de la literatura uruguaya. De ese mismo recinto partieron hacia el último reposo José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira. El

Pensador, el Filósofo, el Poeta... Una suprema trilogía de la inteligencia y la cultura.

Ante Carlos Sabat Ercasty, hoy, y siempre, y para siempre, la alumna evoca a su Maestro.

Dora Isella RUSSELL.

Montevideo, a 4 de noviembre de 1982.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANDERSON IMBERT, E.: *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, t. II. Fondo de Cultura Económica, México, 1970. — BOLLO, Sarah: *El Modernismo en el Uruguay*, Montevideo, 1951. — *Literatura Uruguaya*, Ediciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1976. — BRENA, Tomás G.: *Estudio de 8 poemas uruguayos*, t. I, Montevideo, 1974. — BULLA PÍRIZ, R.: *Sabat Ercasty (Persona y creación)*. Montevideo, 1979. — CASAL, Julio J.: *Exposición de la poesía uruguaya*. Claridad, 1940. — DE ONÍS, Federico: *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana (1882-1932)*. Madrid, 1934. — LEWIS HAWS, Gary: *El Prometeo uruguayo: Carlos Sabat Ercasty*. Ministerio de Cultura, Montevideo, 1968. — MEDINA, Generoso: *Poesía y profecía*. Montevideo, 1959. — MELÉNDEZ, Dra. Concha: *Sabat Ercasty o el canto inabarcable*. Revista Iberoamericana, III, Nº 6, mayo 1941. — SAINZ DE ROBLES, F. C.: *Diccionario de Literatura*. Ed. Aguilar, Madrid, 1954. — SÁNCHEZ, Luis-Alberto: *Historia comparada de las literaturas americanas*, t. III. Losada, Bs. As., 1974. — SUIFFET, Norma: *Las sombras diáfanas*. Revista Nacional, Nº 196, abril-junio 1958. — TORRES RIOSECO: *La gran literatura iberoamericana*. Emecé, Bs. As., 1951. — ZUM FELDE, Alberto: *Proceso intelectual del Uruguay*, 3 t., Montevideo, 1930.

SALUTACIÓN AL MAESTRO

Para Sol Sabat Ercasty.

Maestro: está lejana,
con resplandor de infancia todavía,
con la frescura de la clara dicha
y la palabra aún no pronunciada,
nuestra primera clase.

La mañana gozosa se ha perdido.
Tú la has perdido;
...la perdimos nosotros
No somos ya las mismas que te oyeron
ni tú eres aquel que nos hablaba.
—El tiempo hace su tela de distancia—
Y sin embargo, entera,
la misma imagen
no sé en qué oculto subterráneo sueña.
Y volvemos a aquella transparencia,
a aquella hora primera,
cantando el corazón
y en la frente una estrella.

Maestro: está lejana
nuestra inicial sonrisa descuidada.
Está lejana,
como nosotros de nosotros mismos.

Y este retorno al corazón,
 este viaje de ahora
 por aquellos caminos de la sangre
 que se han ido borrando en nuestra historia.
 Este rehacer la senda de alegría,
 y recorrernos el solar del pecho
 buscando el eco antiguo;
 este ir y venir por el recuerdo,
 ...es un oleaje de emoción,
 un fuego,
 una ternura,
 un vivo espejo!

Te encontramos, Maestro, cuando apenas
 espigaba la vida,
 Eras erguido y bello y poseías
 el lirismo incendiado,
 y la palabra ancha y sonora,
 alta de cielo y rica de horizontes.
 Y nuestro sueño,
 ...como una rosa en equilibrio era.
 De ti supimos la hermosura exacta
 que nos cabe en el hueco de una mano,
 y la fiesta telúrica del verbo
 que da su resplandor a la mañana.
 ¡Dulce Maestro de la ciencia grave:
 nuestra pequeña y gran sabiduría
 viene naciendo de tu propia llama!

Maestro: está lejana
 la conmovida hora del asombro,
 que tenía el temblor de nuestro miedo,
 cuando a ti nos llegamos
 con un secreto de primeros versos.

Revelación de voz irrevelada,
 enigma dulce sobre el labio fuera
 aquel canto inicial
 que aún no tenía ni amargura ni encono
 ni recelos;
 aquel canto inicial que no sabía
 otro destino que cantar no fuese.

Nadie nos había dicho
 que el tiempo va robándonos;
 nadie nos había dicho
 la pasajera
 fragilidad que tiene la esperanza.
 La dicha era como cosa cierta
 y el laurel, sin esfuerzo, se entregaba.
 Todo era fácil, accesible, riente.
 El existir nos daba
 ventura y aventura.
 íbamos descubriendo en nuestras sienes
 lo adusto, lo imposible, lo velado.
 En el pecho nacía
 un mundo sin orillas.
 Inabordable, inédita
 nunca repetida primavera!

Poeta de desmesura y de medida:
 nuestro pasado en ti tiene comienzo.
 Porque es "pasado"
 comprender la vida
 y adivinarla
 como una flor de incomprensible suerte.
 Porque es "pasado"
 revivir el ansia

que un día nos quemó sobre la frente,
y saber que es difícil la sonrisa,
que la belleza duele,
y que esta sangre
está perdiendo su incendiada selva.
Pero no vuelve a repetirse el cielo
ni descados jazmines nos prodigan
su tersura de sueño.

Hoy que vuelvo a mirar con la mirada de antes,
veo que en ti, Maestro,
resplandece,
tal la pureza de la luz intacta,
aquellos que en nosotros se hizo olvido.
El sueño todavía
es de la misma estirpe de tu sueño.
Pero la deuda antigua
el corazón saldar jamás consigue.

Sólo el verso desnudo puede darte
—desde esta soledad hasta la tuya—
la voz pequeña
que nació a tu lado.

Dora Isella RUSSELL

Montevideo, 1944.

CARLOS SABAT ERCASTY

Nació en Montevideo el 4 de noviembre de 1887, hijo de Mariano Sabat y Fargas, español y de María Luisa Ercasty, argentina.

Su padre, catalán de gran cultura, aficionó a sus ocho hijos a la lectura de los clásicos españoles. A sus cinco hijos varones, además, los inició en las disciplinas de la equitación, esgrima y natación, ya que se había formado como Maestro de Armas en España, revalidando su grado militar al ingresar al Ejército uruguayo.

Entre 1894 y 1908 cursa estudios primarios en la escuela "Atenea", y estudios secundarios. Completa sus conocimientos estudiando en forma autodidáctica Ciencias Naturales, Matemáticas, Astronomía, Historia, Filosofía y Humanidades. Frecuenta la Biblioteca Nacional y la del Ateneo.

Ocupó el cargo de auxiliar en la Fiscalía de Corte y posteriormente ejerció funciones administrativas en la Escuela Industrial.

Su labor periodística la inició en la revista "Bohemia" bajo la dirección de Alberto Lista en 1908. Al año siguiente pasó a residir en Buenos Aires, donde continuó con esta tarea. De regreso a Montevideo en 1914, fue sucesivamente cronista de "El Día", "Mundo Uruguayo", "La Razón" y "El Telégrafo". Al aparecer en 1932 el suplemento dominical de "El Día", colabora en él hasta su muerte.

De tanta importancia como su producción literaria, fue su labor docente, la que comenzó como Profesor de Astronomía en 1920. Al año siguiente se desempeñó como Profesor de Matemáticas en la Escuela Industrial de Canelones. En 1923 fue Profesor de Literatura Expresiva en el Instituto Normal de Señoritas "María Stagnaro de Munar" y Profesor de Literatura de 1er. y 2do. Grado de Magisterio. Ese mismo año ingresó como Profesor de Literatura en Enseñanza Secundaria y Preparatorios hasta su jubilación

BIBLIOGRAFÍA

en 1943. Entre 1937 y 1941 fue, además, Profesor de Literatura en el Liceo "Elbio Fernández" y en el Colegio Nacional "José Pedro Varela" desde 1942 a 1952. De 1949 a 1963 fue Profesor de Literatura en la Facultad de Humanidades y Ciencias dependiente de la Universidad de la República y en el Instituto de Estudios Superiores.

Sabat Ercasty tenía el orgullo de la vastedad de su obra literaria que abarcó prácticamente todos los géneros literarios: poesía, narrativa, drama, ensayos que plasmó en cincuenta títulos editados y otros tantos inéditos. Su producción editada se inicia en 1917 con *Pantheos* y continúa con las siguientes obras: *Poemas del hombre - Libro de la Voluntad, Libro del Corazón y Libro del Tiempo* (poesía, 1921), *V. Basso Maglio* (ensayo, 1921), *Poemas del Hombre: Libro del Mar* (poesía, 1922), *Églogas y Poemas Marinos* (poesía, 1922), *Vidas* (poesía, 1923), *El Vuelo de la Noche* (poesía, 1925), *Los Adioses* (poesía, 1929), *Los juegos de la frente* (aforismos, 1929), *Poemas del Hombre: Libro del Amor* (poesía, 1930), *Julio Herrera y Reissig* (ensayo, 1930), *Lírida* (poesía, 1933), *El demonio de Don Juan* (teatro, 1935), *Poemas del Hombre: Sinfonía del Río Uruguay* (poesía, 1937), *Himno a Rodó y Oda a Rubén Darío* (poesía, 1938), *Máximo Gorki* (ensayo, 1938), *Geografía: En el Río Cebo-llatí* (poesía, 1939), *Oda a Luis Gil Salguero* (poesía, 1940), *Cántico desde mi muerte* (poesía, 1940), *Verbo de América - Discurso a los jóvenes* (ensayo, 1940), *Artemisa* (poesía, 1941), *Romance de la soledad* (poesía, 1944), *El espíritu de la Democracia* (ensayo, 1944), *Himno universal a Roosevelt* (poesía, 1945), *Himno a Artigas* (poesía, 1946), *Las sombras diáfanas* (poesía, 1947), *Poemas del Hombre: Libro de la ensoñación* (poesía, 1947), *Oda a Eduardo Fabini* (poesía, 1947), *Poemas del Hombre: Libro de Eva Inmortal* (poesía, 1948), *Libro de los Cánticos: Cántico de la Presencia* (poesía, 1948), *Retratos del Fuego - Antonio de Castro Alves* (ensayo, 1948), *Unidad y dualidad del sueño y de la vida en la obra de Cervantes* (ensayo, 1948), *Prometeo* (drama, 1952), *Poemas del Hombre: Libro de José Martí* (poesía, 1953), *Retratos del Fuego - María Eugenia Vaz Ferreira* (ensayo, 1953), *El Charrúa Veinte Toros* (narración, 1957), *Chile en monte, valle y mar* (poesía, 1958), *Poemas del Hombre: Libro de los Mensajes* (poesía, 1958), *Sonetos*

BIBLIOGRAFÍA

ecuatorianos (poesía, 1958), *Retratos del Fuego - Carlos Vaz Ferreira* (ensayo, 1958), *Eurídice, la joven del canto* (poesía, 1959), *Lucero, el caballo loco* (narración, 1959), *El mito de Prometeo* (ensayo, 1959), *Dramática de la introspección* (ensayo, 1960), *Himno a Artigas e Himno de Mayo* (poesía, 1964), *Himno al joven de la esperanza* (poesía, 1967), *Canto secular a Rubén Darío* (poesía, 1967), *Sonetos a Eurídice* (poesía, 3 tomos, 1977), *Sonetos de las agonías y los éxtasis* (poesía, 1977), *Sonetos a Eurídice* (poesía, 2da. edición, 1978), *Cánticos a Eurídice* (poesía, Tomo I, 1978), *Parábolas* (prosa, 1978), *Retratos del Fuego - José Luis Zorrilla de San Martín* (ensayo, 1978), *Cánticos a Eurídice* (poesía, Tomo II, 1980).

El 16 de mayo de 1974, hizo donación de su archivo literario y obras inéditas a la Biblioteca Nacional.

Fue representante del Uruguay en el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en México en 1951. Concurrió al Congreso de Escritores reunido en La Habana, Cuba, con motivo del Centenario del nacimiento de José Martí en 1953. En ese mismo año representó a nuestro país en el Congreso de Filosofía y Ciencias de la Educación reunido en Quito, Ecuador.

Dictó cursos y conferencias en ciudades de Brasil, Argentina, Chile, Paraguay y Centroamérica. Recibió condecoraciones oficiales de varios de esos países, diplomas, etc.

Fue Presidente de la Asociación Uruguaya de Escritores, del Ateneo de Montevideo, de la Academia Nacional de Letras, y de otras entidades culturales.

Contrajo enlace en 1914 con Diana de la Fuente, hermana política de Julio Herrera y Reissig, que fallece tres años después. En segundas nupcias se casó con Margarita Blanca López Jáuregui; de este matrimonio nació su única hija, Sol, que con el tiempo llegó a ser su gran amiga, confidente y consejera. Al año siguiente de fallecer su segunda esposa, contrae nuevo matrimonio con Violeta Gladys Tubino.

Carlos Sabat Ercasty falleció en Montevideo, el 4 de agosto de 1982.

CRITERIO DE LA EDICIÓN

Para la presente *Antología* se han tenido en cuenta solamente las obras editas en sus ediciones príncipes.

I POESÍA

FOR SALE

PANTHEOS
(1917)

LA ESFINGE

I

Tenías la actitud lánguida y vaga
De un cisne sobre un lago que reposa.
Y me extasió el oasis de tu frente
Con el agua impregnada de azul entre sus órbitas.
Tras la túnica negra de tus párpados
Contemplé las estrellas de tus ansias remotas,
Y como un lirio en sangre y en deseo
Se rendían tus manos perfumando mis rosas.
Y desde el beso místico del alma, que nos une,
Llenabas de armonía mi vida, gota a gota,
Y a la hora del beso carnal, que nos separa,
Invadiste mi sangre de azul como una ola!
Hacia el Oriente de ocio y de molicie
La caravana blanca ya no torna,
Cruzando por la Arabia de tu ensueño
En las noches quiméricas y absortas...
Y desfallece la inefable y diáfana
Ebriedad de mi frente melancólica,
Como esas manos de marfil y fuego
Que extenúan sus ansias aguardando en la alcoba...
Ya no alejas mi enorme desencanto
Ni tus flores azules me coronan.
Ya no brotas espigas para mis negros cisnes
Que cruzan por el agua de tus lagos en sombra,

Donde se aniquilaba tu orgullo entre mis éxtasis.
 Donde bebí la sangre doliente de mis odas,
 Pálidas de tu amor, como esas vírgenes
 En cuyas carnes tristes, gota a gota,
 Va la esponja insaciable del deseo
 Exprimiendo sus bálsamos siniestramente sola!
 Tú tienes el desmayo y la tristeza
 De un cisne sobre un agua tempestuosa.
 Das un suplicio de agonía al verso
 Con tu mirada lánguida y exótica,
 Con sus filtros de muerte y de martirio
 Que ahogaron en narcóticos mi devoción remota.
 En sus luces enfermas la lujuria
 Encendió sus caricias tentadoras.
 Hostilmente reaviva su letargo
 Tu extenuado abandono y mi zozobra.
 Ellas emponzoñaron la amistad de mis cisnes
 Con tu quimera blanca, entre las ondas,
 Y desoladamente en el misterio
 Amargaron las mieles de mis rosas,
 En el hondo y oculto sortilegio
 Que embrujaba de histeria mis pupilas absortas,
 Bajo el trágico oasis de tu frente,
 Junto al agua impregnada de horror entre tus órbitas!
 ¡Ah, pero como aguardo la mirra del ensueño
 Sobre la noche inmensa que en tus pupilas flota!
 ¡Cómo ansío el minuto inenarrable
 Que el letargo nocturno piadosamente evoca!
 Yo sé la eternidad que ha de acogerme
 En tu mirada mística, maravillada, ignota!
 Y hoy tienes la actitud lánguida y vaga
 De un cisne sobre un agua que reposa.
 Y la ebriedad inmóvil de tus ojos

Atrae como una flor triste y narcótica,
 Que desmayara en su corola muerta
 La música fluída de su aroma.—
 Y entras en mi emoción toda de blanco
 Triunfando del silencio y de la sombra,
 Y mi alma va hacia el alma de tus éxtasis
 Donde vela la esfinge que siempre me interroga.
 Las últimas lujurias del misterio
 Nos llevan más allá de toda forma.
 La noche se hace eterna.
 Y en ella nuestras ansias nos ahondan,
 Y viven de su muerte y de sus ruinas
 Más allá de la música, del color, del aroma,
 Donde se abren tus atrios quiméricos y azules
 Al eterno Nirvana y a las fuerzas ignotas!
 Diríase que vuelve la caravana blanca!
 Diríase que se ungen las frentes melancólicas!
 Que en la túnica negra de tus párpados
 Reviven las estrellas de tus ansias remotas!
 Y que mi alma en el éxtasis de tus pupilas cruza
 Como un cisne en un agua que reposa.
 ¡Ah, si en la noche mística y profunda
 Me eternizara en esa ruta hipnótica...
 Junto al mar impasible del enigma
 Que alumbra un azorado plenilunio
 Cuya mirada muerta nos corona!

II

Mi mano, dolorosa, amargurada,
 Con tus manos de diáfana blancura,
 Reabre el terciopelo cordial de tus pupilas
 Bajo el letargo inmóvil que se alarga en mi angustia!

Y con tu inanidad... Y en tu abandono,
 Se duplica el arcano de mis urnas,
 Tras el espejo enfermo, profundo y desolado
 De tus pupilas ebrias de cansancio y de bruma.
 Mis manos, dolorosas y macabras,
 En tus manos de mística blancura,
 Fluyen el privilegio del encanto
 Que reaviva en tus ojos sus mansedumbres únicas!
 Cuando ese terciopelo cordial de tus pupilas
 Maravillosamente sus oros acentúa,
 Se duerme un fuego pálido en tus párpados
 Abiertos a mi trágica amargura;
 Y las blancas Venecias del ensueño
 Detallan en la plata de la luna
 El sortilegio antiguo de sus aguas
 Y extasían mis vagas y mórbidas lujurias!
 Una fatiga lánguida tu delgadez enerva
 Y en mi fiebre quimérica de enfermo se dibuja...
 Todo en tal lasitud tiembla en tus ojos:
 El marfil indostánico de tus manos litúrgicas,
 La palidez aciaga de mis lirios de muerte,
 La ojiva medioeval de la cartuja,
 El alma griega y dulce de la fuente
 Que al solitario su égloga preludia,
 La hiedra que ha arropado a las estatuas
 Cuyas órbitas frías no se azulan
 Bajo el amparo inmenso de la noche
 Que en tu astral cabellera se perfuma...
 Y la impalpable náyade que glisa
 Las aguas del estanque y en su albura
 Plasma una frase larga y armoniosa
 Dando al color su suavidad de música...
 Todo en tal lasitud tiembla en tus ojos.

Y en mi frente quimérica de enfermo se dibuja!
 Mi mano, dolorosa, amargurada,
 Purifica los ídolos macabros de tu angustia...
 Tu mirada penetra en mi silencio
 Y mi vida se embriaga de azul bajo sus cúpulas,
 Y me interno en el mar de tus pupilas
 Sin la lepra doliente de mis llagas nocturnas!...
 Mientras tus dedos suaves y balsámicos
 Recogen ante el mármol azul de las columnas
 Ese perfume de los heliotropos
 Que duermen en la seda fluída de sus tunicas,
 Yo viajo hacia tu esfinge
 Sobre el hondo misterio que en tus ojos se incubaba.
 Y vago en el crepúsculo de tus miradas de ópalo
 En tanto que tus párpados violetas no clausuran
 Sobre el mar impasible del enigma,
 El azorado y vasto plenilunio
 Que en tu interior sonámbulo perdura!

III

Me arrastra hacia tus ojos la eternidad de muerte
 Con que el silencio unánime te abandonó en mis
 [bosques,
 Y anido en las tiniebles de tus órbitas vagas
 Ebrias de inmensidad como la noche.
 Me obsesiona el hastío de tu frente balsámica
 Donde duermen los astros sus miradas inmóviles.
 Tus pupilas nos ungen de piedras milagrosas
 Con la luz impalpable y enferma de sus orbes!
 Y vivo del sopor de mi silencio
 Aguardando al amparo de las torres,
 Cuyo lenguaje místico y profundo

Despierta y alucina a mi frialdad de bronce.
¡Ah, el naufragio en las aguas de tus órbitas grises

Ebrias de inmensidad como la noche!
Desfallece en mis labios un versículo de oro.
Las túnicas desmayan sus vagos tornasoles.
En el opio inefable del ensueño y del éxtasis
Tus pálidas anémonas languidecen inmóviles.

La mirra del letargo y del olvido
Fascina a los sedosos horizontes;
La fuente duerme su égloga de plata
Y a su agua bajan las constelaciones.

Pero el misterio vela tu estupor impalpable,
En los lirios azules de tus ojos insomnes!

Pero yo me amortajo de tinieblas,
Y el hierático rito de tus dioses
Oculta inmensamente su secreto
Tras una yerta frialdad de bronce!
Mi frente palidece en tu letargo

Y la góndola suave y azul no nos acoge.
El horror amortigua en tu delirio
La sed impenetrable de mis vórtices!

Su inmensidad reabre mi herida tenebrosa
Y se interna en mis claustros con su paso uniforme.
Y todo lo invisible de tu alma y de mi ensueño
Clausura la armonía profunda de sus bosques.

Y el filtro emponzoñado del enigma
Penetra en nuestra bruma glacial, como un estoque,
Y la angustia infinita de mi sangre
Trasciende hacia los lirios de tus ojos insomnes!
Tus miradas me abruman hasta doblar la frente
Bajo el oro fluído de las constelaciones,
Reavivando en la sombra indescifrable
La obsesión de mis dudas poliformes.

Y en la hora astral, la música del alma
Fragua un caos de muerte en sus acordes,
Y languidece dolorosamente
El éxtasis copioso de sus voces!
¡Cómo se hiela en un minuto efímero

El lirio ilusionado de ser vida y ser joven,
Que a la hora sombría de los grandes misterios
Lo llevaban tus manos al secreto del cofre!

Pero los negros cisnes
Ebrios de oscuridad y de silencio
Hunden el cuello en la quietud enorme,
E interpretan los símbolos arcanos

Hasta doblar la frente de horror bajo la noche!
Y el lirio muere, misteriosamente,
Con los pétalos rígidos, profanados, inmóviles!

Hay una sed inenarrable y mística
En tus ojos nocturnos y obsesores.
En ellos se insinúa como un sueño
La armonía infinita del acorde

Y yo me interno entre sus grandes selvas
Flotando en el enigma de los orbes.
Nada desciende a mi tristeza ignota.

De lejos la inviolada penumbra de los robles
Se puebla en una música sonámbula,

Y en mi frente se agitan las brumas de Beethoven,
Y el viento huracanado de la muerte
Sobre mis vastas nebulosas corre!...

Yo penetro en tu vida como en un gran silencio
Donde un órgano místico profundiza sus voces.
Yo voy a tus pupilas como un Dios solitario
Que alucinara el íntimo perfume de tus flores.
Y el letargo nocturno de tus órbitas grises
Me embriaga en el narcótico de sus aguas inmóviles!

Me arrastra hacia tus ojos la eternidad de muerte
Con que el silencio unánime te abandonó en mis

[torres

Y anido en las tinieblas de sus órbitas vagas

Ebrias de inmensidad como la noche!

E interrogo a la esfinge de tu mirada de ópalo

Y la esfinge clausura sus pupilas enormes,

Como siempre que mi alma se ha alejado

Con la sed del misterio y auscultando los orbes,

Sobre el mar impasible del enigma

Que alumbra un azorado plenilunio

Extasiando a los vastos horizontes!

1912.

EL PLACER ARMONIOSO

Joven de los veinte años!

Entrega al porvenir

Tu vida santa y afortunada!

Sea cada una de tus voces

La afirmación más saludable!

Toque tus manos todas las cosas de la Tierra

Para infundirles una plenitud dichosa!

Cuando en la gracia de la tarde tu mirada

Esté sobre las aguas como un camino de oro

Para tu propio espíritu,

Y tu emoción sea una onda

En cada una de las ondas,

Surgirá mi presencia sobre el llano del mar

Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Y cuando arriesgues en tu mirada

La proa insaciable de la esperanza,

Y en el navío de su aventura

Tiemblen las velas curvas de viento,

Yo estaré en el impulso que estremece su lienzo,

Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Y cuando tu mirada se distienda

Como un río de luz en las grandes montañas,

Mis ansias cosmogónicas harán diáfanos todas
 Las entrañas de piedra.
 Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Y cuando tu mirada sea un árbol
 En las inmensas pampas,
 Y se bañe en la sombra
 Toda ebria de miel y embriagada de música,
 Y el aire entre la cúpula toda verde se moje
 De frescos matices,
 Difundiré mi alma
 En la savia primaveral de los ramajes,
 Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Y cuando tu mirada persiga en el espacio
 Al cóndor de los Andes,
 En cuyas pupilas hay siempre
 Un más allá para el azul,
 Un más allá para la audacia,
 Penetraré como una llama
 En la fiebre del ave,
 Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Y cuando tu mirada caiga en luz sobre el toro
 Que muje en la quietud de las praderas
 Reverdecientes,
 Aspirando en las distancias de la siesta
 El perfume sensual de las vacas,
 Mis potencias vitales arderán en su sangre
 Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Y cuando en la alta noche
 Se repose tu mirada toda en Dios,

Bañándose en los néctares uránicos
 Que irradian el espacio
 Los astros de largas serenidades,
 Yo estaré diluido como un perfume sacro
 En el seno absoluto
 Para guiarte en las zonas del placer armonioso!

Joven de los veinte años!
 Entrega al porvenir
 Tu vida santa y afortunada!
 Sea cada una de tus voces
 La afirmación más saludable!
 Toque tu mano todas las cosas de la Tierra
 Para infundirles una plenitud dichosa
 Y mi alma flotará sobre tu mano
 Para guiarla en las zonas del placer armonioso,
 Para guiarlas en las zonas de todo el Universo,
 Para guiarla en Dios!

POEMAS DEL HOMBRE:

LIBRO DE LA VOLUNTAD,

LIBRO DEL CORAZÓN,

LIBRO DEL TIEMPO.

(1921)

LIBRO DE LA VOLUNTAD

I

Estrella última de la altísima noche!
Somos los más lejanos amantes, fuego mío!
Mientras tú te subiste a la frente de Dios
yo descendí al propósito más hondo.
Mientras tú sonreías en la distancia pura
yo fui llorando
a la profundidad más triste.
Mientras tu luz se hizo invisible a los ojos
mi sombra no se vio de tan caída y negra.

Estrella última de la altísima noche!
Yo soy el arquero del mundo,
el ágil cazador
de las ciudades y los bosques.
Mis pies están llagados
y es de tanto correr por los peñascos
y pisar las espinas de la tierra.
Se ha ennegrecido mi saliva
con el polvo de todos los caminos.
El barro me llega hasta le frente
y con su mancha espesa
ha entrado a la casa de mis sueños.
El dolor de la nada
es el dolor final que soportan los hombres.

Mírame estas pupilas vacías
y estas manos ardientes y de ansiosos placeres
mostrarles a tus ojos mi pobreza desnuda.
Mi ola quedó muerta sin llegar a la orilla
cuando los brazos ebrios del anhelo
fatigaron el viento de la voluntad

Estrella última de la altísima noche!
Yo soy el arquero del mundo.
el ágil cazador
de las ciudades y las selvas.
Yo tuve los labios cargados de flechas.
Yo soy entre todos el que todo lo ha dado.
Arranqué los tesoros más hondos
para llenar el mundo de alegría.
Tenía los sueños en largas hileras
igual que los niños que esperan las olas.
Me abría el pecho entero
con una gran herida de música y dulzura
e hice volar las aves de Dios desde sus bordes.
Contéplame el fondo gastado de mi mueca.
Echa tu luz divina
sobre las amarguras de mi carne.
Pon un estremecimiento de batallas
sobre mi corazón.
No dejes que me extinga.
Constrúyeme de nuevo
para darme otra vez hasta la muerte.
Ah,
si me levantase de mi sombra
y reuniese en una fuerza ardiente
las piedras poderosas de mis ruinas.

Estaré de pie sobre mi mismo
y arrojaré relámpagos sublimes de mis puños.
Contéplame a fondo igual que si mirases
de un sólo golpe inmenso
el mar entero.
Cuéntame las heridas hasta cansarte, estrella,
y tócame estas llagas
hasta que tu propia luz les tenga miedo.
Atraviesa mi sombra
hasta que tu mirada ya no entre
en el espesor más frío de mi angustia.
El mucho dolor
me hizo acercar la frente al Dios que nos ha hecho.
¿De esa profundidad
no llegará la tierra hasta tu altura?

Yo soy quien lloró más el llanto
de la elevación y la caída.
Yo soy la garganta de más agudos gritos
que se han ido quemando sobre todas las ansias.
El lodo de los hombres
me salpicó la rosa continua de la frente.
Me di a la fiebre, a la sed, al instinto.
Las brasas violentas de las pasiones
han mordido mi carne hasta el espíritu.
Salí a las ardientes cacerías
cuando el miedo anudaba el corazón del hombre.
Libré a todas las metas las flechas de mi arco.
He agotado la Tierra,
abracé todas sus formas,
y no quedó un camino
sin las ágiles huellas de mis plantas.
Mi alma está adentro de la mayor fatiga.

Con un cansancio igual morirían los orbes.
 Estrella última de la altísima noche!
 Si la quietud mortal que me hiela los brazos
 llegase hasta una chispa de tu hoguera
 mi hastío te apagaría para siempre.
 El dolor más inmenso a que ha llegado Dios,
 es este dolor mío, con que te lloro, estrella!
 Yo soy el último deseo vencido
 y la vida misma
 que se haya ahondado más para saberse!
 Yo soy como si el tiempo se fuera a detener...
 Como si la creación contuviese su impulso
 arrepentida de sostenerme...
 Como si el amor no procrease más
 y la muerte se abriese para todos los mundos...
 Yo soy el final
 de la cadena más larga.

Estrella última de la altísima noche!
 Siento como si la mano divina
 tuviese miedo de herirme más.
 Siento como si no quedara
 un más allá para la sombra.
 Siento como si fuese a rasgarse esta venda
 de mis ojos de tierra.
 Siento como si mi última herida
 fuese el borde divino de la verdad.
 Siento como si el abismo
 no tuviese un límite más hondo y más lejano
 que mi propio dolor.
 Siento como si Dios me alzase de la muerte
 y tocase de su inmensa luz
 mi frente pálida.

Siento que mi llanto se ha hecho
 toda la voz que da la esfinge.

Estrella última de la altísima noche!
 Estrella mía!
 Es que no estamos muertos?
 Es qué yo quiero y puedo todavía?
 Tengo en mis manos la última flecha
 que quiere alzar la Tierra.
 Aguárdame, frente de Dios, estrella única!
 Mira mis brazos, mira mi arco, mira mi flecha!
 Mira mi sed, mira mi hambre, mira mi anhelo!
 Mira la sombra horrible
 desde donde el esfuerzo de mi dolor te apunta!
 Mira mi voluntad,
 alargada en tu muda distancia
 como una inmensa herida.
 Mira mi palidez y el sudor de mis llagas.
 Mirame el corazón destrozado
 sobre las piedras del mundo,
 bajo tu altura divina.
 Ya nadie puede verme al fondo de mis sombras.
 Ya nadie puede verte en tu luz inefable.
 Yo he caído de espaldas roto contra el abismo.
 El arco está partido en dos brazos inútiles,
 y la última flecha de mi vida
 sube en la noche a tu esplendor supremo!

Estrella última de la altísima noche!
 Si mi anhelo de hoy no llegase hasta ti,
 la flecha de mi sed caería sobre el pecho
 y abriría una herida más honda que las otras.
 Dios mío!

Tú sabes que la Tierra ya no me ofrece nada
para la sed!
Contempla el miedo pálido
con que aguardo la vida
o la muerte!

LIBRO DEL CORAZON

I

Si, corazón,
innumerables cantos
como de mar,
me llegan
desde tu carne joven.

Mientras escucho tus altas voces
es tu ritmo la luz potente de mis actos.
Todo mi cuerpo me hace una costa de océano
curvada y rumorosa,
para el afán inmenso de tus olas.
Mi voluntad heroica y firme
te ha arrojado por todos los peligros
sedienta de emoción y loca de embriaguez.
En tus ardientes cavidades
hay huellas muy largas y heridas muy hondas.
Qué hermoso era el camino de las batallas!
Qué alegres y qué trágicas las guerras de la vida!
Y qué profundo estabas, oh corazón divino,
removido y arado corazón,
todo hendido de surcos,
todo sembrado de doradas mieses,
todo de tierra fuerte!

Como una rama dulce doblada por la fruta,
 entrégate maduro de tu miel a la mano
 inmensa
 que impulsa tus corrientes.
 Crece más a la vida
 como cuando latiste en el materno vientre
 y las fuerzas ardientes, misteriosas y tibias
 traspasaban de amor
 los temblores de tu silencio y de tu sombra.

No te recuerdas, dime,
 cuando los dos teníamos
 una carne frutal de niño, y tú te erguías
 en la música nueva de mi pecho,
 azul y diáfano,
 con una gracia ingenua de flores con rocío?

No te recuerdas, dime,
 cuando abriste en mi cuerpo una herida de fuego
 para la pasión y para la lucha,
 llenabas mi frente de luz y de estrellas,
 y cubrías mis labios de calor y de himnos?

Ah, cómo te entregabas
 al dulce peso de la mano inmensa
 que armonizaba el ritmo y la expansión
 de tus movimientos y de tu gracia!

IV

Yo no te tuve miedo,
 ah, corazón sediento!
 Yo no te tuve miedo,
 y eso, corazón, que eras tan trágico!

Yo aprendí entre tus bosques
 la ley de tus fieras,
 y junto con ellas
 estremecidos de ímpetus y de instintos selváticos
 hicimos grandes y maravillosas cacerías.

Yo aprendí en los altísimos peligros de tu cúspide
 tus himnos anhelantes,
 allá en lo más épico de tus afanes,
 sobre tus árboles y tus montañas,
 donde ascendían tan finas y tan puras
 las aves del canto y las aves del vuelo,
 corazón, todo lleno de vuelos y de cantos!

Tú eres el único dolor
 y eres la única alegría.
 Tú eres la mejor nobleza y eres el mayor destino.
 Ahora retorno con mi vida hacia ti
 por el camino de mis heridas y mis llagas,
 con esta cosa inmensa de angustia, que me dobla.
 Toda mi vida es una gran pregunta
 que una mañana clara de infancia y de inocencia
 se fue de ti en un himno
 y hoy se vuelve más honda, toda hacia ti,
 [temblando!]

Mis labios gritan, claman y sollozan
 en tu suave declive,
 y muere sin un eco mi larga voz tendida
 en tu distancia lúcida de estrella.
 Se me agotan las fuerzas de la alegría
 y me esculpe en sus rígidos mármoles
 la longitud desnuda de los años.

No,
 yo no quiero amortajar los niños de mi emoción.
 Yo los deseo libres,
 ufanos,
 vivos de sol,
 en la alegría de las doradas playas.

No!
 No quiero abandonar las rutas jóvenes,
 la diáfana inquietud de mis pupilas,
 ni este júbilo vagabundo
 que tiene caminos en las estrellas
 y en los campos del labrador y del guerrero.

No!
 Yo no puedo cerrar estas heridas
 de eternidad y sed
 con rosas de una tarde y estrellas de una noche.

Ah, corazón, corazón divino!
 Hace tiempo mi nave se fue a todos los puertos
 y estoy tan lejos, corazón, tan lejos,
 que acaso ya no puedas conocerme si vuelvo.

Vuélcame entonces todo
 el peso joven de tu savia.
 Reclínate en profundos ríos
 tu fuerte plenitud, tu afán de madre.
 Siémbreme las semillas de tus surcos
 en cuyo grano fértil la esperanza no muere.

Si, corazón!
 Tú eres el trágico enorme de los fuertes destinos.

Mírame en el desnudo impulso
 de mi sinceridad.
 Háblame desde las grietas de tu carne,
 y viérteme tus olas ebrias,
 tus grandes olas claras,
 ágiles, extensas y gozosas!

VIII

La mañana me abrió las puertas del corazón
 y yo me fui a los caminos del mundo.

En la hora feliz de la luz nueva
 las aves entran a las rutas libres.

Toda mi vida era una noche inmensa
 de pájaros inmóviles.

Corazón,
 fue entonces que me cantó mi anhelo
 en la hendidura de tu angustia:
 No hay nada prohibido para ti.
 Desanuda tu silencio.
 Desencadena tus ímpetus irrefrenables y gozosos.
 Mézclate a la agitada realidad.
 Inúndalo todo,
 ata y desata tu actividad potente,
 transfigúrate,
 sobreponete a todas las alturas.

Corazón,
 fue entonces que me cantó mi anhelo
 en la hendidura de tu angustia:

Tú eres una vara sublime de la vida.
 Puedes arquearte,
 puedes crecer como el mediodía,
 puedes castigar,
 puedes acariciar,
 puedes echar raíces,
 y cubrirte de hojas y de cantos,
 puedes subir tus ramas hasta Dios
 y madurar tus frutas en la eternidad
 porque enlazas tu crecimiento
 entre las selvas que ya se fueron
 y las selvas que vienen hacia el mundo.

No hay nada prohibido para ti,
 cantaba mi anhelo en la hendidura de tu angustia.
 El arco estremecido de la fuerza
 te ha arrojado a la tierra
 como una flecha viva.

No seas tu obstáculo.
 No seas tu dolor.
 No seas tu muerte.
 No busques tu camino
 porque está siempre debajo de tus plantas.
 No sepas tu fin
 porque está siempre en la ruta que haces.

La vida te llama.
 La vida te trajo para ella,
 Yo te enlazaré a la belleza,
 al amor,
 a la lucha,
 y así correremos maravillados
 por la inmensa embriaguez de ser.

X

Ah, dime Dios mío!
 Por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

No me niegues el dolor de cada día.
 Hermanos,
 aquí tenéis mi corazón.
 Afilad bien vuestros cuchillos.
 Asegurad el golpe al bajar las espadas.
 Hundidme el hierro mudo de vuestras lanzas áridas.
 Qué dulce es el metal que nos desangra!

Ah, dime Dios mío!
 Por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

Es preciso que todos lastimen esta vida
 incontenible y ebria.
 La belleza es una herida más.
 Mi corazón, hermanos,
 está abierto de grietas que me cantan.
 Mis dedos anhelantes
 desnudaron mis agrias cicatrices.
 Las palabras divinas
 tienen un sangriento labio
 de donde nacen antes de ser dichas.

Ah, dime Dios mío!
 Por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

El que me hiere a mí
 se está hiriendo a sí mismo.
 Mi dolor es el dolor de todos.

No hay nadie que no llore,
pero sólo se escuchan mis desatados llantos.
Yo soy la lágrima que no se oculta.
Yo soy la herida que se muestra.
Y toda la belleza, hermanos,
es el temblado surco del pecho más herido
que el poeta descubre
bajo el ala divina de la música.

Ah, dime Dios mío!
Por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

Venid,
hermanos cobardes!
No tengáis miedo por mi angustia.
Aplastad con el lodo
la rosa pura y alta de mis labios.
castigad mi frente diáfana
con vuestras manos sucias de egoísmo.
Levantad las sombras de vuestra lengua
hasta mis estrellas amorosas.
Clavadme bien vuestras espadas negras,
en este pecho demasiado bueno.
He ahí mi corazón,
todo mi corazón, hermanos!
Es vuestro.
Quiere deshacerse en cantos
sobre vuestra miseria.
No acepta la piedad de nadie.
Que cada cual lo hiera según sus odios.
Que lo traspasen,
que lo llaguen,
que le muerdan sus rebosantes músicas,

que lo arrastren por las calles
y lo pisen, y lo quemen,
y lo desgaren, y lo rompan.
Yo tengo fuerzas
para llorar por todos.
Yo estoy de pie sobre los dolores.
Yo comprendo el horror y yo busco la angustia.
Yo no tengo miedo de nada
y he salido a llorar sobre el mundo
por todos los débiles y todos los vencidos.
He ahí mi corazón,
todo mi corazón, hermanos!
Mi vida entera es una inmensa herida
clavada sobre Dios.
He ahí mi corazón,
todo mi corazón, hermanos!
Del dolor incurable de sus grietas
mana el amor más hondo de la tierra.

Ah, dime Dios mío!
Por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

XII

Corazón! — Corazón mío!
Te has echado a llorar contra tu mundo
de tanto fuego humano que te arde y te quema.
Qué pide, dime, tu rabiosa herida?
Qué bálsamo de estrellas y de miel de la noche
podrá curar tu carne desgarrada y hondísima?
Te di mil soledades para probar tu fuerza.
Y qué temes ahora? — Y por qué gritas tanto?

Hay un susto de niño en tu carne madura.
Ya no duermes
con el sueño profundo que apaga las ciudades.

Tú te haces de llama sobre mi cuerpo triste
y cansado.
Es en la media noche de la tierra y del cielo.
Lo demás de mi vida se ha dormido en el lecho.
Por qué fino resquicio de mi sueño
se levanta tu voz, tu canto inmenso,
más allá de la sangre, del silencio y la sombra?
por qué hilo nocturno sube tu gran araña
al baile de los mundos donde danza tu fiebre?
Mi vida está apagada
bajo los cinco sellos que cierran los sentidos.
A qué nave fantasma subes tras la aventura?
A qué orillas de lo invisible te aproximas?
Tú me colocas una almohada azul,
blanda, serenadora, de infinitas quietudes,
y me duermes.
pero tú te ahondas a un costado divino,
te levantas más alto que el borde de la vida,
y desde allí te dejas caer a lo insondable!

Más allá, más allá!...
En medio de la noche, más allá, más allá!...
Al filo del abismo, al corredor más hondo,
al pozo del silencio, de la sombra, del vértigo!
Tu fiebre es el oro de la vida.
Empezaste el camino del dolor en la madre
y trajiste del vientre la angustia y el ahínco.
Pasa la sangre de una forma a otra forma.
Tú tomaste la tuya y te hiciste tu cuerpo.

Ahora estás. Ahora ardes.
No te alcanza esta vida de tu mundo?

Más allá, más allá!...
En medio de la noche, más allá, más allá!...
Tú eres la pasión y más que la pasión.
Tu amor es también una dureza.
Estás en lo más alto y mío del destino
pidiéndome otros ojos más puros para verte.
Te horroriza caer sangre tras sangre
al dolor sin salida.
Ah, si dejases de sentirte tanto,
carne desesperada, espejo de fuego,
lago de metales vivos donde mirarse es consumirse!

Las orillas del mar las está haciendo el agua.
Tu sed es la que hace tus orillas.
Sólo lo que en ti se hunde
tiene un camino firme y verdadero.
La frente nunca sale de los laberintos.
Entre las confusiones, caídas y fracasos,
cuando todo se pierde, cuando no alcanzo nada,
cuando me doblo arqueándome
bajo las grandes sombras,
me echo de golpe sobre tu luz potente
y me quemo de amor y de sed en tu fuerza!

Más allá, más allá!...
En medio de la noche, más allá, más allá!...
Allí donde no encuentra el deseo una puerta,
Tú golpeas, tú sufres, tú porfías,
tú haces la salida en el abismo.
La raíz de tu árbol
es la única llave de las cosas.

Tan agudo y tan fino de sentir has quedado
 que eres todo de música, de temblor y de nervio.
 Tu carne hizo cadena con mil carnes
 y tu sangre hizo ríos con mil sangres,
 y cuántos corazones, desde lejanos siglos,
 te dejaron más luz, más amor, más anhelo.
 Tú eres como el final de las generaciones.
 En qué otro corazón hubo tanta potencia,
 tanta cosa de Dios y de los hombres,
 y tanta libertad y alegría de darlas?
 Echado contra el peso de la Tierra,
 tu llanto la estremece y la desmaya
 de tanto fuego humano que te arde y te quema.

Más allá, más allá!...
 En medio de la noche, más allá, más allá!...
 Yo te siento, ella te siente,
 te sentirán los mundos no nacidos,
 logras para tu amor la infinita presencia.
 Pegado contra el barro de tu astro
 eres lo más ardiente, lo más fino y más hondo
 que ha nacido del lodo y de la piedra.
 Corazón de los hombres!
 Qué has querido decir con todo esto?
 Ahora que tu latido es de luz y de miel,
 ahora que tu fruta es tan pura que salva
 y puede consolar a todos los sedientos,
 ahora corazón, más allá, más allá...
 en medio de la noche, más allá, más allá...
 Levántate en un canto primordial y profundo
 como la fuerza que hizo los toros y las águilas,
 levántate en un canto que ofrezca un ala inmensa
 para darle a los hombres un abrigo de música!

LIBRO DEL TIEMPO

I

Aquí,
 en la orilla del gran río,
 yo, hombre del mundo y de las estrellas,
 me he detenido a sentir
 los pasos profundos de la eternidad.
 Hermano mío!
 Vengo arrastrando pesos enormes
 desde encima de mi dolor.
 Me he puesto a traerte ahora
 las cosas de más arriba.
 He ahí para todos
 mis robos profundos a la noche.
 Mi raíz trabaja.
 Mis frutas caen.
 Voy por el camino de las estaciones.
 Ya no está el medio día en mi tiempo.
 La tierra es una con la sombra
 y la sombra es una con el cielo.
 Tinieblas arriba,
 tinieblas abajo,
 y entre el piso y el techo
 el fuego pequeño de las estrellas.
 Ay!
 Cómo grita mi corazón!

IV

Hermano! — Hermano!
 Sólo tengo sed y preguntas en los labios.
 El tiempo corre
 pero el viajero soy yo.
 Al poner mi frente en la eternidad
 sólo junté río con río.
 La ola es lo más alto del mar.
 Mira como van mis voces
 sobre las corrientes inmensas!
 Mi corazón pregunta para todos:
 De qué confines sobre — astrales
 se desprenden los ríos del tiempo?
 A qué finales sobre — divinos
 camina la eternidad?
 ¿Qué soy yo mismo
 entre el nacimiento y la muerte?
 ¿Qué vertientes oscuras
 dejan caer las grandes aguas?
 Qué es durar, estar, permanecer?
 Lo fuerte es lo efímero.
 El polvo resiste más que la piedra.
 Los mundos se gastan como vértices,
 Barcos en el mar
 y estrellas en la eternidad...
 La misma zozobra!

XXIX

Ah.
 si no hubiera venido!
 Es horrible tener tanta sombra en los ojos!

Es rabiosamente amargo y agrio
 soportar tanto amor, tanta ternura,
 sobre un corazón blando hecho para morirse!
 Y cómo es insoportable,
 y cómo es dolorosísima
 toda esta sed fatal que no será saciada!
 Irnos al fin y sin saber.
 Apagarnos
 sin haber alcanzado la gran luz.
 La gran luz!...
 Es que hay la gran luz?
 Es que Dios, sí Dios mismo, no es un dolor también?
 No es una agilidad que no vence la inercia,
 el peso entero,
 la enorme densidad de la materia?
 Es que somos intentos?
 angustiosos ensayos,
 propósitos ardientes de ser y de triunfar?
 Es que vivimos
 para que otros lo consigan todo?
 Es que la luz será en los siglos
 para los hijos de nuestros hijos?
 Es que a fuerza de vidas y más vidas
 aligeraremos
 y espiritualizaremos
 el peso enorme de la sustancia
 con que trabaja Dios?
 Sea mi sacrificio!
 Ahí está toda mi carne y toda mi fiebre
 y todo mi esfuerzo
 para los que vendrán,
 para los últimos que vendrán!

Ah,
 cuánta incertidumbre,
 cuántas dudas,
 cuántas vacilaciones!
 No hay nada firme para agarrarnos.
 Ni una grieta,
 ni un agujero,
 ni un resquicio
 para ver lo absoluto.
 El hecho horrible es que pasamos.
 Nos vamos todos.
 Pisamos el mundo
 y la misma tierra que pisamos
 nos cubre para siempre.
 Polvo
 y nada más que polvo!
 Qué importa ser la flor,
 ser otra vida, o agua, o árbol, o luz,
 si ya no anudaré esta alma de hoy
 a las formas activas del barro de mañana?
 Y qué importan las altas esperanzas,
 los destinos celestes de ultratumba,
 si yo no veo nada,
 si esta carne que siente mí ser, no ve nada,
 si no enlace el presente por una verdad sola
 a lo que no sabemos si ha de venir después?
 Todo lo que se ignora, así, sinceramente,
 no me deja creer en éstos que consuelan.
 Prefiero sufrir como hombre
 con un rudo valor y una ardiente entereza,
 y morirme heroicamente y ferozmente
 con los labios malditos de rencor y blasfemia.

Ah,
 esta dura conciencia de varón,
 levantada terriblemente
 como una piedra áspera y amarga,
 ante el vasto fracaso,
 ante el gusano repugnante y blando,
 ante el polvo ceniciento de los huesos.
 Me voy, hermano, pero escúchame:
 Grito espantosamente!
 Me han hecho para el dolor
 y no he encontrado nadie que me cure las lágrimas!
 El tiempo pasa!
 Es el tiempo el que muele mi carne hasta borrarla
 y devolverla oscura de sufrir, a la tierra!
 Pero yo maldigo todo mi destino,
 y mi puño se fatiga
 de martillar mi pobre frente de hombre!

ÉGLOGAS Y
POEMAS MARINOS
(1922)

LA VACA

La leche en rosas blancas va llenando los tarros
con un perfume fresco de trébol y gramilla.
La lengua de la vaca, mansa de miel y hierba,
lame la seda inquieta se su ternero atado.

Los ojos de la madre se apaciguan de cielo.

A lo lejos un toro profundo muge y arde.
Tiembla en estrellas vivas el vientre de la vaca,
y la ubre desborda los licores del campo.

Después, la niña enferma de las mejillas pálidas
moja el labio incoloro en la leche del vaso,
y en su carne afiebrada y lánguida se extingue

la salud de los campos, jugosa de alegría.

Entre tanto el ternero, libre de su atadura,
al mamar, se diría que levanta a la vaca.

EL POTRO

El viento del galope levanta al aire ardiente
la roja crin de llamas, feliz como una antorcha.
Una nube de polvo dorado alzan los cascos
que en la tierra golpean como cuatro martillos.

Las flechas del instinto irrumpen de los ojos
donde ocultos atisban dos arqueros desnudos,
cuyos dardos lejanos abren en la llanura
la huella larga y ágil y audaz de la carrera.

De la grupa a los anchos ollares, el relincho
le tiembla como el bronce solar de los clarines,
izando allí su grito de amor y de triunfo
como una gran bandera de fuego por la pampa.

Con las ancas lustrosas de sol y primavera
las yeguas maternas gozan el aire tibio,
donde pasa la ola del macho perfumado
de un fuerte olor a carne quemada de deseo.

De pronto se dispersan dando saltos y coces,
embriagadas, ardientes, incontenibles, ávidas,
levantando los cuellos, dilatando los ojos,
y castigando el aire con las colas febriles.

El potro enarca el lomo con un aire de danza
poderosa y alegre, desenfrenada y loca,
muestra el pecho y el vientre alzándose en dos patas,
se inclina luego y muerde la tierra enardecida.

Pasa el viento de fuego por la llanura vasta.
Todas las yeguas corren en el viento salvaje.
El potro se decide sobre una hembra negra...
y las otras galopan hacia el frío del agua.

LA JOVEN DEL MAR

Hija de pescadores, oreada por los vientos,
de pie sobre las rocas, en la orilla del mar,
con el cuerpo moreno de luz joven y de aguas
potentes y mordido por el sol y la sal...

Ahora que estás desnuda como una llama y tienes
el intento y la gracia feliz de desafiar
las olas que exasperan sus porfías tenaces
y salpican tus muslos con su espuma vivaz...

Ahora que humedeciste tu pie tibio en el agua
y avanzas, y te mojas los rizos y te vas
cada vez más adentro del anhelo marino
hasta que sólo el pecho dejas sobrenadar...

Hija de marineros! Ahora que ya flotas
y estás como en tu lecho alargada en el mar...
Desde esta piedra brusca de donde te contemplo
como un pirata ardiente te quisiera robar!

Mar de los navegantes, y los aventureros,
y los ladrones ¡Mar!... Ah, mi violento mar
de las roncadas y ávidas carreras de los vientos
y de las velas blancas y de la proa audaz!...

Es ahora el instante en que ya no vacilo
y me arrojo a las aguas como un héroe solar,
tras los combates ebrios y los amores rápidos
y los ágiles raptos en las rutas del mar.

Ya estoy sobre tu cuerpo! Ya mis brazos te arquean,
ya muerdo con mis dientes tu carne azul de sal,
ya está una mano mía en tus cabellos locos
de terror, que sacude tu cabeza fugaz.

Ya te quemo la nuca con mis dedos crispados
y te beso los labios hasta hacerte gritar!
Ya entra mi carne en llamas en tu gruta marina
y pasa una gran ola que nos hace abrazar!

Hija de marineros. Hija de pescadores...
que fuiste toda mía sobre el agua del mar!
No hay otro mar más hondo, y otra sal más aguda,
y otras olas más ágiles y otro afán más tenaz?

POEMAS DEL HOMBRE:
LIBRO DEL MAR.
(1922)

ALEGRIA DEL MAR

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Los vientos resalados danzan, corren, asaltan!
Los vientos anchos muerden las grandes aguas locas!
Ruedan ebrias las olas.
Blancas hileras de espuma señalan
los peñascos negros bajo las olas verdes!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Las bocinas del viento
hinchén los caracoles de las islas duras
con largos cantos ágiles!
Ah, el furor de la música, la salvaje potencia,
los anhelantes gritos, los acordes crispados
de las olas violentas de vientos y de sales!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Es ésta la hora cósmica,
la hora desenfrenada del Océano!
El negro pulmón
sopla los huracanes de colores oscuros.
El sol abre en las nubes grandes puertas azules
con sus manos de fuego.
El viento retuerce los mástiles
y hace gritar las quillas y las proas
con voces resinosas y calientes.

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
 Entre todo el tumulto palpitante del agua,
 entre las olas ebrias, entre los vientos ásperos,
 frente a las rocas agrias y las islas amargas,
 baila mi corazón sobre la nave,
 danza en la inmensa música con sus pasiones libres!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
 La ola golpea contra el límite!
 El viento se rompe contra el límite!
 El huracán y el mar combaten contra el límite!
 Ah,
 ebriedad, locura, fiebre, crispación, rabia, delirio!

Las rocas se rajan y saltan!
 Los peñascos se doblan rugiendo!
 Las islas gritan con su pecho negro!
 Los faros silban con su brazo enhiesto
 salpicado de sal!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
 Mis ojos van a estallar de júbilo!
 Todo empapado y agrio de espumas y de sales,
 yo voy sobre la proa profunda de peligros!
 Los vientos se castigan ágiles y furiosos.
 Las olas se levantan enloquecidas, ebrias.
 Rugen en el océano las entrañas amargas.
 Ah, libertad,
 maravillosa libertad,
 palpitante, delirante, febriciente, trágica,
 infinita alegría de la fuerza libre!
 Mi corazón! — Mira!
 La ola golpea contra el límite!

El viento golpea contra el límite!
 El mar entero y vasto golpea contra el límite!
 Corazón mío, danza sobre la nave.
 Lloro y grito, río y canto!
 Yo aguardo el instante del prodigioso escollo
 donde se estrellarán las viejas tablas.
 Ah,
 cuando mi cuerpo blanco, extenso y luminoso
 vaya en las grandes olas a la orilla divina
 hacia lo inesperado de un destino más alto!

La ola golpea contra el límite!
 Alegría del mar!
 Alegría del mar!
 Alegría del mar!

SINFONIA DEL MAR

Mar!

Mar de los colores limpios.
Mar de las claras músicas
en la incesante orilla, por las playas del mundo.
Mar de la fuerza y de la danza y de la gracia
y de la onda!
Mar de la luz, y de los himnos, y de la sal,
y de los vientos!
Mar de los perfumes vitales,
de las fragancias frescas y puras,
de los olores apasionados y hervorosos,
anchos y agudos de salud, y abiertos
a la gran sed de todos los pulmones.

Mar!

Mar de las aguas antiguas.
Mar de las aguas laboriosas y fértiles.
Mar de las aguas viajeras
que navegaron por las nubes y los vientos,
se filtraron de las montañas y las grutas,
hicieron los ríos y los manantiales,
levantaron las fieras, germinaron los bosques.

Mar!

Mar de las grandes lluvias del mundo
en los primeros, fuertes estremecidos días,

I - POESÍA

cuando se lanzaron los vapores del agua
sobre las inmensas piedras rojas y calcinantes.
Mar de las guerras geológicas,
modelador, joyero, escultor, arquitecto,
hermano guerrero de las llamas,
hijo de las fuerzas estremecidas y violentas
en los alumbramientos primordiales del planeta.

Mar!

Mar de las excavaciones y las cavidades.
Terco, audaz, potente.
Ahuecador, entradizo, tajante.
Desenfrenado, enloquecido, vehemente, trágico.

Mar!

Mar de la ebriedad.
Mar de las agitaciones y de los anhelos.
Mar de los deseos, de las embriagueces,
de las victorias.
Mar de los ritmos.
Mar de los martillos, de los obreros ocultos,
de las fuerzas sumergidas.
Mar de las corrientes inmensas,
de los brazos azules y las espaldas glaucas.
Mar de los pechos celestes y las cinturas violetas
en las grandes noches antiguas,
cuando los ojos de colores delicados
todavía no miraban las cosas.

Mar!

Mar diáfano de los mediodías.
Mar de las transparencias esmeraldadas.
Mar de los fulgores amatistas.

Mar de los crepúsculos verdosos,
de grandes turquesas purísimas,
de soles hundidos más allá de las aguas,
entre incendios de largos topacios y rubíes.
Mar de las hondas luces zafíreas,
y los profundos ópalos lunares,
y el color de las piedras gastadas de la noche,
y las cavidades lácteas y las grutas de cobalto,
y las olas alucinadas de luna.
Mar de las alegrías luminosas.
de las orgías resplandecientes,
de los temblores anhelantes y las danzas
[enloquecidas
en los veranos de soles violentos,
cuando las zonas curvas del agua se estremecen
como los flancos aptos de la hembra insondable.

Mar!
Mar de los amores solares.
Abrazo de la luz y de las aguas.
Sal de los besos y onda de las cúpulas.
Pecho de los deseos y vientre de las maternidades.
Cuello de las caricias y cintura de los abrazos.
Hombro de los descansos y muslo de los comienzos.
Mar inmenso, eléctrico, genitivo.
Mar sensual, voluptuoso, terrible.
Lecho del sol.
Sexo desesperado de la tierra.
Matriz de la vida.
El mediodía vertical a tus entrañas entra
y tú ruges de amor como una madre,
y quiebras tus grandes olas
en las piedras de todas las orillas del mundo.

Mar!
Mar de la voluntad.
Mar de querer.
Mar de hacer.
Mar de los impulsos, de las decisiones, de los raptos.
Mar de la incesante creación, del infinito renacer.
Mar de las formas circulares.
Mar de las ondas curvas y las orillas onduladas.
Mar de la aptitud diversa.
Mar de las imágenes fluídas
y las transformaciones alucinantes.
Mar del trabajo, sembrador del ritmo.
Porfiado, terco, duro,
con una fragua azul y un fuego diáfano.

Mar!
Mar de las músicas multiformes.
Mar de la modulación y de las fugas.
Mar melodioso y armonioso.
Mar orquestal y polifónico.
Mar de los grandes andantes
magestuosos y espléndidos.
Mar de las flautas, de las risas,
de las palabras claras.
Mar de los violines, de los llantos,
de los pianos nocturnos.
Mar de los metales y de los timbales.
Sinfónico, desmoronado, tremendo, caliente de olas!
Golpeado, febriciente, anhelante, antiguo,
de fuerzas duras,
que abres el aire de los huracanes
y llenas el viento de gritos y de música!

Mar de los fluídos ansiosos.
 Mar de las móviles densidades temblantes.
 Mar de las vibrantes zonas profundas.
 Mar de la balanceada, estremecida,
 luminosa movilidad.
 Mar de las anhelantes fluctuaciones,
 de las honduras frescas y saladas
 y las presiones líquidas y lúcidas.
 Mar de las ondas, de las fugas, de los juegos,
 de los vértigos.
 Mar de las carreras, de los vaivenes,
 de las olas espirituales.
 Mar de las espumas fragantes y arpegiadas,
 alas de cisne, estrellas, palomas, lirios ópalo!

Mar!

Mar bajo la luna.
 Mar de los matices soñados.
 Mar de los reflejos astrales.
 Profunda pupila de la noche anhelante.
 Caja fantástica de las sombras y de las estrellas.
 Mar de los metales incandescentes
 y las gemas disueltas.
 Mar de las ágatas lunares y las esmeraldas
 [pupilantes].
 Mar de las cabelleras tachonadas,
 de las mujeres blancas que bajan de la luna.
 Mar de las plantas cenicientas y los oros alucinados.
 Mar de los encantamientos y los mitos.
 Mar cernido de luna.
 Nácares fluídos, marfiles líquidos, perlas
 [fosforescentes]

Mar de la espléndida quimera y los ensueños
 [delicados].

Mar de los ojos sonámbulos
 y las visiones de otros mundos.
 Mar de las plateadas, maravillosas,
 espirituales lunaciones.
 Mar bajo la luna.
 Mar de alma y de ópalo!

Mar!

Mar de las sales amargas y fuertes.
 Mar de los sabores acres y ásperos.
 Mar de los olores recónditos y los gustos profundos.
 Mar de la química fluída y las disoluciones saladas.
 Mar del oxígeno activo y el hidrógeno potente.
 Mar de los vaporosos y picantes ozonos.
 Mar de los cloros, de los sodios,
 de los potasios y los yodos.
 Mar de las playas rebreverantes de sílice y de cal,
 y los aires agudos de sales y salitres.
 Mar de la naciente, perpetua, ondulante palpitación
 de los cuerpos profundos
 y las ágiles materias del planeta.
 Mar de la joven salud y la fragante,
 fuerte, limpia belleza.
 Mar de las purificaciones, de los renacimientos,
 de las trasmutaciones, de los cambios,
 del incesante hacerse a sí mismo.
 Mar de las exhalaciones tónicas
 y las saturaciones vitales.
 Padre de los vientos que lavan el mundo
 y entran en la tierra limpios y olorosos.

Mar!

Matriz de la vida.
Coagulador primordial del protoplasma.
Filtro de las delicadas gelatinas.
Útero cósmico de la primera célula.
Condensador divino de la fuerza viva.
Gran abuelo inicial de todos los seres.
Lecho profundo del Sol y de la Tierra
donde la luz de Dios se abrazó a tus aguas,
te besó la espuma, te mordió las olas,
te entibió la entraña, te llenó de formas!

Mar!

Mar del milagro inmenso,
mar de la divina mutación del mundo
que en un supremo esfuerzo comenzaste la vida.
Mar del salto orgánico y sensible,
que hiciste el amor, la atracción, el ansia,
el abrazo divino de los seres,
la semilla de vida,
la cadena mudable de las formas!

Mar!

Miles de años amasabas tus aguas,
te revolvías ebrio bajo los grandes soles,
matizabas tus fuerzas,
subías a la altura de los finos trabajos.

Mar!

En un punto divino se te encendió la célula
y todos estuvimos contenidos,
vertiginosamente.
en ese instante fértil de tu agua y de la luz!

Mar!

Me siento hasta ese tiempo;
llego con la memoria de mi sangre
al instante sinfónico en que estalló la vida.
Las aguas cantan, los ríos sueñan,
las piedras ríen, los aires danzan.
La conciencia profundo del planeta
respira como un vasto pulmón la dicha plena.
En el espacio inmenso sigue el trabajo eterno.
Por un esfuerzo diáfano siento brotar las formas.
Anélidos, moluscos, crustáceos, esponjas,
erizos, medusas, algas, asterias...
La cadena ascendente entra a la tierra fértil,
zumban los insectos y las aves vuelan,
florecen los prados y crecen los bosques,
trotan los caballos, combaten los toros...
Y un día infinito de amor y potencia
salieron al mundo los primeros hombres!

Mar!

Mar!

Mar!

Déjame que te abrace y te bese las aguas!

PRIMAVERA DEL MAR

Violento mediodía todo de fuerzas fértiles
en la luz, que el sol hunde en el mar y en la ola.
Yo estoy de pie con esta vida atenta,
largos, sobrecogidos de un gran afán los ojos,
con las pupilas listas y movable el espíritu.
Qué agilidad de luz, qué fluidez de onda,
qué cosa de las aguas, los aires y las llamas!
Puedo mirar tan lejos como los pescadores.
Puedo entrar a las olas y hacerme sal y espuma,
llegar al fondo verde, ser la distancia azul...
Mis pupilas son gotas del océano,
Con las miradas sigo caminos que ellas saben!
Van largas hileras de elásticos peces;
danzando músicas marinas
saltan para tocar la luz de oro
con el cuerpo mojado de plata azul y sal.

Es una primavera que hace joven
mi corazón y el mundo.
El viento abraza
los olores calientes del amor y del cielo.
Sobre las negras islas las aves blancas vuelan
o siguen los caminos que llevan a los puertos,
o amorosas se buscan en un lecho de ondas.

Yo estoy sobre mi roca con un canto anhelante
que se va haciendo en ritmos profundos y
encendidos
como si respirase como un pulmón el alma.
Mar de las primaveras, mar delicado y fuerte!
Yo estoy entre tu música y tu fuerza
con un himno que crece
con algo de la ola, del aire y de la piedra.
Sobre mi frente pura
danza el espíritu ondulante y fino.
El árbol de la sangre se ha encendido de golpe.

Es una primavera que hace joven
mi corazón y el mundo.
Los pinos cantan como hombres.
Bajo sus sombras tibias
los jardines en celo, empapados de rosas,
ríen como mujeres.
De la raíz al fruto todo se hace más vivo,
y el árbol, tan sereno y tan profundo,
echa a un lado y a otro su copa que está ebria.
Esta misma piedra hierve
con algo que es de pecho de mujeres.
Mediodía de la luz y del amor!
Las cosas enhiestas apenas dejan sombra.
El cielo azul marea.
Las arenas llameantes reverberan y ciegan.
El aire balancea los aromas vitales.
El mar está verde cubriendo un bosque.
Las olas se acercan en parejas.
Esta que llega abraza y muerde
a la que se acostó sobre la arena
y sus cosquillas ágiles tienen nervios de muslo.

Ah, este cielo azul sobre el mar fuerte,
 tan ceñido, tan firme, tan perfecto,
 con ese sol viril como un sexo en el centro,
 con esa esplendidez de toro y de león,
 y esa altura potente y sencilla de águila!...
 El horizonte es puro desde mi roca brusca.
 Giro los ojos largos
 y toda la serpiente lejana hace su anillo.
 La cabeza de fuego y de esmeralda
 descansa en el zafiro nervioso de la cola.
 ¿No son así las cosas más profundas?
 Es una primavera que hace joven
 mi corazón y el mundo.
 Yo puedo verlo todo desde esta gran altura.
 Las hileras de peces
 siguen ahora su amorosa danza.
 Ah, qué extraña embriaguez en sus cuerpos
 [traslúcidos.
 qué amor primaveral en el agua ondulante,
 y qué lecho tan hondo!
 El sol, la sal, la luz!
 Los grandes paseos en la profundidad!
 El agua femenina y el calor tan filtrado!
 El sol que se hace luna en las selvas de algas!
 El velo delicado de amarse tan al fondo!
 Las hileras de peces perdidas en las grutas
 más azules del mundo,
 entre silencios líquidos, tan adentro del astro!...
 Y esos ojos redondos que ven dentro de un agua
 tan abismal, tan densa, donde nada se mueve,
 más que la extraña hilera de vidas embriagadas!...
 Por todas partes los caminos libres!
 Van subiendo corales y madréporas.

Grandes islas de amor!
 La muerte abajo, la vida arriba,
 el impulso infinito de los seres pequeños,
 toda la primavera entre los poros finos,
 entre invisibles formas que se abrazan y aprietan
 y levantan su obra hasta tocar la luz!
 Qué uniformes deseos en los cuerpos distintos!
 Algo del mar que está en mi carne lo siente todo.
 Toca mi mundo todos los mundos!

Mar de las primaveras, mar delicado y fuerte!
 Yo puedo verlo todo de esta gran altura.
 Mi espíritu es el juego misterioso de un Dios.
 Qué bien abre las aguas — Cómo mira hasta el
 [fondo!

Con cuántas vidas vivo!
 Ah, tú no eres frío, mar, tú no eres frío!
 Tú también tienes
 la suave y olorosa primavera
 y el desperezamiento después de los inviernos!
 Cuántos ojos redondos y finos que se buscan!
 Cuántas islas profundas, rasantes a las olas,
 vestidas de moluscos, revestidas de algas!
 Qué alfombras hondas de suavidad viviente,
 donde la luz se dobla en colores sutiles!
 Qué deseo profundo de belleza y de gracia
 en las cubiertas selvas de las plantas marinas!

Pasan grandes corrientes y amorosos temblores
 a lo largo de un mundo delicado y fragante,
 dulces fuerzas vitales ondulan en los gérmenes
 bajo las balanceadas masas puras del agua.
 Tú no eres frío, mar, tú no eres frío!

Tus entrañas azules y tu sangre esmeralda,
 hierven bajo los soles, arden bajo las lunas,
 fosforecen quemándose, electrizadas, ebrias,
 entre los torbellinos de millones de cópulas.
 Las algas crecen, las islas cantan,
 grandes bancos de peces migratorios se alejan
 hacia zonas calientes.
 El musgo busca rocas para vivir,
 y su blandura fina y delicada muerde
 todas las piedras.
 Tú no eres frío, mar, tú no eres frío!
 Tú también tienes
 la suave y olorosa primavera
 y el desperezamiento después de los inviernos!
 Y cómo esperan la estación caliente
 tus plantas lentas y tus peces rápidos,
 las selvas profundas de sargazos y de algas
 y tus estrellas vivas!
 Cómo la esperan, mar, cómo la esperan,
 desde su largo sueño,
 las cajas misteriosas de tus suaves mariscos
 que guardan esa carne casi líquida,
 tan sabrosa de sal,
 con un gusto finísimo de ola
 y un aroma de orillas y de playas!
 Cómo la aguardan, mar, todas tus costas,
 recubiertas, crispadas por las conchas marinas,
 con ese olor salado de mejillón y almeja,
 donde el cangrejo de color de légamo
 también le da un sentido a esta pequeña vida!

Mar!
 Mar vital,
 Mar ardiente,
 mar de las amorosas estaciones!
 Las asterias fulgurantes,
 las medusas fosforecentes,
 los torpedos eléctricos,
 los noctíulos anaranjados y rojizos,
 las selvas de algas fulgurantes y lúcidas,
 iluminan de fuegos amorosos las aguas
 hasta encender arriba las olas y las islas
 o constelan el fondo de cielos misteriosos.
 Es la luz, mar, la luz!
 De tantos seres ebrios, de tantas formas muertas,
 de tantas sales ágiles, de tantos siglos fértiles,
 toda tu agua es de vida, de luz, de amor, de fuego!
 Tú no eres frío, mar, tú no eres frío!
 Tú también tienes
 la suave y olorosa primavera
 y el desperezamiento después de los inviernos!

Es el círculo, la idea de Dios mismo!
 Las olas se dan a su destino
 hasta morir.
 Llegan como hombres jóvenes
 con un hervor de prisa en las frentes deseosas.
 La costa es un taller.
 Todo vive y anhela.
 Las aguas inmensas, activas, laboriosas,
 ágiles de sal, elásticas de luz,
 pesan en fondos de ascendentes légamos.
 Pongo allí mis oídos
 con una sed lejana de creadoras músicas.

Y escucho un canto cada vez más hondo.
Ah, mi mar amoroso y fecundísimo!
Cerrado por tus costas,
qué bien se ve tu cavidad profunda,
tu masa infatigable, fértil y rebosante!
Verdes olas vivaces tocan mis nervios finos,
y soy el mar yo mismo, anhelante, deseoso,
soy el agua entibiada de amor y primavera.
Mi carne hace una costa, mi alma hace un océano
y me siento en la múltiple fertilidad marina!

Mar de las primaveras, mar delicado y fuerte!
Como por el contacto de Dios, yo participo
de sensibilidades atenuadas y finas
que hay en la carne pálida y fresca de tus formas,
y en tus vegetaciones de lustre blando y tenue
con contactos lunares tan sutiles y vagos
que hacen soñar mi frente en otros mundos!

EL MAR Y EL VIAJERO

Mar!

Ah, cómo el hombre es bello y hondo
en su pequeña vida y su inmenso deseo!
Cómo va transformando su espíritu y su fuerza
en naves de alas blancas o de entrañas candentes.

Mar!

Sus ciudades se suben
a lo largo de tus orillas.
Desde los puertos de tus costas
hace grandes caminos de trabajo y de luz.
Cuando de noche parten
las naves eléctricas y ardientes,
tus olas cantan a sus costados
y tus vientos salados, olorosos y enérgicos
refrescan la fiebre de los navegantes.
Agitas tus fondos de légamos y de algas,
diluyes en tus sales ásperas y amargas
tus inmensas selvas muertas
bajo los grandes plenilunios otoñales.
Restituyes a la vida
en los inmensos círculos de los seres
todos los cuerpos muertos en tu agua y en los ríos.

Mar!

Verbo radiante de las resurrecciones!

A veces,

en las noches agudas de tinieblas y de astros,
puse mi oído hondísimo adentro de tus aguas.

Cerrando los ojos te escuché hasta llorar.

Qué palabras, qué himnos, qué oraciones,
qué inmensa sinfonía, qué músicas arcanas,
me entraban hasta el alma, me lavaban el barro!

Qué cosa eres mar, qué cosa inmensa y trágica!

Los hombres no te escucharon todavía.

Todavía no saben en donde están viviendo.

Nunca vieron la casa profunda en que nacieron.

Los hombres no han amado,

Los hombres no han sufrido

por la divina Tierra!

Los hombres no se sienten a ellos mismos.

Están cerrados como piedras!

Ah, mi mar, mi mar, mi mar!

Mi viejo, eterno, mar divino!

Te escuchaba mi oído adentro de tus aguas...

Te sentí trabajar, gozar, estremecerte,

sufrir, gritar,

hacerte dulce, hacerte amargo,

llenar todas de música y de cantos

llenar todas las músicas y cantos

las orillas del mundo.

Te escuchaba mi oído adentro de tus aguas...

Te oí fosforecer, brillar, arder, amar,

embriagarte de finas, melodiosas pasiones

junto a tus fuertes islas,

a lo largo, tendido sobre tus costas negras,

en el costado caliente de las ciudades marinas!

Mar!

Mi mar,

Mi hermano, mi maestro, mi abuelo azul y fuerte!

Yo te escuché con toda mi alma
en lo profundo de tus zonas.

Me hice tu irradiación, tu distancia, tu luz,
la embriaguez de tu música,
el desenvolvimiento de tu vida y tus olas,
la emigración oceánica de tus bancos de peces
bajo las grandes noches plateadas de la luna.

Como nadie tu fuiste mi maestro.

El aire es tan movable y tan liviano!...

Y la tierra es tan dura y tan inmóvil!...

Sólo tú tienes, mar, la fluidez exacta

que deja ver la obra profunda de la fuerza.

La ola es más ardiente y más bella que el viento.

Es tu profundidad más temblorosa,

apasionada, sacudida y fértil

que las tierras inmóviles!

Mar!

Revelador, iniciador, profeta!

Penetrador, agudo, sibilino!

Tú me dejaste ver las rutas de los mundos.

Tu océano de aguas

es el espejo vivo de los mares celestes.

Para el hombre sagrado,

que en la orilla de tus aguas musicales

se ha puesto ardientemente a escuchar tu trabajo...

ah, mar, mar divino!...

cómo se hacen profundas las voces y las fuerzas,

y se oyen en un solo ritmo supremo y vasto,

los mares de las aguas, los mares de los hombres,
 los mares de los tiempos, los mares de los astros!
 Para el hombre de fuego, con una frente libre,
 para el hombre de llamas que se ha puesto
 a escucharte,
 los días de la vida, los días de los mundos,
 los días de la fuerza, son un viaje de música!
 Mar, mar divino!
 Zumban los vientos, rujén las olas,
 arden las vidas, giran los astros,
 nacen los mundos, manan los tiempos,
 se hunden los pasados, se hacen los presentes,
 llegan los futuros...
 Mar, todo lo escucho oyéndolo en tu canto!

Mar, mar divino!
 Los años de la vida son un viaje de música.
 Los ojos ya no ven.
 Ya no abren las frentes tantas pesadas sombras!
 No afirmamos nada, no sabemos nada!
 Sólo hay este grande, inmenso, celeste
 viaje en la infinita, la suprema música!
 Mar, mar divino!
 Los días sagrados de los hombre libres
 son algo puro y hondo como escucharte, mar!
 Tú trabajas!
 Tú remueves las fuerzas, tú abrazas, creas, haces!
 Tu destino es la fuerza laboriosa.
 Ay, acaso eres ciego y doloroso!
 Pero trabajas, mar!

Mar! mar divino! mar! mar hermano!
 No es sólo tu ola la viajera eterna.

Tú también eres viaje y yo también soy viaje.
 Yo me voy por mí mismo
 a raíces de cosas lejanas que no entiendo!
 Siento un viaje interior, grande y arcano,
 Profundísimo, inmenso, misterioso
 viaje interior!
 Mar! mar divino! mar! mar hermano!
 Tú eres el mar y tú eres el viajero!
 El universo es el mar y es también el viajero!
 Y nuestra Tierra es el mar y es también el viajero!
 Todo es mar y es viajero al mismo tiempo!
 Nada es!
 De todo fluye el ser, todo abandona el ser!
 Somos como un río que va siendo y cambiándose
 en un múltiple ser siempre diverso y otro.
 Las cosas no existen, las formas no están.
 Todo es tránsito, huída, mutación, fluidez!
 La creación es un inmenso viaje
 de una fuerza terrible, desconocida, ebria!
 La potencia y el ímpetu, la embriaguez delirante
 de este viaje de fuerzas que no terminan nunca,
 anula las cosas y anula los seres.
 Como tú, mar,
 como tú, mar divino!
 que nunca fuiste el mismo,
 como tú, mar hermano,
 imagen de la eterna movilidad vital,
 del infinito hacerse y deshacerse cósmico!
 Como tú,
 mar de todas las formas nacientes y cambiantes,
 mar del inmenso viaje de música y de vida,
 como tú, así es todo el Universo!

Y es como tú también,
mar de la fluidez, mar de la ondulación,
este pobre, embriagado, anhelante viajero
que te escucha y te canta
en una de tus grandes y violentas orillas!
Mar, en la eternidad del movimiento,
Dios es la inmensa proa que viaja en sí misma!

EL LIMITE

En una noche de mi vida,
acaso la más honda noche de todas las vidas,
sentí que todo era sombra.
La eternidad manaba de las tinieblas,
y yo,
sólo yo,
sentía crecer el agua negra de los tiempos.

Desde muchas noches no dormía.
La primera noche estaba la Luna
y su helada luz de ceniza y muerte.
La segunda noche estaban los astros
y sus hundidas luces que corren en el frío.
La tercera noche estaban las nébulas
y sus opacas luces heladas como sábanas.
La cuarta noche estaban mis ojos
y sus arcanas luces que caen adentro mío.
La quinta noche estaba mi alma
y sus agudas luces que me cortan la sangre.
La sexta noche estaba mi cuerpo
y sus pesadas luces de barro y de agonía.
La séptima noche estaba la sombra,
nada más que la sombra,
el cuerpo mudo y horroroso de las tinieblas,
la nada inmensa y vasta donde Dios va muriendo!

De qué estoy hecho?
 Grité con todo mi anhelo.
 Y mi grito hacía más grande la noche.
 Por qué soy ciego?
 Pregunté con todas mis brasas.
 Y mi pregunta apretaba más la sombra.
 Por dónde voy cayendo?
 Lloré con toda mi rabia.
 Y mi angustia hacía más largas las tinieblas.
 Entonces comencé a resbalar.
 Sentí el tacto del inmenso naufragio.
 Toqué la sustancia vertiginosa de la eternidad.
 Comprendí la fluidez de mi cuerpo sólido,
 y me hice uno con el mar de la sombra.

Cómo pudiste irte,
 luz prodigiosa de la noche?
 Yo me hundí adentro de tu amor y tu fuego,
 y vi que más adentro de ellos
 estaban las tinieblas.
 Yo sentí que la noche de la vida y de las llamas,
 como una esfera cada vez más pequeña,
 iba cayendo en el círculo infinito de la sombra.
 Me palpé, me mordí,
 me sentí en la sangre
 el gusto terrible de la tiniebla.
 Fui más allá de lo amargo y de lo ácido.
 Metí la sed en la hondura de la muerte.
 Me llené la boca de cenizas y de polvo...
 Y más abajo,
 más abajo todavía,
 infinitamente más abajo todavía,
 comenzaba el océano de la sombra.

El árbol de los mundos
 ahonda sus raíces en la muerte.
 Antes de ver las sombras últimas,
 creía en esta cosa delirante del Yo.
 Cuando todo estaba deshecho,
 cuando los ojos estaban ciegos de polvo
 y de ceniza,
 cuando las dudas envolventes y vagas
 me arrastraban a la más espantosa nada de la vida,
 yo te buscaba, raíz última del Yo;
 extraña separación
 entre el pensamiento y lo pensado;
 prodigioso abismo
 entre lo que siente y lo sentido;
 fisura anhelante
 entre lo de adentro y lo de afuera;
 corte doloroso y tremendo
 entre el Universo y el alma.
 Yo te buscaba, raíz de la única verdad,
 refugio de fuego
 donde se queman los desesperados y los tristes;
 yo te buscaba, esencia, quintaesencia:
 yo te buscaba,
 gema de Dios,
 punto incandescente de la altura de los hombres
 que penetra hasta el fondo de su terrible esfinge.
 Yo te buscaba, Yo, mi Yo, hasta que vi la sombra
 en la más apretada noche de las tinieblas
 y la muerte.
 El hombre es una muerte sabiéndose.
 Salimos de la sombra y sólo vemos sombra.
 Yo he mirado adentro de la luz,
 y he caído deshecho de dolor.

Hacer la vida es agrandar la muerte.
 Semilla y amor son puertas de tinieblas.
 Dios se está deshaciendo en polvo y en ceniza.
 La sombra inmensa
 es el fondo de este pequeño drama.

La séptima noche del pensamiento
 no tiene más allá.
 He querido traspasar la pura sombra;
 me he hundido en la más espantosa sed;
 he exprimido mi alma
 hasta que el dolor la volcaba de fuerte;
 he querido ir a lo indestructible,
 a la lanza de fuego de los seres
 que desean hundirla tras las eternidades
 y traspasar los límites de la carne y la vida...
 y allí estaba la sombra,
 y allí también estaba la sombra.
 He desdoblado las formas en acción y materia.
 He traspuesto las cadenas de las vidas terrestres.
 He trepado en el misterio
 con las astralidades musicales del planeta.
 He rayado la noche
 con el fuego violento de todos los soles.
 He extraído la tremenda espiritualidad,
 la descarga espantosa del alma
 de todos los mundos...
 Y entonces he mirado,
 he mirado desesperadamente,
 hasta toda la locura, hasta todos los vértigos,
 y allí estaba la sombra
 y allí estaban nada más que los mares de la sombra.

Séptima noche del pensamiento!
 Ya no se grita. Ya no se puede más.
 Las ideas se hacen sin palabras.
 La intuición de la nada descuaja los sentidos.
 No hay pasado. No hay futuro. No hay presente.
 El tiempo es una sombra.
 La vida es una sombra.
 La muerte es una sombra.

De punta a punta el alma mide todo el océano.
 La verdad y el deseo
 tienen la dimensión sin fin de la tiniebla.
 El hombre se hace bueno. Toda sed es inútil.
 Sólo queda una cosa de rencor, vida mía,
 Es Dios? Ah, Dios...
 Acaso es también sombra y muerte.
 Ah, noche, noche mía!
 Con qué frío tan largo me muerdes las entrañas!

EN LA SUPREMA OLA

Ven a quemarme, fuego del deseo.
Súbeme al último encendimiento.
Ascenderé yo mismo,
me levantaré en el árbol de las llamas.

Ah, feliz incandescencia.
Risas locas,
gemidos abrasados.
Altísimas purificaciones del dolor.
Prueba de la angustia y del abismo.
Canto del hombre efímero
frente al enorme océano de sombra.

El alma me troncha en nervios vivos.
La carne horrible grita electrizada.
En la tierra que somos llora todo el planeta.
La madre oscura se va haciendo sombra,
el mar de las tinieblas le socava el costado.

Qué ves, alma mía?
Qué ven tus ojos arcanos?
Son las olas del tiempo? — Es el mar de la muerte?
Pero tu ola es más alta, pero tu mar es más hondo!
Ah,
que ningún miedo me haga volver!

I - POESÍA

Que el horror no me ciegue!
Que mis pupilas vean el fin hasta cortarse!
Que mi alma sea la fuerza de Dios!

Yo debo aullar en medio de la tempestad.
Yo amo la embriaguez.
Yo anuncio la noche negra de mi furor.
Yo estrellaré la nave
y subiré al escollo.
Ah, cómo te anhele, embriaguez,
última embriaguez,
desenfrenada carrera de mis fuerzas libres,
vertiginosa locura de cruzar el abismo!
Ay, mi Dios!
Tu herida me corroe y me retuerce,
está llena de sales y de ácidos,
arde como el incendio de una selva.

Mírame llegar!
Mira qué llamas,
qué torbellinos de fuego,
qué piras devoradoras,
qué danzas de la alegría y del dolor!

Yo debo anunciar la ruina, hermanos.
Yo debo gritar todo el destino.
Yo retraigo la mirada que alargué hasta Dios,
y desde allí traigo la angustia,
el principio del silencio,
la fatiga divina,
el gusto espantoso de la nada.

La danza de los mundos se va haciendo polvo.
 Hay zonas enormes donde empezó la nada.
 Último mar, ola inmóvil del cielo.
 río apagado de cenizas cósmicas.
 Alma mía!
 Afínate más,
 adelgaza los hilos de tu red,
 vivifica, estremece, aguza los ojos de tu malla.
 Tiende el tejido inmenso de tu tacto
 en los mares más hondos, por las cuevas más negras.
 Llor, retuércete, gira,
 ríe salvajemente,
 danza en el desenfreno de toda tu locura,
 precipítate, corta los abismos,
 muerde los temblores de Dios,
 devora la carne oscura de los destinos.

Alma!
 Sé todo lo que puedas, hasta que no des más.
 No temas nada,
 como si fueras Dios mismo enfréntate a la muerte,
 y ríe, ríe de una gran risa loca,
 y danza, danza de una gran danza ebria,
 mientras se va cerrando tu anillo de esperanzas.
 Alma!

Alma mía!
 Nos va a llegar la hora delirante.
 Bebe la hez de la amargura,
 bebe el ácido negro que destiló la muerte,
 bebe desde la orilla de la inmensa tiniebla.
 Desenfrenate, trepida, aúlla,
 pídetes más,
 arráncate la tempestad más honda.

Así, alma mía! Como te veo ahora.
 Qué hermosa estás, cómo delampagueas!
 Mira! Mira!...
 Soplan los vientos ebrios, se oye rugir los mares.
 Es el momento.
 Ah, qué alegría guerrera!
 Salta! Salta más!
 Haz la danza vertiginosa de los abismos.
 La muerte hace sonar su tesoro de huesos.
 Todo lo que pisas es polvo y ruinas.
 Cenizas de cenizas, carne molida y remolida!
 Danza, danza más!
 Danza en la noche espantosamente lúgubre.
 Entra tu risa loca en el polvo de Dios.
 Es la hora plena.
 Es la hora absoluta en que estrellas los límites.
 Golpea, alma mía!
 Sube tu masa de sed, y golpea!
 Saltan las chispas, crepitan los hornos,
 se entrecruzan las ansias.
 Ya escucho los ecos.
 Las estrellas ríen, las sombras gimen.
 Ah,
 ríe tú también, ríete tú que lo sabes!
 Mi carne te siente gozosamente
 hasta deshacerse de resistir tu fuerza.

Alegría del mar!
 La ola golpea contra el límite.
 Escucha! Escúchate!
 Son palabras divinas?
 Llegarás tras la mayor fatiga?
 Ay! — Ay de mí!

Estoy enneguecido y deshecho.
Los abismos danzan,
Los mares se revuelven enfurecidos.
Yo extendiendo mi alma hasta morirme.
Habla! Qué es esto?
Qué muros saltan en pedazos?
Qué luces me vencen?
Qué llamas inefables me derriten las entrañas?
Ay!
Arribamos! Arribamos ya!

Parece que la sombra se abre.
Parece que el abismo desgarrar su negrura.
Parece que la noche rompe su nudo.
Parece que el universo se va haciendo alma.
Parece que el espíritu vencerá a la muerte.
Parece que la ceniza es un camino.
Parece que Dios no tiene límites.
Alma! Alma mía!
Parece que caes en la música.
Parece que entrarás al mar inmenso,
al mar inmenso de la última alegría.
Parece que tu embriaguez será feliz y absoluta.
Parece que existe la suprema unión,
el divino anegamiento, la alegría final!

Ay, alma mía,
qué profundo era el mar, qué lejos va la ola!

VIDAS (1923)

LA JOVEN DE LA FRUTA

En las mañanas ágiles y el alto mediodía,
desde los grandes árboles de sombra y los frutales
recogidos de fuerza y endulzados de pomas,
por los campos de trigo la miel del mundo traes.

Virgen de todo hombre, gajo de gracia, ebria
en la salud del aire de los bosques y prados,
como la espiga, esbelta, como el racimo, curva,
toda de la esperanza corrías por los campos.

Toda de la esperanza... toda de la esperanza!...
Luz de sol, luz de estrella, luz de juegos y sangre,
resplandeciente y ágil como una pura ola
de mar bajo los vientos... tú misma no lo sabes!...
¡toda de la esperanza, toda de la esperanza,
corrías por los campos y abrazabas los árboles!
Quince años de vida, quince años de savia,
quince años de risas, de alegrías, de fuego,
de saludable aroma en carnes sonrosadas,
quince años de virgen, y verte así, corriendo!

Creo en ti padre Sol, creo en ti, madre Tierra!
Tú, que subes los hijos desde tu vientre oscuro,
él, que mezcla sus llamas a los antiguos limos,
y los dos, que abrazándose, dieron la vida al mundo.

De toda muda esencia y divinos prodigios,
con los hondos licores terrestres y celestes,
con los maternos néctares y los paternos zumos,
lo mejor de dos astros en tu cuerpo se enciende.

Si tú supieras, joven, lo que son tus mejillas,
el vuelo de tus manos robadoras de frutas,
tu apretada manzana del satinado vientre,
tu boca de naranja y tus pechos de uva...

Si tú supieras, joven, el fulgor de tu danza,
el purísimo canto de tu cuerpo en el mundo,
la misteriosa esencia de tu perfume vivo,
la infinita potencia perfecta de tu júbilo.

Y esa voz, y esa gracia de antiguas primaveras,
y el ir toda corriendo por un mundo maduro,
hervido de veranos, desmayado de otoños,
endulzado de noches, como es ahora el mundo!

Si tú te vieras toda como te ven mis ojos
en la embriaguez celeste del alto mediodía,
y supieras la obra de los astros amantes
en la espléndida fruta dichosa de tu vida!

Si tú supieras, virgen, tú, que igual a una llama
nos recuerdas el día primero de las cosas,
la embriaguez de los juegos que recién eran fruta,
la alegría del agua que recién era gota!

Si tú supieras... ah!... pero mejor no sepas...
hija mía, no sepas... no sepas, hija mía!...
Sigue el baile ligero de embriagados sentidos
y róbase a los árboles la fruta dulce y fina!

Los racimos de oro, los racimos de fuego,
las manzanas de nube y envolventes fragancias,
las granadas de chispas como una hornalla viva
de sol, te den la dicha de nunca saber nada!

Levántate a la hora de los primeros pájaros.
Acuéstate a la hora de las últimas aves.
Se inclinarán los días, se doblarán los años...
Tú, cerrados los ojos, date a un hombre, y sé madre!

LA JOVEN QUE DANZA Y CORRE

En este mediodía rubio de primavera,
como en la gracia antigua, cuando todo era gracia,
una joven desnuda entre el viento marino
con pie ligero corre junto a las olas ágiles.

De tan blanca, la fuerza del aire la sonrosa.
De los pies a la frente le entra el sol a su vida.
Vuelan, giran, enciéndense sus cabellos oscuros
o caen abrazándose a sus formas vehementes.

Es una niña casi!... El pecho plano, henchido
por las breves manzanas de una encendida carne,
una cintura fresca, un vientre liso y duro,
las caderas ceñidas y los muslos delgados.

Y más niños, los ojos; y más niña, la fuerza
de su pura alegría, de sus carreras locas;
y más niños, sus pies, su baile casto y limpio,
su ondulación de ola, sus caprichos de espuma.

La joven danza y corre por las playas del mundo,
en la arena sin manchas que el agua antigua frota,
y es el fervor del líquido que da el ritmo y la música
mientras el padre Océano sueña en su alma celeste.

Como por vez primera, en toda vida nace
la feliz transparencia con que brotó la vida.
Del padre oscurecido y de la madre hastiada
fluyen los hijos claros, la potente alegría.

La joven danza y corre... Para mis largos ojos
es el día primero del júbilo y la gracia,
el paraíso puro, la ingenua maravilla,
los cuerpos sin herida, la mañana inefable.

La tierra inagotada, sin vejez todavía,
vuelve en todos los niños a una feliz pureza.
Potentísima y honda destruye la fatiga
del hombre, mientras hinche su ondulación de
[madre.]

No tiene edad ni límite su gracia creadora.
La joven danza y corre y su huella ligera
se confunde en la arena con el pulso marino
que a las redondas playas llega en curvadas olas.

Emanación sagrada! Inmortal alegría!
La niña blanca y fresca pisa la arena de oro,
bebe el aire salado, toca el agua celeste,
y con los ojos altos absorbe el cielo inmenso.

Para el hombre cansado de un pensar sin orillas
que nunca más la tierra le encenderá los pasos
y a lo largo de un vasto silencio el fin espera,
qué delicia sin sombra es esta joven diáfana!

Vuelve en un mediodía hasta la arcana esencia
agotada en su carne de hastío y de fatiga,
y su pupila turbia, cuajada de tinieblas,
mira lejanamente el tiempo de su gracia.

Ah, nos será posible volver? — Habrá un camino?
Nos llevará la fuerza hasta otra frente casta?
La joven danza y corre por las playas del mundo!
Cómo estamos tan lejos? — Cómo se hizo esta
[angustia?

Llama de vida es ella, llama que corre y danza sobre el círculo eterno donde todo se mueve en un ritmo frenético hasta el día espantoso en que cesa la llama y la frente se inclina.

Ah, cuando yo vivía en la hora sin sombra,
cuando me daba al mar sin comprender la ola,
cuando mis ojos nuevos, de una antigua inocencia,
vagaban por la noche sin alcanzar su anhelo!

La joven danza y corre. Está de fiesta el mundo.
En la tierra aromada de viñas y naranjos,
madres de pechos dulces y de vientres divinos
levantan otra onda de juventud y gracia.

Amor no cesa nunca su trabajo profundo.
Es igual en la planta, en el toro, en el hombre,
en el ave de vuelos y de cantos arcanos,
y en el pez que el océano fecundo, crea y nutre.

El mar irreproachable, de una espléndida fuerza,
la tierra creadora de selvas y de espigas,
el sol, padre celeste de la luz amorosa,
permanecen en tanto las vidas se deshacen.

Sólo en un tiempo breve nos fue dado el deseo,
las formas de la sangre y el licor de los sueños.
Mientras la joven danza por las playas del mundo,
su baile irá extinguiéndose en un pesado hastío.

No se nos dio la forma profunda que persista.
Sólo somos caminos que el amor atraviesa,
ríos de aguas quemantes que corren por nosotros;
rutas de formas hondas que pasan y nos matan.

LA JOVEN DE LOS CAMPOS

La joven de los campos ya tiene quince años.
Sabe amasar la harina blanca como sus dedos
y vigilar los panes redondos como soles
hasta sacarlos rubios igual a sus cabellos.

Bien de mañana sale saltando de su cuarto
para correr con agua de manantial el sueño,
que de verla tan linda, tan fresca, tan graciosa,
se le mete en los ojos y se le queda en ellos.

En cuanto la sorprenden tan natural y ufana
la siguen dando saltos la ternera y el perro,
la gallina de prole desparramada y ávida,
la chiva, el pato, el gallo, la paloma, el cordero.

Y ella se da en palabras y ademanes sencillos.
Se sacude las ropas y se sujeta el pelo.
Después, sus manos llenan el delantal con oro
en la dichosa veta que atesora el granero.

Y les grita a las aves que le pican la ropa
y saltan para hurtarle el maíz mañanero,
que ella misma lo arroja en puñados brillantes
de sol, trazando un círculo en torno de su cuerpo.

Y ya distribuido tan feliz desayuno
penetra en la cocina para encender el fuego
y hacer hervir la leche, que abre su espesa nata,
y se alza toda blanca de calor, como un seno.

Y así, sencillamente, prosigue sus tareas,
como el pájaro canta, como bala el ternero,
o como las gallinas en sus nidos de paja,
tan sin saber lo que hacen, van poniendo sus huevos.

Ahora está el mediodía bien redondo y bien claro,
en el centro del campo y en el centro del cielo.
La joven de los campos ya tiene quince años
y sin saber lo que hace se mira en el espejo.

Ríe con la alegría del sol sobre sus rizos,
y ríe con el júbilo frutal de estar creciendo,
y ríe toda loca de reír, y se ríe
al sentir que una llama nueva le llena el cuerpo.

Y se detiene a veces suspensa en su ufanía,
y con mano miedosa se acaricia los pechos,
se toca los dos hombros cruzándose los brazos
o se frota la carne desnuda de su cuello.

Después, toda curiosa, se mide la cintura
con una cinta verde que le sujeta el pelo,
el que libre de lazos y horquillas, se derrama
como un río de oro apaciguado y lento.

Se sorprende de verse tantos rizos y ondas
que ruedan por el hombro armoniosos y sueltos,
y así como quien mueve la llama de una antorcha,
sacudiéndose toda, agita los cabellos.

Hasta que no resiste sin brincar su alegría
y echa a correr al campo con su baile ligero,
llevando por la soga al chivo que la sigue
para rozarle el muslo con sus ásperos cuernos.

Al ir bajo el alero techado por la parra
entre las hojas frescas entra los dedos finos,
y arranca, humedeciéndose la mano con sus mieles,
el más dorado, ardiente, sensual, de los racimos.

Toda la boca ebria de sed nunca sentida
se endulza con las uvas de licores divinos,
y las gotas balsámicas le corren por los labios
y el brazo se le moja de jugo en largos hilos.

La luz, toda de manos, juega con sus mejillas.
De respirar con ansia se le rompe el corpiño,
y el pecho, todo blanco, tiembla en el sol,
[quemándose
frente a la danza cálida de las patas del chivo.

Y ella corre en el campo como una yegua joven
que va a aplacar sus fuegos en las aguas del río,
y el chivo va brincando con sus cuatro pezuñas
ágiles como chispas en el campo de trigo.

Los quince años rompen su carne de semilla
y es tan hondo el mareo de sus ojos perdidos,
que sin sentir sus pasos en el llano dorado
su voluntad la entrega al fuego del instinto.

Y el sol, todo de brazos anhelantes, la envuelve
con sus cuerpos elásticos, impalpables y tibios,
hasta que le desmaya la sangre y la reclina
toda larga y rosada en el llano encendido.

Y así queda tendida en su llama ascendente,
La luz baila en su cuerpo que está desvanecido.
Y danza en torno de ella, infatigable y lúbrica,
la alegría radiante y amorosa del chivo.

Y después se le mezclan las risas con las lágrimas.
Tiemblan sus muslos ágiles de espasmos fugitivos,
y en tanto el chivo frota su barba a la mejilla,
la mano exprime todas las mieles del racimo!

LA JOVEN DEL SOL

Por el campo de trigo, color de sol y fuego,
toda en la luz divina de la mañana, danza
entre espigas maduras y amapolas de sangre,
una joven del mundo, color llama y deseo.

Una joven del mundo sobre un campo dorado
casi en el mediodía de chispas y de incendio,
cuando exaspera el golpe de la sangre en la arteria
del toro el sol violento, loca de luz está.

Cierra el vasto horizonte un gran disco de trigo
como un sol de la tierra frente al sol de los cielos,
y la espiga madura cae borracha y deseosa
con su cuerpo de chispas doradas y abrazadas.

La distancia encendida reverbera en el aire
casi inmóvil, y se oye el zumbido caliente
del tábano metálico en cuyas alas vibra
la embriaguez delirante de la hora enardecida.

Ah, que mis ojos sienten llegar el mediodía,
que mi sangre penetra la vibración arcana
del amor, del verano, en el toro, en el trigo,
en la luz, en la tierra, en el aire, en el agua!

De tanta luz el cielo ya no se ve, y la tierra
desnuda, el pecho alto, la cadera redonda,
con las grietas bronceadas de los surcos ansiosos,
se rinde como esposa al sol irresistible.

Yo me he puesto a sentirlos, a ahondar esos amores
que en mí mismo se cumplen y en todo ser se
[enlazan
con la mitad de sol y la mitad de tierra
que es la vida, en los cuerpos que el padre alzó
[en la madre.

Pero sigue en el centro de los campos danzando
loca de luz, la joven de la carne trigueña.
El pie descalzo dobla las espigas doradas
que con sus chispas rubias cosquillean su sangre.

Ella es lo más profundo en medio de esa danza,
y está allí, frente al sol como en un gran deseo.
Parece que es la Tierra concentrada en su fuerza,
condensada en sus jugos y sus ansias hondísimas.

Ella danza! Ella danza! Ella no sabe nada,
ella no ve, no piensa, sólo sube los brazos,
abre los muslos ágiles, agita el vientre virgen,
enardece los pechos, hace hervir sus entrañas.

De pronto caen sus ropas abiertas por sus manos,
extravía los ojos, mira el sol, mira el trigo,
gira las dos pupilas casi ciegas de fuego
y la sangre encendida le hace rugir la carne.

De abajo de la Tierra se suben hasta ella
los ríos maternos del amor y la vida.
De adentro de la Madre, los jugos creadores
y las fuerzas recónditas del deseo, le llegan.

Ahora es la Madre misma transfundida a la hija,
es la esencia, es el ritmo, transustanciados, todo
el arcano deseo que está adentro del astro
y en ella va vertiéndose con sus fuerzas sagradas.

Ella no sabe nada! Ella danza, ella corre,
ella sube los brazos hacia el toro celeste.
En el medio del trigo es la espiga más alta,
y en su vientre hay diez vidas aguardando el milagro.

Ella creció en el aire entre el Sol y la Tierra.
Un día brotó sangre, le crecieron los pechos,
se ahondaron sus entrañas, vio con ojos profundos,
y virgen todavía danza en el sol amante.

Ah, que el fuego la embriaga, que el ebrio mediodía
le enciende los sentidos cuando curvada al sol,
desnuda, abierta al ansia, vehementes de deseos,
los cuerpos encendidos de la luz, la penetran.

Nunca tuvo caminos. Vivió por los trigales,
bebió el agua en las manos, se alimentó de frutas,
su sangre está fragante a naranja y manzana,
y la luz le ha dorado la carne de racimo.

Ah, cómo el sol la enciende, cómo el sol la domina,
cómo salta del lecho cuando la luz comienza,
y cómo en los crepúsculos, cuando se van las tardes,
su cuerpo sonrosado se da a un sueño que olvida!

Ella no sabe nada. Ella danza, ella corre!
Ella sube los brazos y el sol entra a su vida,
le acaricia la sangre, le quema el vientre virgen,
le frota los costados y le besa los muslos.

Ella no sabe nada. Ella danza, ella corre!
Ella es toda la Tierra germinal y profunda
bajo el Toro celeste, en las sagradas cópulas
de los astros divinos que atan la vida al germen!

LA JOVEN DE LA LUZ

De la luz prodigiosa y diáfana es su frente
toda limpia de sombras de hastío y de fatiga.
La gracia transparente del cielo y de la estrella
la cruza como un río de pureza y de alma.

Resplandece en la clara pupila un mar sereno
de una distancia angélica y de un color sin mancha,
y a los ojos, atentos de espíritu y de chispas,
se ve llegar las olas de adentro de su vida.

Tanta luz vierte el labio en voces o en silencio,
de tal manera toda su boca se ilumina,
que parece la brasa de un fuego misterioso
en una gran estrella que hace temblar la noche.

Todo su hablar es canto del astro y del abismo,
miel de abejas de fuego, vino de uvas llameantes,
jugo de mundos ebrios, todos de Dios henchidos,
zumo azul del espacio, de amor y luz maduro.

Y hay luz hasta en sus manos, una luz buena y dulce,
que cierra las heridas y descansa las frentes.
Y la luz se le salta de todo movimiento,
al inclinar el cuello, al doblar la cintura...

Ah, cómo traen las vidas, a veces, altas olas
de pureza, de fuerzas arcanas y divinas,
desprendimientos lúcidos de la Tierra potente
que saltan a la sangre y al alma, hechos de llamas.

Es entonces que nacen las niñas de ojos puros
en cuyas grandes vidas se da un fulgor tan hondo
y una risa tan clara, que dejan ver las fuentes
de la luz y del fuego, donde beben sus almas.

¿Dónde los largos ríos, dónde los aires ágiles,
dónde las gruesas tierras que alimentan la fruta,
dónde la piedra antigua que vio brotar las formas,
ocultan esa llama que es la luz de las jóvenes?

Yo te siento sagrado, con un alma profunda,
donde tú vas flotando hacia grandes destinos,
astro de amor y música en la insondable entraña
con estas vidas ebrias en la luz de tu espíritu.

Siento cantar tu luz, siento gritar tus brasas.
Se hacen coros de astros en el espacio espléndido.
Grandes soles de fuerzas arcanas y sutiles
atravesan el alma divina de la noche.

Las estrellas sedientas beben la pura fuente
de los cielos agudos de espíritu y de música.
En el Verbo de fuego se fecundan los mundos...
cómo al subir los ojos, la joven me ilumina!

Levanté mis pupilas hasta su frente diáfana,
y vi girar los astros, los días y las noches,
los tiempos insondables donde flotan los mundos,
la luz de Dios, los coros que fluyen las esferas.

Un río prodigioso de luz baña su frente,
le inunda las pupilas, le corre por la sangre,
y arrastrando en sus olas la llama de su espíritu
se vierte sobre todo lo que ve y lo que hace.

Esa corriente diáfana brota en los grandes mares,
más allá de la noche oscura, antigua y honda,
más allá de las vidas, más allá de los astros,
en la distancia ardiente, en el alma suprema.

Allí la pura luz ciega los ojos tristes.
De allí la excelsa música no llega a nuestro oído.
Yo me di a la corriente de tu río inefable
y viajé en los abismos que traspasan la noche.

Tú misma no lo sabes, joven de la luz plena,
nacida en un camino de esta Tierra sagrada,
hermana de los astros con tu frente de estrellas
y los ojos doblados hacia el divino océano.

Sólo el hombre cansado de noches y caminos
penetra los misterios de la luz y la sombra,
y en la nave celeste del sueño y de la música
flota en los grandes ríos que pasan por tu frente!

Dios inundó los mundos de un pensamiento puro,
las estrellas se unen por inmensas ideas,
a veces en tu frente resplandece la gracia
de Dios, y se ve en ella girar todos los astros.

Ah, cómo fue celeste hacerte el sacrificio
del deseo divino, del gozo de sentirte,
frente inmensa de luz, río eterno de júbilo,
ante cuyas orillas sigo inclinando el alma.

He roto las espadas! He olvidado las guerras!
No tengo más camino ni más sed que este río.
Tu frente es la alegría, es la llama sagrada,
es el templo viviente, la pura luz, la gracia.

Joven resplandeciente, toda de fuego y música!
Dame la luz divina de mi mundo y los mundos,
el deseo vehemente de las almas perdidas
en todos los abismos, ascendiendo y buscándose!

Dame el camino limpio! Dame el río sin mancha!
Los inmensos océanos que hay detrás de la muerte!
La rueda de la luz en el tiempo de Dios
girando en las orillas celestes de tu frente!

Dame el sumergimiento, la inmersión en tus ojos,
el olvido del barro, el ala de los éxtasis,
la luz que llena todo lo que viene a los mundos,
y la otra luz que baña las almas que se alejan.

Soy la sed invencible. He aguardado la hora
tardía, pero inmensa de atravesar la sombra
de ser de lodo y piedra, y asomarme de pronto
a la luz inefable que fluye de tu frente.

Hay una sola puerta. Hay un solo camino.
Hay una meta única y una sed y un deseo.
En toda vida pura está la luz profunda
que nos da el paso suave y feliz que nos lleva.

Joven! Joven brillante! Resplandeciente joven!...
Sin una sola sombra, toda de alegres músicas,
con palabras sencillas que todo mal ignoran,
tú enseñas a los hombres cansados el camino.

Cómo tu vida pura es la honda entre todas!
Cómo todos tus actos equilibran tu vida!
Qué perfecta es tu frente de fulgor y de música!
En qué profundo océano confinan tus reposos!

Yo, que todo he querido, que mordí toda fruta,
que bebí toda esencia, que sufrí toda angustia,
que me llené de sombras por doblar el abismo,
vuelvo todo deshecho pidiéndote un descanso.

Se bien la trabajosa fatiga del viajero.
Se que nunca se llega. Se que nada se puede.
Tengo todo el cansancio y el horror de la vida.
Pero tu frente inunda mis sombras de esperanza!

EL HOMBRE DEL MAR

Hacia todos los puertos y por todas las rutas,
desde todos los siglos del hombre luminoso,
navegaba los mares el héroe de los barcos
con el remo y las velas o el motor incendiado.

La ola de las ansias y la ola oceánica,
el viento de los mares y el viento del espíritu,
la madera y el hierro, y la carne y la frente,
iban juntos en viajes de fiebre y de esperanza.

Hacia las islas verdes de palmeras abiertas,
adentro de los ríos y adentro de los mares,
bajo los grandes soles de fértiles veranos
partían los navíos con los conquistadores.

Unos, entre los sueños de tierras nunca vistas,
los más, bajo el anhelo del oro prodigioso,
otros, siempre sedientos de astros y verdades,
y entre todos, el hombre que sólo sueña viajes.

Entre el hombre cansado, que se aleja al prodigio
de las islas fantásticas y las ciudades raras,
entre los mercaderes tenaces, y los sabios,
él parece más hondo, con su casa flotante.

Es el mismo de Egipto, de Cartago y de Tiro,
del trirreme de Atenas y la nao española,
de la barca normanda y el bergantín pirata,
y el velero del ruso, del inglés y del sueco.

Por las noches sin rutas interrogó los astros,
las estrellas le dieron los caminos felices.
Iba soñando mundos y los mundos nacían
en costas donde el hombre fue subiendo ciudades.

Partieron hacia rumbos desconocidos, pueblos,
héroes, razas, destinos, todo un mundo naciente
y una sed creadora de voluntad y lucha.
Y ahora suben la obra de las grandes Américas!

Y a otras islas del astro y a otras costas marinas,
y a los extremos polos y a toda tierra firme,
iban los corazones adentro de los barcos
haciendo en el deseo los países soñados.

Brazo tenaz del hombre, en el ancho astillero,
cantado por las olas, el aire y las estrellas,
vas subiendo la nave de madera y de hierro
con una entraña ardiente de carbón y de llama.

Unes al astro mágico que te da su materia
las formas misteriosas de tu luz y tu fuerza.
Tu martillo y tu fragua, tu taladro y tu hacha,
transfiguran el hondo metal, en alma y ritmo.

De adentro de la tierra traes el hierro fértil
ante tu frente, y luchas en las selvas profundas
de troncos y raíces, hasta que acero y árbol
se hacen barcos y viajes a su potencia fieles.

Bajas hasta las vetas abismales del mundo.
Abres negros caminos adentro de la Tierra.
Y allí, con la piqueta del minero, le arrancas
los carbones de brazos laboriosos y fértiles.

Es la selva, es la vida de selvas condensadas!
Los árboles antiguos hechos de sol y tierra,
renacerán de golpe como bosques de fuego
con una fuerza pura que hará avanzar las naves.

El viaje es sol, es tierra, es hierro, es selva, es árbol,
es el tiempo del tronco, los siglos de la hulla,
y el deseo del alma, todo unido y trabado
por la mente del hombre viajadora y sedienta.

Siempre, cuando se acercan las naves a los puertos,
hay un hombre más alto apoyado en los mástiles,
por cuyos ojos, finos de estrellas y de olas,
pasan todas las rutas marinas y celestes.

Tiene en las manos recias y en las visiones firmes
el destino del viaje en la perfecta ruta,
su pensamiento lúcido fraguado en los ciclones
avanza gravemente en la proa divina.

A sus pupilas hondas de adivinar las noches
y sus sentidos ágiles de conocer las aguas,
las ciudades confiaron sus hombres y riquezas
adentro de las naves que van uniendo vidas.

El está allí, la mano reposando en el mástil,
ante todos los puertos y todas las naciones,
firme sobre el océano que oscila eternamente,
dominando los grandes horizontes del astro!

EL HOMBRE DEL FUEGO

Es el fuego del día y el ardor de la noche,
la llama pura y honda del sol y de la estrella
que danzan en la fragua entre el aire ligero
y cruzan los carbones al ímpetu del fuelle.

En la luz de las grandes ciudades, en los hornos
que funden los metales y empurpuran la arcilla,
en los incendios ávidos de selvas y de aceites,
en la espléndida hornalla del barco, danza el fuego!

Arde en la sangre misma y les da a los abismos
de sus firmes anhelos la mirada infinita,
el camino de fiebre que traspasa la sombra
y llega a todo astro y todo espacio vence.

Toro celeste y puro que trae la mañana,
águila hirviente y lúcida que sube el mediodía,
león de largos pasos que va inclinando el astro
hacia inmensos crepúsculos y océanos de sombras.

En la más honda noche de toda noche humana,
ví una selva encendida, loca, llameante, ebria,
crepitando, danzando, líquida de resinas,
aérea de fulgores, fluída de potencia.

Nunca llegué tan hondo, nunca avancé la frente
tan adentro del astro, la potencia y el ansia,
como entonces, entrando el baile de mi anhelo
en esa inmensa gracia de llamas y de fuerzas.

Todo es ardiente, Tierra, si cruza por la vida.
El agua, el polvo, el aire, las anchas estaciones,
el tiempo que está adentro del árbol y la carne,
todo nació del fuego, todo retorna al fuego.

Cómo comprendo ahora la alegría sagrada,
la embriaguez desbordante, el delirio inefable,
la inmersión en la dicha profunda de si mismo,
en el hombre divino que hizo el fuego en sus manos!

Antes lo tuvo hundido en su frente deseosa,
lo incubaba de día mirando el sol espléndido,
lo soñaba en la noche bajo los astros puros,
lo anhelaba en la nube vehemente de relámpagos!

Por momentos, siguiendo el alto encendimiento
de las olas marinas y las olas humanas,
las tenaces corrientes astrales y la música
y el ritmo de los tiempos, siento que todo es fuego.

Pasa en danzas creadoras y con su gracia plástica
sube de los planetas las savias y las formas,
modela las estrellas, las gemas y los árboles,
y a la sangre fluída la convierte en imágenes.

Dios de toda potencia cabalga sobre un potro
de carreras llameantes y de cascadas de chispas,
todo de brasas rojas de la frente a la grupa,
resoplando un aliento de incendios y de amores!

De noche, en todo el astro, millones de parejas
ebrias, locas, furiosas, se buscan y se abrazan,
funden sangre con sangre, engarzan fuego en fuego,
y la tierra potente tiembla encendiendo vidas.

El arado hace un surco de brasas sobre el campo,
donde cae la semilla amorosa y profunda
con su llama apretada de milagro y de fiebre
que se alzar  en incendios de dorados trigales.

En el árbol nacido del amor de dos astros
donde oprimi  la vida llamas de sol y tierra,
entre el olor profundo de esta estrella y la brasa
latente y prodigiosa del cielo, vibra el fuego!

Y así como se funde y abraza la pareja
por la fuerza amorosa hasta brotar el hijo,
con un gajo hizo el hombre un padre, y lo fue
[uniendo
por el hueco de un nudo al tronco de una madre.

Unió esposo y esposa como el mismo se un a
a la mujer sagrada de amores y de hijos,
y en el tronco, la vara frotada por el hombre,
llevó desde la frente el fuego a la madera.

Se hizo una estrella mágica, un sol de aromas puros,
vencedor de distancias, con grandes alas rojas,
una flor de la luz, una raíz sedienta,
un árbol intangible de tan fuerte y violento.

Dios nació entre los hombres! Dos manos y una
[mente
lo arrancaron del rayo, del sol, de las estrellas,
y desde entonces crece por campos y ciudades,
y vivir, y ascender, es hacerlo más nuestro!

Hermano de la sangre, rojo como la sangre,
devora los carbones de antiguas selvas muertas,
y el aceite inflamable de la entraña candente
de esta estrella divina que gira en los abismos!

Es la frente del hombre, el vasto pensamiento
impulsado de inmensas pasiones y deseos,
hecho Dios, desplazado de su propia morada,
saliendo de las almas a transformar las cosas.

Y ved si no el herrero de un pecho alegre y puro,
el forjador antiguo frente a la fragua enérgica,
danzando entre la rueda de luz que gira el fuego
con la pieza de hierro sutil, hecha una brasa!

Ah, qué hermoso trabajo, qué gracia verdadera!
El metal todo entrado del Dios de las estrellas,
el yunque de una inmensa voluntad para el golpe,
y aquel hombre incendiado brotando alegres
[chispas...

El aire resonante como una gran campana,
la pileta de agua que asegura las formas,
las líneas de las cosas útiles y sagradas
bajando de la sangre del hombre hasta el martillo!

Eres Dios, ancho herrero! — Eres Dios!... Las
[estrellas
saltan de tus martillos cósmicos y divinos,
y en torno tuyo se hace de pronto un universo
de música y de astros que fluye de tu fiebre!

De tus manos vulcánicas salta todo prodigio,
el arado que ahonda los sexos de la tierra,
la hélice del barco, la rueda de los carros,
el motor de la fuerza que transfigura el mundo!

Y cuando tú descansas de pie, alto y sagrado,
apoyando tu cuerpo macizo en la herramienta,
frente a tu propia obra que es toda tu alma en
[formas,
eres Dios, con la inmensa mirada antre sus seres!

EL VUELO DE LA NOCHE (1925)

DEDICO A TULA ESTOS
POEMAS NOCTURNOS.

C. S. E.

ANGUSTIA

Cuando en inmensas tardes, junto al mar de agua
[y oro,
corta un fino horizonte el sol rojo y sediento,
y está amarrado el viento y las olas atadas,
y va a temblar la estrella y va a subir la sombra,
y el día retrocede agazapado y turbio,
y penetra la noche con su paso insondable,
y el nacimiento puro y la agonía pálida
sobrecogen al hombre que ve el eterno cambio...
haciendo un arco oscuro de dolor y fatiga
con el cuerpo y el alma, he pensado hasta el fondo
que un día seré todo de colores vencidos,
y bajo el horizonte de la espléndida vida
como el sol, lentamente, caeré, pero deshecho,
mientras sobre mi carne se hará la noche inmensa!

EL HADA DEL CREPÚSCULO

Los colores se funden. Ya no se ven de hondos.
Sólo el oro se alarga como una gran mirada
sin fin, maravillosa, que se inclina hacia el sol.
Se hace dorado el fondo verde de las pupilas
y hasta las manos anchas de fortaleza joven
resplandecen con oros inmóviles y lisos.

Va desmayando el tono del crepúsculo
su primera dureza de heroísmo y metal.
Las espadas flamígeras se borran en la sombra.
El acero y el oro se tornan plata y ópalo.
El topacio se endulza de una ola amatista
y hay enormes zafiros de quietud en los lagos
y serenas turquesas de emoción en las fuentes.
Se desdobra mi alma en color y perfume
como el capullo verde donde está envuelto el lirio.
La tarde tiembla en rosas y en ensueños
ante la gran fatiga que hay en mi voluntad.

Yo me llené los ojos de esa lenta agonía,
de esa hora intermedia, indecisa, inclinada,
sin precisión, sin ritmo...
Yo me llené los ojos de ese tiempo borrado,
sin color, sin perfil...
de esa hora sin sangre con las venas abiertas,
cuyos instantes lentos y profundos de calma
funden en su penumbra la tarde con la noche!

(Haré la confidencia del encanto intangible
con esa voz en sombra de decir los secretos).

Crepúsculo inclinado sobre mi extraña vida!
Pasas como las sombras viajeras de las nubes
y rozas y despiertas esa mujer de flores
que tantas veces llora sobre mi corazón.
Ella se sube entonces y está toda en mi cuerpo
como la noche azul se levanta en la tarde
hasta llenar los grandes caminos de la luz.
Ella me hace de música y de ensueño
los colores agudos.

Ah, cómo son de fáciles sus nervios al crepúsculo,
cómo vierte en mi vida arcanas suavidades,
cómo viste mi frente de grandes flores muertas,
cómo embriaga mis ojos de colores vencidos!

Todas las tardes mi emoción te aguarda,
crepúsculo de olvido, de agonía y silencio
para sentir todo el milagro tuyo.

Y siempre al inclinarte,
ablandas la dureza de mi alma
y la humedece la íntima fuga de tu contacto.
Hasta mi carne áspera de hombre
llenas de esa mujer tan inclinada y lenta.
En las horas enérgicas del día y de la noche
se me acuesta en mi ser como adentro de un sueño.
Ella te aguarda a ti,
crepúsculo inclinado como ella.
Sólo ha logrado abrirse entre mi vida,
cuando en el aire nadie
blandía las espadas solares de la tarde,
cuando en la noche nadie

sumerge la cabeza en los abismos
anhelando el apoyo de una estrella
para sufrir las duras pupilas de la esfinge.

Cuando ella fluye en mí, cierro los ojos casi,
y así me dejo estar, inmóvil, quieto,
sintiendo que me voy entre la vida
como un agua muy pura que filtrase una grieta.
Así se deben extinguir los lirios
arrugando la lenta palidez de los pétalos.
Así, las estrellas, una a una,
se apagarán, lejanas, en el tiempo.
Así se dormirán todos los niños
con las manos cruzadas sobre el pecho.
Así, tan suavemente,
nos habrá entrado la caduca plata
al oro joven de los cabellos...

Oh, crepúsculo!
Tus manos de oro tejen grandes sedas violetas.
Muy pronto tus instantes morirán en estrellas.
Mírame!
Reclinado en mí mismo,
pongo las pupilas del espíritu
sobre los ojos ciegos de la carne.

No la ves ya?
El hada del crepúsculo se levanta en mi forma
como la felpa suave de la fruta,
toma las apariencias de tus nubes violetas
y su cuerpo inagotable se desborda del mío
como un sonido puro
que no cabe en el hueco de una flauta.

No la ves ya?
No es de carne.
No da un contacto firme, material, en los nervios.
Es un temblor no más, es un sentir más hondo
y más tenue que el mío.
Es sólo un resplandor, sólo un tacto impreciso
que se confunde con la luz dormida
atenuando mi brusca rudeza varonil.

Cuando intento abrazarla, se destruye.
Se desvanecería con sólo un beso diáfano.
Si yo la acariciase,
entraría a las rosas de su delicadeza.
Oh, crepúsculo!
Sólo por ella puedo sentirte.
Nunca penetraría tu agonía remota
por mis violentos nervios.
Jamás tú llegarías a fundirte
bien a mi corazón fatal y trágico.
Porque tú no resistes el ímpetu y la fuerza
de mis grandes anhelos,
hermanos vigorosos del día y de la noche.

Y ella sí! Y ella sí! es el espejo de ópalo
donde tú te reflejas
inclinado y vencido de color y de música
como su cuerpo y como sus ojos!

Y ella sí! Y ella sí! Es el ágata de oro
entre cuyos matices de lentitud y calma
mezclas tu agua dormida y tu nube sonámbula
a esta sangre de hombre, tan amarga y tan fuerte,
y a esta savia de inmensas primaveras de fuego!

Ella es la intermediaria de los nervios de seda,
de sensibilidades, de matiz y perfume,
de los puentes de música que unen mi fuerza trágica
a las inclinaciones serenas y pacíficas
de tus colores muertos.

Ella es la mediadora
que entrega mis manos de pastor y guerrero
a esas dos manos místicas
de la renunciación y la piedad!

Ella es la que te siente para mí...
Ah, cómo cae, crepúsculo, tu mirada de seda
sobre sus largos ojos de piedad y paciencia!
Cómo afelpa tu aire el vello de su nuca
y toca sin contacto material sus mejillas!
Cómo en sus emociones íntimas y azoradas,
cómo en la calma extática de tus brazos suspensos,
cómo en sus labios mudos, sin besos, sin caricias,
tú pasas como el agua
sobre una estatua blanca,
o como un vuelo de palomas
en torno de una torre!

Sensación de agua...

Emoción de ala...

El crepúsculo cae en ella
como a la orilla del ensueño,
y de ella viene a mí
como a la orilla del deseo!

Hada del crepúsculo!
Hija azul de mi carne!
Apaga mis sentidos con tu mano de nieve.

Detén mi sangre ebria llenándola de lirios.
Apacigua mis bosques con tus adormideras.
Abanica mi fiebre sensual
con el inmenso
frío de tu castidad.
Déjame sin las ideas y los gritos.
Líbrame de las batallas de los hombres,
y húndeme en la embriaguez de los crepúsculos,
hasta que venga a herirme la gran noche del cielo
con todas sus estrellas sedientas como espadas!

Oh, crepúsculo!

Entre el hombre selvático que hizo rugir la tarde
y ese hombre sonámbulo que hará hablar a los
[astros,

pon el reposo dulce de una mujer de seda,
haz mi carne de lirio como la de una hermana,
filtra en mi corazón una sangre sin guerra,
y ablándame estas manos, de piedad y de música.
Y así, con toda un alma de mujer inclinada,
sé para mí, oh crepúsculo,
como un desmayo inmenso de vaguedad y ensueño,
como una languidez y un mareo remoto,
hasta que las estrellas de la noche
me llamen a la guerra del hombre y de las fuerzas,
ante la esfinge,
ante la sombra,
ante los astros!

Año 1918.

EL HADA DE LA LUNA

Ya no te aguardo, Sueño. No me borres la alcoba
ni me bebas el agua azul de la mirada.
Me acojo a la pereza del diván de caoba
hasta que llegue en sedas y desmayos, el Hada.

Cuando en la medianoche de cobaltos profundos
las margaritas de oro hagan jardín los cielos,
vendrá de las distancias inmensas de los mundos
con ópalos lunares y vagos terciopelos
en su carroza de ópalos y de ágatas lechosas.
con rosas atenuadas en la luna y las rosas...

Es el Hada lunática, blanca en sutiles copos,
con glicinas de estrellas en las manos astrales,
plata en luna la frente de lilas y heliotropos,
y lirios de la luna azules en los chales.

En sus ojos de éter bebe luz el espacio.
Sus manos transfiguran todo terror nocturno.
Vierte un lúcido ensueño, construye mi palacio,
me marea con filtros astrales de Saturno.

Ya no te aguardan, sueño, mis pupilas.
Me acojo a la pereza del diván de caoba.
Cuando cierres el párpado de las vidas tranquilas,
entrará el hada blanca, toda en luna, a mi alcoba.

Me extasiará una líquida sensación de distancias,
irradiaré mi sangre en luz hacia los astros,
y en fuego azul y en éter disolveré las ansias
de mi carne lunática de perlas y alabastros.

Ah, las olas cambiantes en el gris de sus mares
que llegan de sus pechos al diván de caoba,
y la flota ilusoria de navíos lunares
que transfigura en puertos fantásticos mi alcoba!

Ah, la carga de esencias y perfumes azules,
las rosas de otros astros más viejos y las rosas
de otros astros más nuevos, la sedas y los tules
que trases de tus largas estrellas amorosas!

Ah, mi alma que sufre sus enigmas de estrella.
y en un afán nocturno, perdida, alucinada,
aguardará en la noche al Hada, y sólo a ella,
para embriagarse en éxtasis con el amor del Hada!

Hada visitadora de los meditadores,
de los viejos astrólogos y los tristes poetas,
los cabellos de luna sobre un agua de flores
y un perfume lejano de noches y violetas.

De tu claro de luna bajan jardines blancos
y rozas con tu claro de luna mis ventanas.
Ah, si la carne cósmica de tu pecho y tus flancos
se abrazara a mi anhelo con intangibles lianas!

Yo estaré luminoso de estrellas y de luna.
Me embriagarán licores astrales en tu boca.
Y me hundiré en tu música de ensueño, y como
[en una
ebriedad del espacio se irá mi frente loca.

Ah, tu carne de ópalo nos hace delirar
y nos das el mareo de ilusión de tu viaje,
y tu eterna quimera y tu antiguo soñar,
y el camino de estrellas que tiembla en tu paisaje!

Ah, cuando el vaso cósmico me derrame tus vinos
y esté la medianoche lunar toda extendida
en mis anhelos diáfanos, astrales, cristalinos,
y las constelaciones converjan a mi vida.

Presiento los desmayos de mi carne sensible
hasta la esencia última de los ojos del Hada,
y acaso quede muerto de una herida intangible
que a mis pupilas entre de su inmensa mirada.

Ya no te aguardo, Sueño. No me borres la alcoba
ni vendes el espejo de mis ojos abiertos.
Me acojo a la pereza del diván de caoba.
Pronto el Hada en su nave llegará hasta mis puertos.

Sobre mis carnes fluyen unas sedas de oro.
En mis pupilas flotan lentos lotos lunares.
El lirio de la frente tiembla de azul sonoro
y el alma huye en la ola de los arcanos mares.

Es la hora ilusoria, sin realidad de vida,
cuando toda mirada tiende un camino incierto
entre el deseo cósmico y la estrella fluída.
Y el corazón de carne, de no ser luz, se ha muerto.

Se diluye la sangre en éteres de espacio,
y me exhalo en esencias de heliotropos y lilas.
Transfiguran los éxtasis la alcoba en un palacio.
Se atenúan en sedas nocturnas mis pupilas.

Hora en que lo más próximo se ve flotar muy lejos
y el desmayo nos miente sus distancias irreales.
Viajamos una senda de engañosos espejos.
Los ojos están húmedos de emociones astrales.

Ya es la noche indecible, imprecisa, exhalante.
El Hada de la Luna me ilumina la alcoba,
afelpa sobre mi alma su seda alucinante
hasta borrar mi peso del diván de caoba.

Sólo queda en mi cuerpo la ilusión de haber sido.
Ha caído a la alfombra mi carne desmayada.
En el diván mi vida sin sangre es un fluído
disuelto en los fluídos estelares del Hada.

Ah, las olas azules en la luz de sus mares.
Ahora de mí se irradian como surgen de ella,
y en la flota ilusoria de las naves lunares
mi alma va con el Hada intangible, a su estrella.

Viaja un río de plata en el claro lunar
y el agua es el reflejo de un agua de amatista.
La nave es el recuerdo de otra nave en un mar
que dormía sus franjas de turquesa en la vista.

Se me hizo de estrellas la ilusión de haber sido.
Una esencia de mundos nacientes me embriagaba.
A un astro iba la proa de mi barco encendido
y me sentí más diáfano cuanto más avanzaba.

Me aluciné en las luces más tenues e intangibles,
en selvas de reflejos y en bosques de ilusión.
Llegué hasta los perfumes de los mundos sensibles,
todo de llamas de astros tembló mi corazón!

Y arribamos entonces a la estrella deseada.
Ella besó mi frente en su nave de tul,
y lo entré en el fluído desmayado del Hada
y ella entró en mi fluído como una onda azul!

Después hubo una fuga de remotos navíos.
En su barca de plata volvió mi afán desde ella.
Sentí la suave huída del Hada en lentos ríos,
y la luz de su cuerpo tembló como una estrella!

Año 1918

EN UNA ANTIGUA PRIMAVERA

Nada más que una noche, ay, exaltadas horas,
esta pobre ceniza, esta extinguida lava,
sintió la inmemorable primavera del mundo,
parejas nunca unidas, flores recién abiertas!

Por tu orilla de música, primavera del bosque,
penetré suavemente, furtivamente, lento,
entre sedas de luna y balanceadas sombras,
ebria toda mi sangre y agudos los sentidos.

Sentí beber la fuerza. sentí subir los jugos
y licores del astro. Sentí temblar los aires.
Sentí hacerce los brotes y estirarse las ramas.
Sentí quemarse el polen. Sentí rugir la selva.

Celo inmenso y profundo del encendido bosque!
Insondables llamados, amor de un fuego antiguo.
Los árboles ansiaban abrazarse a los árboles
y un aire, cristalino de luna, los besaba.

Atados a la tierra, trágicamente inmóviles,
parecían llamarse, gritarse, estremecerse,
sintiendo el paso lento de jóvenes parejas,
o la ternura tibia de los nidos en celo.

Sólo el aire juntaba perfumes con perfumes.
Flores locas de amor, embriagadas de luna,
exasperadamente, con un temblor de abrazos,
se abrían como heridas para darse a los vientos.

Debajo de la tierra, raíces con raíces,
se trenzaban, se unían. Mareado, desmayado,
en la noche balsámica me di a todas las vidas
como en una infinita locura de ser ellas.

Y fui en ellas y en todo. Fui en la hondísima Tierra,
fui en las ramas, los troncos, las savias, y los brotes.
De un gran amor hacía mis ascendentes llamas
y mordía la selva y la luz de la luna.

Trágico bosque inmóvil, con tus árboles fijos!
Cómo creció el deseo del beso y del abrazo!
Con qué celo y qué fiebre se atraían las ramas,
cómo todas las flores gritaban para amarse!

Nunca, jamás me he dado así, tan hondamente,
flor feliz, raíz ebria, jugo creador y ágil!
De todos fui esa noche bajo una luna blanca
que enloqueció esa antigua primavera del mundo!

Año 1921.

RETORNO

Fluída, alada, etérea, forma astral, luz, ensueño,
más que mujer, visión; inefable armonía;
angélica, arcangélica, sobre un mundo pequeño,
negro de horror y de odio, así te presentía.

Mírame como llego a anegarme en tu seno,
a desmayarme ciego de sufrir en tus brazos,
a sentirme más puro, y más dulce, y más bueno,
a olvidar tantos años de amargor y fracasos.

Pasional y mordido por todos los deseos,
con el sacudimiento de las guerras humanas,
entre inmensos delirios, bajo oscuros mareos,
me fui del niño diáfano que encantó las mañanas.

Me fui por los caminos de los seres violentos
sin saber que el destino me lastimó la vida
con una extraña herida de imposibles tormentos
y que todos vendrían a ensangrentar la herida.

Doblado, arqueado, curvo, bajo cimbreantes pesos,
con qué ganas tan hondas de llorar he llegado,
con qué encendida súplica vine a gemir tus besos
que son como de música en mi cuerpo llagado!

Dulce, consoladora, curativa, balsámica...
echado en tus rodillas de blanduras piadosas,
sobre esta angustia última, lacerante, satánica,
te hiciste noche y música, te hiciste luna y rosas!

Te hiciste noche y música, te hiciste ensueño y nave,
te hiciste mar y viaje, te hiciste ruta y vuelo...
arcangélica, etérea, estrella larga y suave
que se inclina a mi sombra y se abraza a mi anhelo.

Junto a ti, qué descanso! Oh tú, la que esperabas
al que entre todo hombre tuvo el alma más triste,
al que entre todo hombre por su dolor lo amabas,
y por su atroz angustia de todo bien le hiciste!

Año 1922.

VIDENCIA

Más de tu afán vidente quiero ser, noche mía.
Mi tiempo va naciendo tan arriba, tan alto,
que una estrella infinita, de amorosa ufanía,
entreteje a mi alma sus luces de cobalto.

Desfila tu alfanje, dolor de estar viviendo.
Hazte como la noche transustanciada y pura.
Hazte como la estrella, deseo atroz y horrendo,
más ardiente y más diáfana entre la noche oscura.

Eres luz, eres música, fina sombra nocturna?
Hay cosas que percibo profundamente dobles,
La muerte está abrazada al polvo de la urna
pero el espectro vaga bajo los viejos robles.

Es doble la ceniza, y el cuerpo, y la sustancia,
yo mismo que me palpo con un temblor divino
y me exhalo en un éter que vence la distancia
como si de mí mismo brotase un ser más fino.

Lo soñado no es cierto, dime, noche insondable?
Más allá de estos ojos no hay otros más potentes?
No hay oídos astrales para oír lo inefable
donde caen unas músicas de invisibles vertientes?

Noche de la otra zona de la vida y las cosas
que me abres con tus llaves el más allá del mundo,
que me traes contactos de alturas prodigiosas,
ven a ahondarme al abismo de tu temblor profundo.

Ven a rozar mi alma a un más allá fluído.
Róbame de esta piedra del mundo, dura y fuerte,
demáyame en tu música, déjame todo herido
de un amor tan inmenso, que traspase la muerte!

Año 1921.

EN EL MAR

Ola con luna adentro, a dónde vas, a dónde,
que te cortas en dos al pasar por mis islas
de negras piedras húmedas donde acuesto mi frente,
en un mar de la noche sin barcos ni farolas!

Ah, qué soñar tan hondo, junto al agua profunda,
en las rocas mordidas del mejillón y el musgo,
entre cuyos silencios abismales y fríos
la luna baja al bosque de las algas fantásticas!

Qué serán estas cosas tan extrañas que siento
al apoyar la oreja en la sal de los mares,
y oír todos los cantos de las islas del mundo
mientras pasan las olas llenas de voz y Luna!

Ah, vieja Tierra mía, qué grande eres de noche,
junto al mar, junto al cielo, al viento, a las estrellas,
a la música inmensa de los fuertes espacios,
y al canto delicado de las aguas azules!

Embriaguez, sensación de no ser y ser todo,
roce con el misterio, con el sueño y la música,
penetración del mundo, absorción en las cosas,
noche, divina noche, exaltación, amor!

Yo también soy la ola! A dónde voy... A dónde...
Ah, mi querido mar, mi mar, mi mar, mi viejo
mar de los grandes viajes, mar de las puras noches,
mar pegado al oído entre estas islas negras!

Año 1921.

LA ELEGÍA DE LA ESTRELLA

Ah! Sí, mi dulce estrella, tiende tu lazo fino,
tus platas delicadas, tus músicas tranquilas,
tu más allá de ensueño, tu contacto divino,
a mi frente, a mi alma, y a mis pobres pupilas!

Como en forma de vaso todo mi ser se ahonda.
Mi carne se hace pura, de llamas y alabastros.
Bájame de la noche tu luz, como una onda
que llegue hasta mi copa y llénala de astros.

Tal el ensueño puede transfigurar la vida.
Tal el dolor se afina y se convierte, él mismo,
en una sed que sube hasta tocar su herida
de una luz que la cierra más allá del abismo.

No ser nada es ser todo! Sólo el inmóvil llega.
La suprema renuncia da la conquista pura.
La noche, sin deseos de alcanzarla, se entrega
y hace de luz y fuego su frío y su espesura.

La esperanza es la dicha del joven que ha partido
hacia lejanas rutas, alegres de inocencia.
Las naves tienen alas, el pecho está encendido,
el mástil sube al cielo su arrogante potencia.

Al porfiado horizonte la esperanza se alarga,
pero el misterio nace sin cesar de sí mismo.
Las velas están rotas, va la nave sin carga,
el mástil sube al cielo, pero el cielo es abismo.

Conquistador, qué quieres conquistar en las cosas?
Por qué de noche y día, curvado de pesares,
con las fiebres que incendian tus carnes temblorosas
vas a imposibles puertos sobre espantosos mares?

Sólo es cierto el ensueño que a sí mismo se sabe.
No hay poder, ni conquista, ni riqueza. No hay nada!
Antes de que tu tiempo con el viaje se acabe,
ven, toma la mentira de la noche estrellada.

Vive en el más allá, entra a un mundo soñado,
no quieras de las cosas sino lo que no tienen,
cúrate las heridas con el licor dorado
de la estrella y la noche que del ensueño vienen.

Es mentira ser hombre porque es verdad la muerte.
Es que se irá mi forma y quedará mi esencia?
Es que mi alma persiste sobre mi barro inerte?
Es que en Dios no se extingue mi infinita presencia?

Nada puedo, alma mía! No hay fe. Ya estoy perdido.
No sé donde comienza la carne y lo intangible.
Estrella, ve llenando de tu extraño fluido
este vaso de muerte doloroso y sensible.

Qué fatiga! Qué hastío! Dame sueños irrealas,
dame viajes soñados en países de espejos,
dame largos narcóticos, dame vinos astrales,
dame ahondarme en la noche, dame sentir más
[lejos!

Ilusión! Madre noche! Ven a curar tu hijo,
ven a vendar mis ojos de tanta sed llagados,
ven a torcer el mástil del pensamiento fijo
y a hundir el viejo barco de los viajes porfiados.

Entre altísimas olas se destrozó mi vida.
No hay faros, no hay caminos, no hay puertos. No
[se llega!

Un día todo cansa y es tan honda la herida
que hasta la misma muerte nos teme y no se
[entrega.

Ah! Sí, mi dulce estrella, tiende tu lazo fino,
tus platas delicadas, tus músicas tranquilas,
tu más allá de ensueño, tu contacto divino,
a mi frente, a mi alma y a mis pobres pupilas!

Año 1921.

HACIA DÓNDE?

Hacia dónde se asoman mis ojos cuando miro,
profundísima noche, más allá de tu fuego?
Lentamente en la rueda de tu silencio giro
por detrás de tus astros, sin saber donde llego.

Es increíble, noche, lo que siento en tu abismo
y a qué agudos insomnios tu distancia me obliga.
A veces no consigo saber si soy yo mismo
este ser que dehaces y vuelcas de fatiga.

Toda sed, todo fuego, todo anhelo y herida,
vestido con mis llagas, lastimado, caído...
Qué ganas de que acabe esta espantosa vida,
Oh, muerte, y tú tampoco esta noche has venido!

Sólo tú, noche inmensa, noche de heridas puras,
sólo tú, como siempre, noche igual, noche horrible,
sólo tú te has echado sobre estas amarguras,
sólo tú, noche aguda, noche atroz e imposible...

Sólo tú, la crispada, la ahorcadora y violenta,
tú, la del cepo negro y los fríos puñales,
y las preguntas mudas, y la tortura lenta,
y la sed, y el abismo, llegaste con tus males!

Viniste, esposa o madre, hermana o compañera,
tú, la ebria, la loca, la delirante y fuerte,
tú viniste a abrazarme, a hundir mi vida entera.
en un dolor tan hondo que hasta hace huír la
[muerte.

Acaso no seremos ocultamente hermanos?
No seremos lo mismo? Yo noche, y tú tristeza;
yo, dolor; tú, dolor; los dos mudos y vanos;
tú, vacío en la sombra; yo; sombra en la cabeza!...

Devoción de la noche! Ah, mi noche angustiosa!
Como nunca mi sed está hacia ti tendida!
Y acaso tú te vuelcas en mí, triste, espantosa,
y también yo estoy mudo y soy toda su herida!

Año 1921.

LA PIEDRA

Ya que me encuentro en todos con este punto
muerto,
con esa piedra oscura donde no puedo entrar.
Ya que yo me doy todo y yo todo quería
y siempre el punto muerto que no deja llegar...

Ya que somos opacos, oscuros, como piedras,
y és inútil el ansia y el hambre de querer,
y no se alcanza nunca el fondo de otra vida
y en nuestro propio fondo nadie nos podrá ver...

Ya que estamos tan solos en medio de la noche,
que jamás vimos nada hasta Dios, hasta el fin...
Ya que el cuerpo de lodo se cierra con su lodo
y nunca llegaremos el barro oscuro a abrir...

Ya que todo es en vano, mi Dios, todo es en vano,
y no hay furia ni anhelo que nos dé su corazón...
Ya que todas las vidas están solas y mudas,
y la palabra es tierra y es polvo la pasión...

Quiero encontrar la puerta deirme a no ser nada,
la puerta que al abrirse me deshaga la sed,
la puerta donde echarme a un abismo tan último
que quede aniquilada esta sombra de ser!

Abrir, ver un camino, salirme de mi mismo,
tocar algo hasta el fondo, doblar la soledad,
sentir que ya he vencido toda la zona muerta,
esta espantosa piedra que no deja llegar!

Año 1923.

ABRAZO

Los que están más arqueados de horror bajo la noche,
y no soportan más, sedientos y partidos...
Los que tienen la nave quebrada, el mar rabioso,
las velas en girones y los ojos cegados...

Los que no creen en Dios, ni en la vida, ni en nada,
y van quedando viejos y les da horror la muerte,
el frío de la tierra brutal que ha de aplastarlos,
el ya no ser más nunca de este extraño ser

[hombre...

Los vehementes, malditos, réprobos y blasfemos,
mordidos de pasiones horribles y de ansias
desesperantes, crueles, que no les dieron tregua,
y nunca, nunca más tendrán un sueño puro...

Cómo los he sentido, cómo los he abrazado,
en la apretada noche de sombra y de agonía,
cuando locos de estrellas y deshechos de angustia,
todo lo hubieran dado por una dulce hora!

Año 1923.

INSOMNIO

Mar del insomnio bajo el cuerpo mío.
Anhelante viajar de olas y naves.
Velas negras hundiéndome su mástil en el pecho.
Y entre este no dormir que corre como un río,
el ala dolorosa de las perdidas aves
y el extraño flotar en el barco del lecho!

Más y más cada ola sube al hombre despierto
y roza los abismos de donde el sueño fluye.
Ah, cómo la esperanza feliz de entrar al puerto
contra las islas bruscas golpea y se destruye!

Hinchan los nervios raros
de un viento enloquecido de vértigos y fiebre,
la vela fascinada por los latidos claros
de alucinantes faros,
y se ansía que un golpe de mar, la proa quiebre!

Corazón retorcido de tinieblas
donde las noches hunden su garra constelada.
Hoy las estrellas muerden en las nieblas
de los ojos errantes.
Hoy la carne se agrieta sacudida y crispada
por sus llagas quemantes!

Satán de los insomnios, en tu negro astillero,
con maderas de nervios, de angustia, de locura,
trabajaste la barca de este pobre viajero
para que navegase la noche inmensa y dura!

Ah, subir hasta el borde de la cansada vida,
hasta las fatigadas orillas de la muerte,
para caer sangrando con la carne transida
y no dormir el alma bajo un reposo inerte!

Qué agudos vientos soplan? Qué arrecifes violentos
crispan sus manos náufragas y oscuras de amenazas?
Qué boca del peñasco sube antiguos lamentos?
Qué ríos de la muerte corren sobre mis brasas?
De qué ola colérica la sal agria me hiere?
De qué isla fantasma los recuerdos me gritan
mientras mi corazón se muere?
De qué costa erizada
los vientos del horror se precipitan
a esta vela de nervios, a esta nave cansada?

Siento como si todos los astros me tocasen.
Veo visiones nunca llegadas hasta el mundo.
Almas desencarnadas parece que rozacen,
incandescentes y ebrias, mi corazón profundo.

Ah, la barca encendida,
el lecho del insomnio que se quema en sí mismo,
al noche en haz de brasas, el fuego de esta vida,
toda el alma encendida incendiando el abismo!
Desgarramiento puro en que el pecho está abierto
y se muestra a la noche como una horrible llaga!...
Todo este pobre pecho que un día estará muerto,
cansado de su sangre y de su sombra aciaga!

Año 1923.

UN PENSAMIENTO ANTE LA LUNA

Luz de la Luna muerta, color ceniza y hueso,
fosforencia pálida, polvo de un mundo lívido!...
Cómo abismas mi frente y me hielas los ojos,
cómo siento en la noche que la tierra agoniza
con sus puntas cansadas hundidas en el hielo!

Esta franja de vida se estrecha lentamente.
Vamos siendo de luna fatigados y lentos.
El polvo de la tierra, tantas veces vivido,
se va quedando blanco como la Luna muerta.

Luna! Luna sin ansias, sin seres dolorosos,
con infinitos muertos que duermen acostados
bajo una inmensa sábana de nieve sobre nieve...
¿No sientes que la Tierra sigue el mismo camino,
que la muerte se alarga y la vida se estrecha,
y todo, un día arcano no soñado hasta ahora,
será haberse agotado, no ser más que astro muerto?

Venus, Saturno, Marte, Mercurio, Urano, Júpiter,
el Sol, los puros mundos más lejanos y ardientes,
Sirio, Vega y Antares, Aldebarán, Canopo,
las "alfas" encendidas y las "betas" radiantes,
todo lo que está ardiendo, incendiando la noche!
estará aniquilado, color ceniza y hueso!

Y nosotros, las cosas y las vidas que fuimos,
y amamos, y soñamos, y anhelamos, entonces
nos habremos deshecho en la noche infinita,
bajo el atroz horror de un Dios de hielo y polvo!

Siento una nieve aguda y una ceniza pálida,
que están mordiendo el fuego de todas las estrellas.
Y siento que mi carne, que es fuerza, y vida, y astro,
sufre un fatal hastío y una infinita muerte.
Y lloro hasta sangrarme de rodar por la nada!

LOS ADIOSES (1929)

CONFESIÓN

No quieran explicarme. Es inútil. Jamás!
Nunca! Ni yo, ni nadie, ni todos con mí mismo.
Yo no soy ni una incógnita ni una esfinge; ni nada
firme, tranquilo y solo, por sombrío, y grotesco
y monstruoso que sea. Yo soy mil y mil veces
una distinta sombra, un desigual abismo,
un vasto error cambiante, una miseria eterna,
pero mudable. Nunca me fijo y me concreto
en una sola forma lastimosa y porfiada.
No interroguen, No quieran verme. no hiendan

[nunca,
con un ojo sediento de asirme hasta los límites
de mis grandes tinieblas de horror, la extraña vida
por donde va esta frente perdiéndose en la nada.
Me interrogo de noche tan tenaz y tan loco,
y tan fuera de mí, y en tal delirio y vértigo,
tan divino y supremo de fiebre y de esperanza,
y tan negro y satánico de negación y duda,
que las preguntas saltan de mí como relámpagos
y soy yo mismo el áspero peñón donde se quiebran.
Ya no hay gritos. El miedo no me encoge. No

[crispan
jamás los nervios ágiles a la pesada carne.
Tengo una fuerza muda hecha con la costumbre
del sondeo angustioso. No tiemblo. No vacilo.

Acaso sea feliz, de una dicha perversa,
maliciosa, torcida, que se bebe el veneno
con una risa negra y una alegría helada.
Así voy entregándome al sublime espectáculo
de esa guerra tremenda del hombre con sí mismo,
y con Dios, y la Tierra, y la sombra. Y con todo!
Devoro así los sueños. Muelo así el Universo
en vanas y deshechas y mortales cenizas,
y atraviesan por ellas mi huracán y mi fuego
hasta quedar tendidos de fatiga y de hastío.
Y así, Dios mío, es tanta la intensidad horrible
de mi ser, que por último, muere todo el misterio
bajo el atroz cansancio con que yo mismo caigo!

I

Te has cargado de adioses hasta en la edad madura,
nave de tantos sueños y dichas no venidas.
Antaño ibas cantando las grandes despedidas
mientras si hogaño zarpas lloras la desventura.

Ah, tu esperanza maravillosa no perdura
y nunca más descas las doradas partidas.
Y tanto se acortaron las rutas no sabidas
que mejor que surcarlas las sueñas con dulzura.

Es noche! Los fantasmas del tiempo se levantan
del fondo de la nave. Yo grito por las cosas
verdaderas y firmes con que llené mi barco.

Miro. No hay más que espectros horribles que me
[espantan
con sus muecas torcidas y sus pérdidas rosas.
Y solo, allá en mi nave, me curvo como un arco!

II

¿Cuándo vendrá la noche más divina,
la esencia de la estrella más sonora,
el morir de un ansia soñadora
y el volar en la altura cristalina?

¿Cuándo el alma inmortal será más fina,
y más de luz, sin límite y sin hora,
y hacia la eternidad pondrá la prora
y surcará los mares que imagina?

¿Cuándo atravesará los astros puros,
la cifra espiritual de cada estrella,
y ebria del infinito de Dios mismo,

rotos los lazos trágicos y oscuros,
las alas embriagadas, limpia y bella,
libre de sombra, vencerá el abismo?

VI

Pastor de soledades y de hastíos
en prados de silencio, va mi vida
cada vez más cansada y escondida,
sin agitar sus sosegados ríos.

Pastor de otoños cada vez más fríos
en campos de mi ser, a la partida
de aquella juventud, tan florecida,
y hoy ya tan lejos de los sueños míos.

Y ayer, pastor de anhelos inasibles!
Y en montañas de Dios, y en cielos puros,
levantado en alturas imposibles,

pastor de exaltaciones y victorias.
Y hoy, oprimido entre estos cuatro muros,
nada más que pastor de altas memorias!

VII

Te levantaste, mi huracán, todo de adentro
mío. Y entraste al bosque con tu hacha sibilante,
y danzabas sobre mis incendios, y anhelante,
me deshacías con tu formidable encuentro.

Yo cerraba los ojos para verte en el centro
más hondo de mi vida, quebrándola. Oh constante
hundimiento en un tembladeral tan erizante,
y en mí, y al fondo, lejos, donde ahora me encuentro.

¡Tempestad, cómo entraste a la batalla dura!
Oh, montaña de fuego que yo alcé en la llanura
diáfana! Oh grandes selvas sobre las cristalinas

esferas! Oh peñascos al frente de los lagos!
¡Fue mío el huracán de los grandes estragos
y soy yo quien se goza en mitad de estas ruinas!

XI

Noche. Más soledad. Silencio. Las totales
sombras. La vieja nave detenida. Espanto
de no encontrar el fin y haber andado tanto.
y otra vez las ideas terribles y fatales.

Volcaríamos los arrebatos inmortales.
Romperíamos el pensamiento con el llanto.
Y un poco de amor, y algo de ensueño, quizá de
[encanto
dudoso, aún las tristezas dan, y hasta los males.

Calma deliciosamente y dulcemente hecha...
¿Para qué ruge el viento, y la alta luz me acecha,
y la nave, nerviosa, trepa en la ola y brama

de audacia? Ya no estábamos reconciliados y
[risueños?
— ¡Sube, sube otra vez, aquí, — la proa clama, —
quémate otra esperanza mientras vuelo otros sueños!

XII

El ardiente, de oro, canto del mediodía;
el de plata, celeste, nocturno canto y alto;
el canto de cristales diáfanos en el salto
del alba sobre el cielo; la de bronce, armonía

larga y remota de la tarde; y la melodía
del ocaso; y el polifónico sobresalto
del mar; y los allegros del río de cobalto
en la orilla sinuosa; y el violín que extasía

de scherzos y de fugas el lago de dorados
reflejos y de azules honduras; y las graves
orquestas de las selvas anchas; y los bordados,

instrumentales giros de las sonoras aves...
ah, todo lo dejo, todo lo doy, todo lo olvido
por esa voz que sueño y que jamás he oído!

XIV

Me llevarán un día sin que yo sienta nada
adentro de una caja sin luz. Un agujero
en la Tierra. Al instante, me habrán bajado. Cero.
La carne tenebrosamente acabada.

Ni la más sorda y más opaca y apagada
sensación. Tras el trabajo horrible, todo entero,
en gris, en vano polvo. El pensamiento austero,
sueño. El corazón, lodo. La voz, ceniza helada.

Descendimiento calladamente lento y mudo
de una cosa desvanecida y de un desnudo
no ser, y de una anonadada y extinguida

forma del amor, y de la sed, y del deseo,
tallada en las tinieblas, ni siquiera sentida
por este mundo triste ¡en donde aún amo y creo!

XVI

Del alba a la mañana, de la tarde al ocaso,
del impuro crepúsculo a las sombras totales,
algo del corazón, en pérdidas fatales
que roban lo más nuestro, cae entre paso y paso.

Nos morimos en un repetido fracaso,
bebemos demasiado los ardientes panales,
agotamos la dicha, y hasta los mismos males
merman, y un día queda sin nada todo el vaso.

Que nos den más fuerza para los deseos y los sueños,
y para el dolor, y para llenar la vida,
y para el alto volar, y para los empeños

tenaces y las ansias de no cansarnos nunca.
¡Ah, clamemos por no morir así, desde esa herida
fina y lenta, que ni se cierra, ni nos trunca!

XX

¿Será un día en la nave dorada de los días,
o será en una noche, y en las alas arcanas
de las noches, cuando me aleje de las vanas
cosas, y de estos sueños, y de estas alegrías?

¿A dónde iré, por dónde se va, sobre qué vías
etéreas y suprasensiblemente lejanas,
el espíritu vuela más allá de las canas
cumbres, y de los pájaros y las nubes sombrías?

¿Hacia qué ángeles, entre qué dioses, por qué
[esencias]
diluídas en inmateriales transparencias
me iré ebrio de azul, de más azul, celestemente?

¿Y cómo haré sobre esa altura al despedirme
de la Tierra, y para volar más, y para hundirme
en la armonía diáfana de la divina frente?

XXIV

Ala de los ensueños y flecha del instante,
y suave flor efímera entre la selva densa,
y desmayada onda sobre la mar inmensa,
oh, engaño del momento feliz, breve y cambiante!

Te acechan mis deseos, minuto alucinante
del éxtasis, y vienes como una recompensa
fugaz de mis anhelos, y mi alma está suspensa
de tu luz, pero huyes cada vez más distante.

Busco la eternidad del divino momento
busco el sosiego de este horror vasto y sediento
que me enloquece las soledades espantosas,

y altas de amor, y hondas de sombra, y tristes de
[espera...

¿Y si se va tan pronto la dicha verdadera,
para qué sueño el rayo que va mintiendo rosas?

XXV

Cuatro paredes mudas y entre ellas mi existencia.
Silencio. Medianoche. Sufro un terror sagrado.
Quisiera levantarme, pero estoy como atado
al asiento. No puedo moverme. Mi conciencia

no logra entrar al fondo de mi divina esencia,
y cuanto más porfío por quebrar ese estado
delirante, más hiela el miedo, y más crispado
sufro el horror del vértigo que curva mi potencia.

¿Nunca sabrá la frente por qué el espanto nace
de la sombra, y penetra tan hondo, y nos deshace?
Soy y no soy. El pánico, como una garra oscura

raya mis nervios. Tiemblo. Ya no ato los distintos
pedazos de mi ser, y una extraña locura
como un viento me pierde por negros laberintos.

XVIII

De todo lo que he visto guardo un sutil destello.
Cuánto cincel de fuego me trabajó la vida!
Si recuento las huellas de mi ser, nada olvida.
Tal vez, sólo por eso recordar es tan bello.

¿Donde me estampa lo indeleble cada sello?
¿Cómo se graba el tiempo sobre el alma fluída,
y los abrazos que estremecieron la partida,
y las lágrimas que nos rodaron por el cuello?

Voy hacia los otoños inclinados de adioses,
cansado de la Tierra, imposible de cielo,
y ahogándome en los dolores más atroces.

Me doblan los fracasos y el peso de los llantos.
Sólo el recuerdo puede levantar mi alto vuelo
de luz, y alzar los sueños que fueron tantos, tantos!

XXX

Ceniza del más vehemente encendimiento
perfección de guijarro en la muerte del río,
pompa de Dios, orgullo hostil, hoy suave hastío
tan dulce y melancólico que ni vencerlo intento.

Viejo barco pirata que nunca más el viento
arrancará del muelle... Es triste, pero río
de pensarlo y sentirlo, mientras disfruto el frío
cínico y el perverso deleite del tormento.

Ni el clarín, ni el penacho, ni el pensamiento en alto,
ni la esperanza. Nada! De un raro gris esmalto
las auroras de fuego y la más firme estrella.

¿Para qué el grito ávido sobre la luz herida?
Tan fina y tan perfecta fluye sin luz la vida,
que a medida que mato mi ser, la hago más bella.

XXXI

No estaré nunca más, ¡nunca más! ya vivido
mi tiempo triste y breve. Sobre los ríos mudos
del eterno emanar y el silencio desnudo
de la nada, no seré nunca más, y me habré ido.

Grandes, enormes, vastos, graves lechos de olvido!
Nunca la intensidad de estos gritos agudos,
nunca el horror y el golpe de estos dolores rudos.
¡No ser! ¡Orillas lentas de un silencio perdido!

Oh rabia de beber la eternidad, y todo
el encendimiento de la noche, y cada modo
de la luz! ¡Oh alta sed y ávido encubrimiento

del corazón! ¡Oh posesiones espirituales
y celestes! Y todo para este acabamiento,
y aquel no ser, y para las cenizas fatales!

XXXIII

Recordar al revés! Memoria del futuro!
Al arribar los días ya están adivinados.
Los minutos más grandes llegan como cansados
por el joven del corazón lleno de apuro.

¿Para qué esta certeza y este pensar maduro?
Los tiempos no venidos ya son tiempos pasados.
Voy como adelantando la ciencia. En todos lados
soy viejo. Estoy de vuelta. Todo es luz, aún lo
[oscuro!]

La vida es larga, y lenta, y repetida, y triste,
y se adivina todo. Siempre la misma aurora,
la tarde igual, la noche igual, hasta el olvido

igual, lo mismo, y todo lo que en mi ser existe,
igual a lo de antes. La muerte va en la hora.
Oh tedio de ya saber lo no vivido!

XXXVI

Igual que por mujeres de brasas y de hielo
mi corazón ha sido bordado por la vida.
Cada sensible túnica de amor y luz tejida
se adornó con las grandes estampas de mi anhelo.

Puras constelaciones dibujaron el cielo.
En los paños recónditos quedó una noche herida
de sed, y de imposibles deseos perseguida,
y el relieve de un mundo de muerte y desconsuelo.

Mil telas, más profundas cada vez, nieve y frío,
como agujas fatales, con hilos dolorosos
traspasaron. ¡Oh, fibras delicadas y hondas

de mi pecho! ¡Corazón, jamás pudo tu ruego
detenerlos, y ahora trabajan angustiosos
allá, por unos pliegues donde ni van mis sondas!

XXXVII

Cansancio de ser yo mismo a toda hora!
Siempre yo mismo, siempre el maestro y el poeta,
siempre el alto deseo, la inalcanzada meta,
el canto poderoso, la estrella, el sol, la aurora...

Siempre el sueño tenaz en la divina prora,
siempre la ola enorme que a la isla sujeta,
y el alaje del águila, y la victoria neta,
y el dolor con orgullo, y el grito que no llora.

No puedo más! A veces no puedo más! Gemiría
como un niño perdido tan angélicamente!...
Y, pájaro gris, entre la niebla cantaría,

y cambiaría, riéndome de mí, la augusta frente.
Y sin recurrir a la montaña ni al abismo,
con un temor curioso me iría de mi mismo.

XXXIX

Melancolía, y no dolor, madura fruta
y última que está en el árbol de la ciencia.
Yo no sé qué desolación y qué indolencia,
casi dulces, me esperan al final de la ruta.

Mi corazón está encerrado en una gruta
de musgo, y de silencio, y ternura, y paciencia.
Gris! La mirada huye la falsa transparencia
y una aceptada sombra la suave sien enluta.

Se desvanece el sueño de aquel saber ardiente
que cuajaba diamantes de orgullo en nuestra frente.
Con un dolor deseado hendimos una herida

en nuestro ser. Y la gustamos. Y nos hundimos
en el tembladeral arcano de la vida.
¡Y es curioso, no hay más que horror, y sonreímos!

XLVIII

No estar, no estar jamás,irme siempre más lejos,
partir viajero inútil de las perdidas cosas,
hastiado de jardines y de selvas monstruosas,
y con los ojos tristes y vanos como espejos.

Querer otros incendios, buscar otros reflejos,
gozar otras estrellas y otras extrañas rosas,
y perderme por unas rutas maravillosas
hasta caer deshecho por los cansancios viejos.

Y decir que he vivido sin detenerme nunca,
en una sedienta desesperación de amarlo todo
que jamás me ha dejado y que jamás se trunca.

Y al fin ver agotadas todas las cosas reales,
y las fantásticas, y las locas, y las ideales,
las puras, las horribles, las de Dios, las de lodo.

POEMAS DEL HOMBRE:

LIBRO DEL AMOR.

(1930)

PROA DE LOS ÉXTASIS

Estábamos en un espacio de nuestro ser
donde la música hace un hueco de todo el Universo,
y va llenando la oquedad de la noche
con las armonías inefables que sobrepasan la
[tangida creación.

Nos aguardaban inmensas procesiones de espíritus
infinitos y celestes de divinidad y de alegría,
en una vuelta de yo no sé qué ríos sin sustancia
por donde avanzaban unas aguas de serenidad y
[de éxtasis.

Y esas almas habían horadado las montañas de los
[sueños y los deseos;
cada una poseía la clave mística de los misterios
[últimos;

y subían irreales a todo sentido de los astros y
[de la luz mortal;
pero se contemplaban con una mirada sin ojos
y con una visión sin imágenes;
y se adoraban en unas esencias sin abrazos y sin besos
con una cosa de amor indeciblemente gozosa y pura.

Noches de guerreras sombras se habían opuesto a
[nuestra sed.
Mi espíritu batallaba sobre ruedas encendidas.

Tú abrías la materia horrorosa con un grito de
[fatalidad y de luz,
y traspasabas la ciudad del Universo
suspendida sobre la nada.

Él está en todas las cosas,
pero hay que buscarlo donde las cosas han dejado
[de ser.

Oh, amada,
mientras tú me entretejías a tu música sin sombras,
yo compuse con tu canto el nombre del que nunca
[fue nombrado.

Como subiría una montaña de luz en el pecho de
[una estrella,
así subía mi montaña mística en el pecho de tu
[música.

Sólo quien haya muerto en todos los amores
para renacer en el único amor,
podrá comprender la exaltación y el sentido de
[este canto.

Mil veces me dí la muerte para subir a la única vida,
y cada vez que rompía mi ser
saltaba un puente más hondo a las profundidades
[de Dios.

Y así cada muerte después de una muerte
era como un ala después de otra ala.

Oh, amada!
Sobre ejes de luz está asentado mi corazón,
y sus ruedas, ruedas de fuego!
Oh, amada!

Mi marcha es la marcha de la estrella y del
[relámpago.

Como el rayo adentro de la nube,
así mi corazón en el pecho.
Sobre caminos de grandeza, sobre puentes de fiebre,
ahí me encontrarás, levantando destinos más

[trágicos,
ahí me encontrarás, loco de ser yo mismo como soy,
con esta cosa incontenible que me va matando,
mientras hundo la sed horrible en las fuentes de
[Dios.

Las ruedas de mi corazón queman las selvas de la
[Tierra
y aniquilan las entrañas candentes de los astros.

El delirio de mi fuego crea una llama
que hace frío a su contacto el incendio de los soles.
Mi fuego es sobrefuego, mi luz es sobreluz, mi amor
[es sobreamor.

Yo soy aquél que incendió fuego nuevo sobre los
[viejos fuegos;
el que tomó a su propia vida por espada;
el que saltó de la Tierra y tendió su marcha en

[todo el Universo;
el que avanza solo, creador de una angustia y de
[una sed más grandes;

el que ha gritado en medio de las cosas:
—Mi ser es ya más que el Universo;
yo veo los mundos como flores del sueño en las
[orillas de la nada,

yo he pasado al otro lado en una nave de la música
[sin sombra,
donde tú, amada, eras el sentido de la ruta!
Porque, cómo el hombre traspasaría las orillas de
[la creación

tú sabes que hoy es un día en que el nudo del
[corazón

corazón

Palma,

[de la Tierra,

[sobre delirio!

[celeste inocencia

[Tierra.

[de las tinieblas,

[prueba como hombre,

[propios sueños,

[**tiniebas**

melancolía sin límites.

ya no quiero decirte más que mis sueños y mis éxtasis!

Perdóname estas caídas en que rompería mi cabeza
[contra la roca.

[contra la roca.

[172]

[miedos de héroe.

[cuando sufro;

y saldría como loco a los caminos del mundo
para desafiar al universo entero

en un arrebato de desesperación y de locura;
aquí, donde los delirios y los vértigos del más allá

tuercen todos los sueños y me siento caer
como un enorme Satán, como un maldito desterrado
[de la luz.

[de la luz.

No me da miedo blasfemar entonces,
y levanto por adentro de mi pecho

una espantosa música negra y helada,
que si fuera más grande ahogaría todas las fuerzas
[de la creación.

[de la creación.

Tú no sabes, amada,

tú no puedes saber estas cosas enormes y feroces; y si hoy las grito junto a ti, es porque no puede mas, es porque me asusté de mis repetidas soledades, y no tuve a nadie que me oyese.

Era demasiado hermoso aquel viaje de música,
aquel volar en las alas de los éxtasis,
aquel amor divino a donde me llevaban las horas
[puras.

[puras.

No pude más!

Sufrió de golpe una caída horrible.

Me encogí de miedo y de coraje.

Me sentí expulsado de las ideas celestes.

La sed más absoluta me llevó al delirio y la locura.

Me sentí rodar por una soledad de tan adentro mío
que grité mi antiguo dolor de hombre.

Giré en un vacío fantástico y corrí por una nada
[trágica.

Yo no sé que fuerzas negras me robaron la luz y los
[sueños.

¡Cómo no gritar la espantosa disolución,
el feroz aniquilamiento, la borrachera de las
[sombras?

Necesité horadar el Universo con un grito blasfemo,
despertar al monstruoso Satán que yace dormido
en los recodos de la carne,

y que también espera su hora, allá lejos, en la
[materia, agazapado,

turbio,
y que también espera su hora y su desquite,
y pone en hileras inacabables, las sombras, las
[dudas, los hastíos...

Y él acudió,
él dio un salto mágico adentro de mí y adentro de la
[estrella,

y me llenó la boca de barro,
y me mordió cínicamente la rosa de los sueños.

Todo ha pasado, amada!
Estoy de nuevo en la proa de los éxtasis!
Adentro de mí las sombras duermen.

Millones de arcángeles
como estrellas de un cielo espiritual, esencial,
[musical,

me llaman y me levantan de mis propias ruinas.
¡Dame tu mano celeste, amada!

Ah, corazón inagotable, sed de la luz y del amor,
[hambre del más allá!

Mira, amada!

estamos otra vez en un espacio de nuestro ser
donde la música hace un hueco de todo el Universo,
y va llenando la oquedad de la noche
con las armonías inefables que sobrepasan la tangida
[creación.

¡El hombre es un Dios que se realiza soñando!

1928-1930.

LÍRIDA
(1933)

LÍRIDA

Amo volver al lago de verdes cabelleras,
solitario de luna y lirios, con la brisa
de la nocturna, lírica, luz sutil, que se irisa
de un tornasol de platas fugado de quimeras.

Amo el aroma místico de un ciprés de plegaria
que se exhala en las melodías deliciosas,
clamando con su anhelo por las lívidas diosas
en el templo que incienso la noche silenciaria.

Amo el palor lunático del temblado reflejo,
la castidad de sueño de los seres hundidos
en las ternuras vírgenes de los lagos vertidos
en un silencio mágico, celestial y perplejo.

La realidad se encanta de irrealidades puras
en el adentro lúcido de un agua que suspira,
y sueña un mundo intacto donde el ensueño mira
sollozar, desde el ansia, indecibles dulzuras.

Primavera de imágenes debajo de cristales,
sin purpúreos deseos y en un agua de seda,
qué mentidos jardines dulcemente remeda
tierno, el sensible anhelo de los cielos ireales.

Es bello, y tristemente bello como el desmayo,
no vivir en el aire de cantos y de aromas,
descender en un vuelo celeste de palomas
plancando en el ensueño de un lunático rayo...

Oh, trasmundo lunado de delicia sin ansia,
allá por los países del reflejo indeciso...
gozar la melodía leve del paraíso,
y un renacer de arcángeles casto como la infancia.

Yo te recuerdo, Lirida, cuando extática y pura,
entre lirios etéreos y entre violetas tiernas,
gemías en la orilla las nostalgias eternas
en una sobrelírica devoción de dulzura.

Y mejor te recuerdo en la interna esmeralda,
en el color de música donde la estrella mira
el cristal balanceado de luna, que suspira
tan deliciosamente por besar tu guirnalda.

Irreal hasta los sueños angélicos, tu frente,
en columpios de luna bajo el lago indecible,
era la rosa virgen sin deseo posible,
la imbesada impalpable, la incorpórea silente.

Inmóvil y temblando, ni la luna ambrosiana,
dulce al lago celeste, en la nave de acordes,
pálida entre las nubes que rozaban sus bordes,
era tan melancólica como tu frente arcana.

Ni la ebria estrella abierta de músicas gemidas
que se vierte en un llanto lívido de ternura
y sollozo en la noche una inmortal dulzura,
era como los éxtasis de tus ansias perdidas.

¡Edénicos jardines, ya sin jardines reales!...
¡Sobre el sueño del mundo el sueño del reflejo!...
Tú eras la femenina esencia, en el espejo
de un lago de fantasmas y de cielos ideales.

Eras, en las imágenes de los sueños visibles,
la jamás descifrada deidad, que sólo existe
en las contemplaciones de una mirada triste,
errante por los líricos mundos suprasensibles.

Con amores que fueran ecos de otros amores
en astros intangibles, vagos y fantasmales,
te amaba trasmutándome los éxtasis finales
en un encantamiento de angélicos candores.

Cuando las flotas de astros anclan en los abismos
y quedan detenidas en su música de oro,
y responde, de adentro de las aguas, un coro
fantástico de estrellas, que son los astros mismos

en erráticos juegos bajo tembladas ondas,
mas ya solo ilusorias imágenes del fuego,
yo era el lírico amante del infinito ruego
que moría de hundirme en músicas tan hondas.

Bebía tu reflejo de lirio y de jacinto,
las flores de silencio de tu pecho inasible,
loco de no alcanzarte, dichoso de imposible,
en el más ultrasueño del interior recinto.

Yo no te amaba en formas de la vida, te amaba
en aquellas irreales, musicales visiones,
en un color de acordes tiernos, y en unos sonos
suaves hasta el matiz donde la luz acaba.

Cuando el silencio, en éxtasis fugado a la poesía,
sobreastral, en ideales acordes intangidos,
música, sin la música que roza los oídos,
se hace la esencia última, la inmortal armonía,

tu fulgor, sin colores del astro, traspasado
de purezas azules, del cerúleo del fondo
de los ángeles, místico, se irradiaba tan hondo
de tu luz, que el abismo se abría alucinado!

¡Vertiente de los sueños, mágico arrobamiento,
beatitud inefable que arrodilla los cantos,
teofanía celeste que hace temblar los llantos,
elevación angélica, divino anegamiento!

Un violeta de sueños y un azul de suspiros,
deseosos de envolverte la forma en los cristales
del agua, en ondas de alma tangían tus ideales
auras, de irreales perlas, de impalpables zafiros.

Flautas maravilladas, violines inauditos,
arpas de agua labradas de un reflejo de flores,
órganos invisibles de invisibles temblores,
sin sonido, exhalaban los cantos infinitos.

Te vi cual medialuna frente a la medialuna,
cuando ya el astro pierde su mitad en el cielo,
y la busca, lunando el tembloroso anhelo
del agua, en tu alto lirio, bajo la noche bruma.

¡Círio de lirio y nardo en la bóveda eterna,
astro de las virtudes de luz y melodía,
columna de la llama, rosa de geometría,
y en mi desierto rojo, la celeste cisterna!

¡Eras sólo la imagen! ¡En el aire no estabas!
Para mis ojos mágicos, para mi sed de engaño,
surgías a mis cantos de un universo extraño,
y mi sueño era el mismo sueño que tú soñabas.

¡Tal vez todo es espectro, y tal vez nada existe!...
Tu reflejo en el lago, extático de amarte,
era el irreal fantasma recóndito del arte,
la divina mentira que bebe el alma triste.

Tú extendías azules que ni lo son del cielo,
tú exhalabas la música de ultramúsica pura,
tú te transfigurabas como en una escultura
tan irreal e impalpable como mi propio anhelo.

Tú como en planos de alma, lírica hasta la muerte,
trasmatabas los diáfanos orbes hasta la esencia,
me exhalabas el alma diáfana, hasta la ciencia
de las magias supremas que la locura vierte...

...Sobre un gemir de cisnes un morir de violines
en la desilusión inmensa de los sueños...
es en la fuga de alas leves de los ensueños...
y al sollozar de oboes grises en los confines...

Tú te fuiste, ¿mujer?, sueño del sueño mismo,
a yo no sé que honduras de tus propios reflejos,
en un sueño de un sueño que aún fugaba más lejos
que mi demencia lírica en tu lago de abismo,

donde las ultraimágenes de la ideal poesía,
más herméticas, logran cielos ya ni soñados,
en los arrobamientos mágicos, imantados
de un más allá sin sueños, sin luz, sin melodía!

Vi tu indecible imagen desvanecerse suave,
tú que ni eras terrestre y eras la esencia pura!...
¡No estar en la poesía, no estar en la escultura,
sobrefluir más honda que la música grave!

Límites sobre límites, escalas sobre escalas,
fugas de creaciones cada vez más ideales,
te seguí hasta perderte en ultraespirituales
sobreesencias angélicas, y hasta cansar mis alas.

Ya no imagino un llanto que exhale mi amargura
en este anegamiento puro de soledades,
caído en la agonía de mis fatalidades,
melancólica desolación de mi ternura!

Yo que abismé los sueños deseoso de encontrarte,
que dí al color tu música y al canto tu aura etérea,
y al anhelo de amor tu gran ala sidérea,
y tu tránsito místico al corazón del arte...

Yo que del tacto de alma de tu mundo reflejo
arranqué los fantasmas de irreales creaciones,
que imaginé celestes, blancas adoraciones,
con qué voz, con qué llanto desolado me quejo!...

Y allá en el gran silencio, en la mudez nocturna,
cuando los yertos sueños de tan tristes no lloran,
cuando las agonías de las ansias devoran
hasta las flores negras del alma taciturna,

yo te invoco en un largo suspiro de jardines,
te llamo en el espectro de la blanca elegía,
lanzo a tu busca el sueño de la melancolía
en un vuelo de arpas azules y violines.

Ebrias alondras de alma en inmortales vuelos,
por jardines agónicos de un reflejo intangible,
bajo el íntimo estanque, en el lago sensible
del interior más diáfano, lloraban mis anhelos.

Enigma, y maravilla, y espectro, cuántas cosas
del torrente inmortal de azul indescifrable,
del desdoblado mundo, del trasmundo impalpable,
lírico, ya me hurtaban sus ondas deliciosas.

Sólo viví el horror de agonía y vacío,
la fuerza dura, el color triste, la negra yedra,
la realidad impura del agua y de la piedra,
la montaña sin sueños y el verdadero río...

...Lírida, cuando huyeron tus reflejos irreales,
cuando el matiz del sueño, cuando la luz fantasma,
cuando la estatua espectro que la música plasma,
no temblaron de enigma los abismos ideales,

de adentro de aquel lago que era el alma del sueño,
yo me sentí arrancado de la esencia del arte,
mutilado del vuelo lírico de adorarte
en una luz sin tacto, y mía, y del ensueño.

Lago de una amatista de música y de goce
bajo una luna de ángeles en los más tiernos rayos,
ya no tengo otra vida que estos suaves desmayos
y la entrega indolente a tu divino roce.

Soy el que llora el reino perdido en tus espejos,
llevo un dolor sin nombre que mata de belleza,
se enloquece en tu orilla sin sueños mi tristeza
y naufraga en la desilusión de tus reflejos...

¡Vuélveme a los trasmundos o los haré yo mismo,
locuras fantasmales, orbe suprasensible,
lago de la poesía del ideal indecible...
estoy ya casi muerto de realidad y abismo!

Si tu deidad no viene temblando en los violines,
si el color de la música su estatua irreal no crea,
si no se irradia lírica su deliciosa idea,
yo cantaré tan triste que otra vez la imagines!

Te verteré una música de velada sordina.
un gran temblor de estrellas en un gemir de pianos,
un éxtasis de arcángeles, una esencia de arcanos,
un aura de la luna que hasta el horror fascina...

Destilaré el efluvio mágico de las rosas,
los sidéreos azules de los suaves zafiros,
un desmayo celeste de llantos y suspiros,
un vuelo entre las arpas de las noches gloriosas.

Fluiré las beatitudes y las adoraciones
como si resbalasen musicales y leves,
en un temblar de estrellas y un descender de nieves,
hasta arrancarme un éxtasis de blancas devociones.

¡Lírída, y tú serás toda de mí emanada,
musicalmente, toda, yo volveré a crearte,
y en tus mundos irreales he de vivir el arte,
todo de magia y sueño sobre la inmensa nada!

Montevideo, 1933

POEMAS DEL HOMBRE:
SINFONÍA DEL RÍO URUGUAY.
(1937)

EN LA NAVE

¡Una alegría!
Una voluntad lanzada hacia afuera,
y una voluntad lanzada hacia adentro.
¡Imaginadlas hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una intensidad que rompe las preguntas,
una intensidad que despedaza las respuestas.
¡Imaginadlas hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una luz jubilosa, rayo entre las sombras,
una llama que incendia hasta los mismos incendios.
Un fuego que auyenta a las estrellas.
Un pecho que calcina las angustias y los desastres.
Una trágica antorcha que fulmina los abismos.
¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

EN LA NAVE

¡Una alegría!
Una voluntad lanzada hacia afuera,
y una voluntad lanzada hacia adentro.
¡Imaginadlas hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una intensidad que rompe las preguntas,
una intensidad que despedaza las respuestas.
¡Imaginadlas hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una luz jubilosa, rayo entre las sombras,
una llama que incendia hasta los mismos incendios.
Un fuego que auyenta a las estrellas.
Un pecho que calcina las angustias y los desastres.
Una trágica antorcha que fulmina los abismos.
¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una esperanza que no la resiste el Universo.
 Un anhelo que desprende órbitas y soles.
 Una nebulosa que sueña mundos nunca vistos.
 Un desierto que corre hacia una vida jamás creada.
 Un grito que enmudece el alarido cósmico.
 Un imperio que arrodilla las montañas y los

[océanos.

¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde

[podáis!

¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una confianza que incorpora las cenizas.
 Una seguridad que ríe en la muerte.
 Una afirmación que crece sobre los infinitos.
 Un delirio que espanta a la duda y a la sombra.
 Una locura que aterroriza a la verdad y a las ideas.
 Una boca que devora los misterios y los dolores

[con alegría.

Una insensatez que incendia cantos en los sepulcros.
 Un pavor gozoso que danza con el esqueleto de los

[siglos!

¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde

[podáis!

¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una ironía que destruye los cimientos para excitar
 la potencia.

Un sarcasmo que mata los dioses para crearlos
 [más grandes.

Un satán que hiela las estrellas para quemarlas
 [de nuevo.

Una negación que roe la confianza para subirla
 [en la tragedia.

Una guerra que mata adentro y afuera para negar
 [la muerte,

Una rabia que ruga en el hastío para sondear el
 [goce.

Un desaliento clavado en Dios para destruir la
 [lástima.

Una herida que crece para desafiar el suplicio.
 ¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde

[podáis!

¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

Una destrucción que vierte gérmenes sobre las
 [ruinas.

Una muerte hundida en la resurrección y en la
 [seguridad.

Un presente fulmíneo que incendiará las nuevas
 [eras.

Una sangre divinamente salvaje en la llama de
 [las edades.

Una mano crispada en el hacha y en la desesperación.

Un abrazo a la materia cósmica que sublimará las
 [nuevas razas.

Una ebriedad que perfuma la frente del Sol y las
 [tinieblas del pánico.

Un miedo valeroso, hecho de conciencia y locura,
 [de luz y de licores trágicos.

Una ausencia de rutas, temeraria.

Un desafío a las muertes agazapadas y a los
 [huracanes imprevistos.

Un fin y un principio.
 Oh disolución infinita, oh comienzo infinito!

¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!]
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

¡Y una alegría, y una alegría inmortal,
una alegría inmortal, insensata, barrenando la
[incredulidad con el vértigo,
alzando la zarpa entre los bosques enloquecidos,
puesta contra la corriente sobre las aguas
[inmortales,
barrenando furiosamente las tinieblas de los
[destinos,
en este instante, hombres!, en este instante en que
[un mundo se derrumba,
barrenando las cenizas con el ansia de las
[resurrecciones...

Ah, una alegría,
un deseo de partir, de poner la proa divinamente
[luminosa
en una ruta sublime a fuerza de esperanzas y
[peligros!
¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde
[podáis!

¡Una alegría!...
¡Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave!

LA MAÑANA

A ti te canto ahora en la rubia mañana,
alta y profunda proa de la nave Ariel!
Alta y profunda proa, de hierro y de madera,
oh proa semejante a la frente del hombre,
frontal luminoso de la nave, hija de la voluntad
[y de la alegría.

A ti te canto, óyeme,
mientras hiendes en un tajo de hirvientes espumas
[el Río de los Pájaros,
mientras cubres con tu música divina
la enérgica herida caliente que abres tú misma en
[las aguas radiantes!

Oh proa de la nave, proa de la mañana,
mientras tú avanzas abro con el pecho los océanos
[del canto infinito,
y robo a sus aguas de fuego
un himno semejante al ímpetu del río,
un himno de ardor y de fiebre, de júbilo y
[violencia,
que incendiará de música y locura las grandes
[islas del ensueño
entre cuyos contornos sagrados
avanza la nave Ariel semejante al pensamiento de
[los dioses!

Miro a los horizontes más lejanos
y de los arcos ardientes de los ojos
irrupen los dardos de fuego que penetran los
[asombrados destinos.

De pie en la proa,
de pie en la velocidad y en la energía de la proa,
de pie en la frente de la nave radiante,
de pie con las alas del canto levantadas sobre los
[hombros,

contemplo la mañana del Sol y de la Tierra,
y mi pensamiento, proa de la luz,
salta sobre el río hacia las rutas de la audacia y de
[la aventura!

Mi pecho tiembla de pasión y de coraje
como si de él mismo se levantara la marcha de
[los mundos.

¡Señorío supremo del hombre!
¡Imperio celeste de la frente irreprochable!
Grito de las entrañas incendiadas y de las
[arterias purpúreas!

Contemplo la geometría perfecta de la nave,
la extensa recta ideal, las prolongadas curvas
[laterales,
la espiral estremecida que abre la hélice de hierro
[y de alma,
la quilla acostada como una amante sobre el
[pecho del río,
el timón imperial, diáfana jerarquía de la recta y
[de la curva,
mi propia verticalidad en tu fuga luminosa,
oh proa de los vértices de bronce y de diamante!

Yo estoy de pie en la frente del barco
incubando los pensamientos que enarbolan su
[destino.

El motor de hierro y de relámpago
late y estremece las maderas y los metales,
los mástiles y las almas.
Arde por adentro de la nave el fuego de los
[mundos.

Miriádicas estrellas crepitan y danzan en un vuelo
[de oro
entre el incendio vital de las selváticas orillas.
Saltan mujeres blancas y azules, temblorosas y
[finas,
entre la estela hirviente y multiforme.

Se abren de pronto jardines fantásticos en la luz
[irisada y sensible
donde hierven las espumas repentinas.
Todas las formas de la creación irrumpen de la
[voluntad de la proa.
Oh, creación de las infinitas ilusiones, de los
[fantasmas cambiantes,
de los sueños diáfanos que huyen como la
[realidad viviente!

Oh proa, amo tu genio y tus fértiles universos.
A veces construyes pájaros líquidos,
a veces levantas selvas de cristal y de música,
a veces imaginas noches de nunca soñadas
[constelaciones,
y a veces tus formas sobrepasan mis propios
[recuerdos de la forma.
Trabajas, y desprendes los fantasmas de la belleza.
Rompes el agua y generas tus mundos radiantes.

Tomas el líquido diáfano y lo subes hirviendo en
 [los colores de la alegría.
 Deseo para mi alma ese brío de fuego y de martirio,
 [de creación y de luz.
 entre las aguas multánimes del universo!

¡Estoy de pie en la proa de la nave!
 Tiemblo como un fuego que penetra en el huracán
 [y en la sombra.
 Enfilo los sueños del hombre por todas las rutas
 [de la creación.
 De la proa de hierro y de madera saltan a mi
 [pecho
 mil proas fantasmas que incrustan su vertical de
 [bronce en mis deseos.

Recorro a la vez, partido en millones de imágenes,
 todas las rutas celestes y terrestres
 por donde mi ser se ha desgarrado en viajes y en
 [vuelos.

El Sol me embriaga con el vino de la fuerza.
 El cráneo resplandece como un vasto diamante
 levantado sobre el torrente de zafiros.
 Es el astro hombre sobre el río de la luz,
 guiando a la nave hacia las rutas inmortales
 entre el canto del corazón y los cantos del Universo.

El verbo cósmico parece levantarse de los labios
 [hirvientes de la estela.

Oh proa de las revelaciones y de las profecías,
 recojo en mi pecho el aliento de música
 y lo vierto en mis palabras para que el sueño de
 [tu energía y de tu fiebre
 germine en la raza de América las sacras normas
 [de las eras futuras.

¡Crear, oh proa!
 Porque tú eres una creación divina en las
 [profundas distancias
 de los ríos y de los mares.
 Porque abres en los espacios líquidos los caminos
 [enérgicos
 quemando las aguas con el fuego de tu voluntad.
 Porque despedazas el pecho de las olas con el
 [hacha de tu alegría.
 Porque penetras en las selvas tumultuosas del
 [huracán,
 mitad en el agua, mitad en el viento,
 aguda en tu simple geometría, alta en tu cuerpo
 [y en tu deseo,
 hirviendo estrellas y diamantes en la marcha
 [enloquecida,
 Porque tu idea es fuerte y flexible, ancha y
 [penetrante,
 y resplandece en la divina llama de una voluntad
 [de incendic.
 Porque tu alma piensa y arde en el pecho de las
 [naves humanas
 y tiene del héroe las fatalidades temerarias y la
 [espada hecha de sol
 y de delirio.
 Porque viéndote en el extremo de la velocidad,
 en las puntas de hierro y de diamante engarzadas
 [a tu filo,
 mis ojos contemplan las divinas proas de las
 [estrellas
 abriendo en las distancias de música las órbitas
 [resplandecientes,

las proas de los días subiendo la rueda de la luz
 [sobre los horizontes,
 las proas de la noche con la nave cósmica de los
 [astros estremecidos,
 las proas de las savia irguiendo los mástiles de
 [las selvas,
 las proas de la sangre levantando el cuerpo de los
 leones y las águilas,
 las proas del trigo ascendiendo el oro mágico de
 [la vida
 desde las tinieblas vitales de la tierra,
 las proas de los himnos y de las sinfonías lanzando
 [el destino de los hombres
 a los supremos éxtasis de los sueños y de la belleza,
 las proas ideales del hombre porfiando rutas
 [ardientes en el misterio.
 y la proa de Dios creando en sí misma el vuelo de
 [los universos!

Tú fuiste, oh Aurora de embriaguez y de púrpura,
 tú fuiste quien arrojó sobre el Río de los Pájaros
 esta nave que sostiene nuestra esperanza y nuestra
 [locura.

¡Ah, es en la mañana de voluntad y de heroísmo!
 El metal de la luz nos ha vestido con túnicas de
 [fuego!

Somos cuarenta y cinco jóvenes y cuarenta y cinco
 [embriagueces!

No hay más años en nuestras almas que los años de
 [la juventud!

En este instante un viento ardiente hace danzar
 [la nave,

¡Oh alegría salvaje del corazón y de la proa!

La nave se ha enrojecido y chisporrotea como el
 [nacimiento de un astro.

El agua azul golpea los flancos de púrpura
 y las frentes enamoradas del peligro.

En el silencio de los pechos estalla el grito del
 [desafío.

Oh Proa!

Hija de la voluntad y de la alegría,
 hermana vertical del hombre,
 ya no eres de madera, ya no eres de hierro.

No!, te contemplo como a un héroe vivo y
 [resplandeciente!

Te crecen los deseos y las fuerzas,
 la salvaje alegría, la locura guerrera, el frenesí
 [titánico.

El pensamiento de tu marcha desafía a los
 [huracanes.

Tu alma y tu sangre están incendiados en el
 [incendio del agua.

Ah, veo tu hacha, soy tu propia hacha, esgrimes
 [mi deseo,

tu fuerza y mi alegría despedazan las selvas del
 [oleaje,

y avanzamos, oh proa, con un doble canto en el
 [tumulto del río,

el canto de tu velocidad y tu delirio,
 y mi propio canto, mi canto de hombre, mi canto
 [infinito!

¡Oh proa!

¡Ningún destino más bello que mantener la ruta
 [de los grandes sueños

mientras el huracán y la muerte arañan los
 [costados de la nave!

ODA A RUBÉN DARÍO (1938)

¡Oh tú de la siringa de Pan y de la flauta,
tú, de los mares líricos el melodioso nauta
y de las sacras músicas la cifra de su pauta!

Sañaste claras Grecias y suntuosos Orientes,
las profundas Germanias, las Españas ardientes,
las sensuales Italías, las Francias decadentes.

Himnos de tus Américas los creaste en tu llama,
hurtaste al Momotombo el incendio que brama,
y desde tus cenizas tu canto de indio clama.

Fresca linfa bebiste en los paganos mitos,
oficiaste en Eleusis los trascendentes ritos,
y en la noche leías los astros infinitos.

Padeciste pasiones que calcinan los huesos,
áureos vinos sorbiste en pánicos excesos,
y crepitó en tu boca la hoguera de los besos.

Pusiste en tu navío la razón y el instinto,
ebrio de luz vencías tu propio laberinto,
y a Dionisos y Apolo los labraste en tu plinto.

La paloma y el águila posabas en tus manos,
ruiseñor y serpiente te abrieron sus arcanos,
y en ti lobo y cordero eran hondos hermanos.

El fauno te encendía las violentas arterias.
Te iluminaba el santo las sublimes miserias,
y en Cristo revivizabas las sangrientas lacerias.

¡Oh musical crisólogo del verso alejandrino!
La selva te dio el trueno y el ruiñeñor el trino.
La noche pitagórica te hizo casi divino.

Reminiscente alado de la ideal armonía,
de los orbes platónicos manó tu melodía,
y el diáfano arquetipo de tu frente subía.

Incorporaste sátiros, centauros, egipanes,
entre mirtos y hiedras, laureles y arrayanes
cuando en tu pecho ardían los purpúreos volcanes.

Como se enlaza el hierro a la piedra heraclea,
así uniste tu espíritu a la celeste idea,
y hubo en tu inspiración el néctar de la Dea.

Si hubiste, nefelíбата, las alturas videntes,
en las gargantas ásperas de las cumbres potentes
escuchaste el rugido de las fuerzas ardientes.

Las Afroditas de oro, las níveas Artemisas,
las náyades plateadas bajo las suaves brisas
iban en tus sueños con sus glaucas sonrisas.

Las arcaicas cenizas las animaste en frisos
de vitales euforias, como cuando Dionisos
coloreaba las rosas, las viñas, los narcisos.

Con tu voz llegó Pan a la América vasta,
el pecho del gran Todo donde ruge, entusiasta,
de las progenies líricas la estremecida casta.

Como a Orfeo siguiendo los pumas y jaguares,
incendiabas las verdes selvas caniculares,
sujetabas las bestias con ocultos collares.

Ibas, la lira al pecho y la flauta en la boca,
encantando a las aves con tu música loca,
a la hora en que el ensueño un dulce amor evoca.

Santificaste el Verbo en alto sacrificio,
tentabas los peligros, cantabas el suplicio,
y estrellas dolorosas trenzaron tu cilicio.

Ciego de los ensueños, loco de la armonía,
tu nocturnal oído los abismos oía,
y aguda de misterio, tu sangre se moría.

Licor de los delirios quemaba tus entrañas,
en tus nervios hirvieron angustiosas hazañas,
y todo por las músicas misteriosas y extrañas.

Taumaturgo, fingiste selvas, ríos y naves,
truenos de los oleajes y trinos de las aves,
timbal de luz, y sombra de los órganos graves.

Levantaste alaridos de un bosque imaginado,
moviste el huracán en un mar fantaseado,
y ardías cabelleras de un oro ilusionado.

Espectral, prodigioso, trasmutabas el verso,
irradiabas un mundo fantasmal y diverso,
y otro universo alzaste sobre el real universo.

Prometiste otra vez la Tierra Prometida,
el virgen paraíso para una virgen vida,
más, que la de Platón, una Atlántida ungida.

¡Oh fluctuante, sensible, indefinible, ondeante,
el oído en acecho, el ojo vigilante,
un millón de tentáculos para la vida errante!

Cómo, cómo tomaste el flujo de las cosas,
oh red de las imágenes, oh manos primorosas
que iban como saltando de luz sobre las rosas.

Mago de cisne y lago, brujo de los jardines,
cazador de palomas, gacelas y delfines,
místico sacerdote de arcanos serafines.

Preludiabas adagios, orabas letanías,
endiosabas andantes, gemías melodías,
inquietabas esquizos, brumabas elegías.

La sinfónica noche se gemaba en tu testa,
la mañana de pájaros era tu propia fiesta
y el universo vivo fluía de tu orquesta.

Imposible apresarte en tu múltiple gama,
imposible escribirte en ningún pentagrama.
Eras toda la música en una misma llama.

Y eras mil armonías en la armonía sola,
eras todo el idioma en una misma ola.
¡Regalaste de nervios la palabra española!

¡Oh frutal, oh floreal! ¡Oh jazmines, oh fresas!
Jamás hubo princesas de amor, cual tus princesas...
¡Cómo entre tus laureles iban las sátiras!

Y fauno entre los faunos, y santo entre los santos,
bebías los falernos, y orabas con los llantos,
y coronado de uvas quemabas los espantos.

Eras Castilla en Francia y eras Francia en Castilla,
cual un Cirano joven de luna y maravilla
que hubiese de Berceo la conmoción sencilla.

La Italia de Cellini, del Giotto, de Leonardo,
el Oriente del loto de luz y del leopardo,
Judá, de salmos místicos y del diáfano nardo;

la shespireana Albión, la Germania goetheana,
todo el Mediterráneo de la gracia pagana,
y la Roma imperial y la Roma cristiana;

y Castilla, la enhiesta en orgullos y honores,
tierna de Garcilasos, gongórica de flores,
y en Quevedo y Cervantes, de risas y dolores;

y esta América nuestra, española y latina,
desde el crispado México a la Pampa argentina...
todo tú lo viviste en tu lira divina.

Y tú, el mestizo lírico, brote de Nicaragua,
fuiste así universal en la tierra y el agua,
y uniste las estirpes en vulcánica fragua.

Con corazón abierto, como entonces no había,
sólo, sólo en amor, en arte, en armonía...
¡Y cómo hubiste a veces el treno y la elegía!

Abarcabas el mundo en su potencia esférica,
fuiste tierra y océano en tu visión feérica,
y te dolía el alma por la herida de América.

Caballero del tiempo, vivo en los reinos todos.
Besaste las cenizas, los tanáticos lodos,
y volviste a la selva innúmero de modos.

Estilo en mil estilos, manera en mil maneras,
versátil o abismado de otoño o primaveras
entre niveos abetos crecían tus palmeras.

¿Quién cual tu San Francisco con el lobo implable?
¿Quién con igual milagro con otros lobos hable?
¿Dónde una santidad de amor más inefable?

¿Y quién cual tu marino en tropicales siestas,
o como Eulalia, dúctil en cortesanas fiestas?
¡Y en contraste el volcán de empurpuradas crestas!

¡Orfeco melodioso! ¡Oh magias de tu orfismo!
Sobre el negro espesor levantar tu idealismo
de modo que aún se pueda soportar el abismo!

Trasmutar el dolor en olas musicales,
erigir de la angustia rosales y trigales,
beber, aún en la muerte, los sueños inmortales...

Sorber aquellas gotas de la melancolía
como quien bebe lágrimas de amor y de poesía,
y del herido pecho fluír la melodía...

Subsistir en la alquimia del verbo y del delirio,
emanar de la flauta de Pan racimo y lirio,
llover rosas celestes sobre el fatal martirio...

Quisiste no sentir, como la piedra dura,
como el árbol sin nervios, como la gleba oscura...
ah, no sentir la pena ni la humana locura!

Porque en todo camino del trillón de caminos
vamos pisando huesos y truncados destinos,
y hay en cada minuto mil rayos asesinos.

¡Es el polvo y el polvo! ¡Es la muerte y la muerte!
Rige en azares gélidos las sangres y la suerte,
y derrama el silencio sobre la carne inerte.

Y aún está el no saber, después, a dónde vamos,
quien trajo estas lacerias, esta arcilla que amamos.
¡Ay, los racimos cínicos, ay, los míseros ramos!

Mas soñaste un otoño de pánicas venganzas,
la volupta del vino que se quema en las danzas,
y el beso de lujuria cuando ni hay esperanzas.

Y te quedó el Orfeo, el arte azul, las piras
de Dios sobre el sarcasmo de las letales iras,
las sueltas cabelleras donde tal vez suspiras.

Y vibraste en agónico, y en vivo balanceo,
María de los éxtasis, Venus del himeneo,
llaga del desencanto, y rosa del deseo.

¡Oh, sufriste Darío! Hay un fondo maldito
en tu azar sigiloso. Un mutilado grito
de horror. Una agonía ante el hosco infinito.

El cuervo te dio el ala de su carbón protervo,
y el cisne, la blancura que hace temblar al cuervo.
Cisne y cuervo volaron de tu mágico verbo.

Eolo de los vientos de la música loca,
brisa que se desmaya en la marina roca,
huracanes y céfiros cantaron en tu boca.

Encantaste princesas, ceñiste cortesanas,
besaste trenzas rubias y pupilas arcanas,
y aun bebiste el amor bajo las tristes canas.

Odiseo fantástico de las navegaciones,
argonauta perdido tras los áureos vellones,
timonel melancólico de todos los Colones.

Loco de la armonía y loco de la aurora,
curvaba el huracán tu deífica prora.
¡El infinito océano te suspira y te llora!

Tuviste de Khayyám, te embriagó Anacreonte,
Hugo te dio sus verbos y su inmenso horizonte,
Verlaine fue tu penumbra y Píndaro tu monte.

A veces, por la sombra cruzabas, taciturno,
en la mano la crátera siniestra de Saturno,
bebiendo el licor trágico y llorando el "Nocturno".

¡Cómo dijiste el canto que emponzoña la entraña,
la noche del delirio y la sorpresa extraña,
la inmortal ironía que a la tumba acompaña!

Mas luego, en la mañana rubia de la alegría,
en el ánfora heliana tu sed de luz bebía
y un canto de triunfo de tu pecho crecía.

Ven, que aún es tu hora, ven hasta Nos, Darío,
el hombre es hierro y número, hasta el fuego está
[frío.

Tiende todos tus nervios sobre el fangoso río.

Abre, inmensos, los brazos, como una cruz humana,
grita el "no matarás" con tu potencia arcana.
Haz la voz de los cielos en tu palabra hispana.

Entra como una estrella en el negro egoísmo,
pon sobre el oro impúdico tu corazón de abismo,
arráncale a los átomos el bestial cataclismo.

Vence el Apocalipsis que fermenta en las frentes.
Que otra vez tu esperanza de luz urja tus fuentes.
Todo es Yago y Tartufo en las negras corrientes.

La paz está en tus cantos de vida y esperanza.
 Pon una red de Dios ante el odio que avanza.
 Danos la voz profética que todo bien alcanza.

Yo recuerdo tus ojos de triste visionario,
 el templo de tu frente ante el vivo incensario,
 y la torre de tu alma con su azul campanario.

¡Sangre la sangre tuya de la gran vid pagana!
 Mas a veces morías de una dicha lejana,
 y en tu frente hizo nido la paloma cristiana!

Y cómo estabas brioso y ebrio de tempestades,
 y cómo estabas hondo y gris de soledades,
 y cómo te abrazabas a tus divinidades!

Y era el dolor que niega y la embriaguez que olvida,
 y la selva espectral y la selva florida,
 y la contradictoria locura de la vida.

Délico en luz de Apolo, ático en luz de Palas,
 Pegaso era tu avión con sus rútilas alas,
 y vives por tus dioses, por la voz que aún exhalas.

No hubo posible muerte para tu interna suerte,
 aún Dionisos te roba del humus de la muerte,
 y en el son de las noches el oído te advierte.

Gobiernas con el ritmo las cavernas del Hades,
 la inmemorial Thanatos te oye en sus soledades,
 y las cenizas lloran de amor por tus piedades.

¡Oh, las piedad del canto, el regalado verso,
 miel para las tinieblas sobre el destino adverso,
 y en el silencio uno, el coloquio diverso.

El pentagrama múltiple, la sílaba divina,
 las letras insondables que el aedo ilumina,
 y el Verbo que en la sombra del misterio camina...

tú lo llevaste, tú!, Rubén!, cuando te fuiste,
 y tú nos lo devuelves, para el alma, tan triste
 si no hubiera esa cosa de Dios que nos trajiste.

Tú, en hermandad poética con los divos poetas,
 tú, sutil hierofante de la virtud secreta,
 tú, en la escala sublime de la incógnita meta.

El arte es infinito. Vence tiempo y olvido.
 Aún la boca del muerto sortilegia el oído
 y hace inmenso de Dios el habernos vivido.

¡Qué anuncios del enigma! ¡Qué insinuación
 [arcana!
 ¡Qué montes de la música recóndita y lejana!
 ¡Y qué árbol de la ciencia! ¡Vuelos de tu mañana!

¡Qué ramajes proféticos de amor, al mediodía!
 ¡Cómo el hondo crepúsculo nos da su melodía!
 ¡Y en la noche raigal, qué azul sabiduría!

¿Cómo, cómo tu verso, muerto tú, se despierta,
 y estremece sus alas sobre tu frente muerta,
 y abre los paraísos por la escondida puerta?

¿Acaso no supiste los partos de ti mismo,
no pariste de estrellas el pavoroso abismo?
¿Y en cada canto virgen no te hiciste a ti mismo?

A veces apareces, fantasmal, a mi lado,
te veo en desnudez, etéreo el cuerpo alado,
y hay como un canto místico y un fervor no
[olvidado,

o se te envuelven hiedras en tu espectral presencia
y ríes rosas castas en mentida inocencia,
y viertes locos vinos en la helada conciencia.

Es que vienes a vernos en nuestra carne triste,
a decir cómo existe lo que aquí nunca viste,
a ungirnos el dolor de aquel dolor que hubiste.

Oh, corazón purpúreo, oh mano dadivosa,
oh llagas de la cruz, oh labios de la rosa,
tembladeral de Psiquis, miel de la mariposa!

De Don Quijote hubiste la sinrazón que avanza,
de Don Quijote hubiste la salvadora lanza,
de Don Quijote hubiste la sublime esperanza.

Y hubiste los molinos rudos y giganteos,
los falsos paladines pisando tus trofeos,
y la melancolía que nubla los deseos.

Y hubiste la tristeza maldita y desolada,
la mano que abandona la más fúlgida espada,
el desencantamiento donde muere la amada...

cuando los mercaderes ríen de la locura,
cuando tu Don Quijote se muere de amargura,
cuando no hay Dulcinea sobre la tierra impura.

¡Oh frutos entre frutos, oh flores entre flores,
luz y laurel de Apolo, neptunianos rumores,
ruiseñor de los sueños, mirto de los amores...

Viñas afrodisíacas, bacantes y silvanos,
coloquiales centauros, faunesas y egipanos,
acantos de los montes, espigas de los llanos...

Esquilianos coreutas, himno ansioso y fluctuoso,
Ilisos bautismal frente al templo armonioso,
hierofantes herméticos del logos prodigioso...

Tritones y nereidas, fébricas pitonisas,
erectos y ebrios sátiros, faunos de rojas risas,
águila de los vientos, abejas de las brisas...

venid... la tarde es triste y desfallece el oro,
se inclinan las panteras y se arrodilla el toro,
árboles, rocas, bestias, lloran el hondo coro.

Y la celeste elipse del vuelo planetario,
y Aldebarán, y el Can, y Orión y Sagitario,
y del nocturno templo el estelar himnario...

y las cósmicas cifras de las constelaciones,
y el sol entrecruzado de halcones y de alciones...
lloran el mismo llanto de nuestros corazones.

Y los santos, las cruces, las claustrales ojivas,
los taciturnos monjes, las santas sensitivas,
los quietos facistoles, las columnas altivas...

El misal entreabierto en el terrible canto,
hoja del Dies Irae y el milenario espanto...
¡Por tu muerte, Rubén, besan plegaria y llanto!

¡Oh, virgilianamente lágrimas de las cosas,
oh de Jorge Manrique las transheridas rosas,
oh del Cristo sangrante las heridas esposas!

Y esto del sentimiento y el sabor delicado...
Y estos hilos de luna en el nervio llagado...
Y las diurnas lágrimas en el jardín helado...

¡Oh, no más, nunca más!... Para Rubén la oda.
Un Olimpo de música al yacente rapsoda.
¡Ya el sol arde en la cítara de la América toda!

Y hoy estás en la gloria ya más que nunca fuerte,
y aún tu espíritu canta desde tu pecho inerte,
y venciste a la gran vencedora: La Muerte!

(Versión reconstruida en 1967)

CÁNTICO
DESDE MI MUERTE
(1940)

I

¿Qué caminos me quedan ahora,
si todos fueron sangrados por mi corazón?
¡Ah, la herida se enloquece más que nunca!

No quisiera manchar dos veces la misma senda,
oh triste vertimiento!,
mas el rayo me traspasa.

El grito de la púrpura quema las ya quemadas
[piedras.

No tengo más patria que el incendio
ni más bandera que las llamas.

Mi destino arde en las selvas.
Fuego y sangre,
el idioma de los estremecidos!

Devuelvo a la cansada estrella
el dolor de las creaciones.

La tierra acabará por odiarme!

II

¿Qué estrella podré contemplar ahora...
con el llanto en los ojos?
Los mundos tiemblan ante mi oscura mirada.
Frente a la noche de Dios,
mi muerta noche.

El pozo del alma tritura la luz.
Las cenizas de adentro se levantan en la visión.

Niebla de la cansada sangre
me sube de la muerte.

El ímpetu del universo rechaza mi horror.
El espejo de Dios se avergüenza de mi agonía.

El cielo acabará por odiarme.

III

Me he secado, árbol de la montaña,
y mi madera prefiere el fuego al lodo.

Mis cenizas derriten la nieve,
y el viento que me arrastra canta enloquecido.

Las arpas del mar deliran,
locura en la selva,
espanto en los montes.

Mi muerte es la lengua de la muerte,
palabra inextinguible.
El esqueleto del astro oyó el rugido de mis huesos.

Un solo muerto es toda la muerte.
La vida entera está arrodillada pidiéndome perdón.
¡Ella, que me trajo!

La vida acabará por odiarme.

IV

¿Qué rosas podría cantar, ay, cantar ahora,
si mi voz no es nada más que el sollozo?

En la vara del sonido se marchitó la azucena,
y el cedro nevado espantó a las alondras.

Sólo la flor de adentro
canta a la flor de afuera.

Ante mi suspiro la rosa suspira,
ella, que sólo existe para ser la rosa!

Pensamiento de Dios, corola de la alegría,
guirnalda de los sueños y de las dulces ansias.
En la primavera, himno del astro.
En el otoño, plegaria de la santidad.

No encuentro más la voz de la ventura,
oh ángel de la rosa en el ala del pétalo.

Oh flor, círculo de la belleza,
corazón de la savia,
premio de Dios en la sonrisa de la inocencia.
Mi mano teme tu tacto,
mi luz ha perdido tu luz.

Quebrada la órbita de mi luna y de mi silencio,
la corola de la perfección no puede ser ceñida.

Sólo la for de adentro
canta a la flor de afuera.

El jardín acabará por odiarme.

V

¿Qué ola querrá cubrir de lirios esta espantosa
[carne?
¿Qué playa celeste resonará junto a mi sombra?

Los labios del mar
son para la alabanza de la creación.

Estoy en el borde de las suaves arenas,
alegres naves cruzan impulsadas por ardientes
[remeros.
Los muertos no caben en la fiesta de la esperanza.

El mástil es el varón,
la vela es la mujer,
la nave es la vida,
el viento es Dios!
Y yo he muerto!

Hondura del agua, entraña de la sal, sabor del
[universo.

Nardos en el collar de la arena,
musgo en el combate del peñasco.
Dios siembra en la sencillez!

El mar acabará por odiarme.

VI

¿Qué monte resistirá mi fatiga en su arrogancia?
Soles y lunas
hacen resplandecer el orgullo de las altas nieves.

Oh pureza, oh elevación, oh jubiloso desafío!

Mi arco está roto,
mis flechas, hundidas en mi propio pecho.

La cima bebe el licor de los astros.
Mi presencia horroriza a las águilas ebrias.

El cazador de la noche
bebe la gloria en la copa de las auroras.

Oh, sacras alturas!
La música de los dioses tiene por lira
la sangre del entusiasmo.
Los himnos celestes corren por las arterias del alma.

¡No puedo más!
Doblo la rodilla,
y lloro por todo lo que no pudo ser.

Los montes acabarán por odiarme.

VII

¿Qué lago, qué luna sobre el lago, qué cisne sobre
[las ondas?...
¿Qué éxtasis en el purísimo silencio me aceptarán
por hermano?

Mis lágrimas impuras no caben en la armonía.
Mi silencio no es de música.

El amor es el cuerpo del agua delicada.
la estrella es el rayo de los raptos,
la luz es la simiente de la diafanidad,
el cielo reflejado es la extática unión,
y todo el lago es la mujer abrazada por el amante
[celeste!]

Muerdo la tierra.
Mi presencia ofende esa infinita dulzura.

Inmolo mi horror,
tajo mi cuello,
mezclo al barro los monstruos de mi sangre.

Cambio la vida por la muerte.
Si no puedo cantar el éxtasis, extíngase la boca.

Los ojos se han dormido en su propia nada.
Cuando no soy la pureza, tampoco puedo verla.

El mismo astro que acaricia las ondas,
despedaza mi angustia.

Dios entrega, y Dios despoja,
mas el hombre crea la medida de las dádivas.

El lago acabará por odiarme.

VIII

Tú ya no me aguardas,
tú, cuya diadema de sueños era la noche sobre la
[noche.

No pude ocultarte el alarido de mis tinieblas.
La ola de los clarines rompió mis mentiras.

Por la grieta del pecho miraste mi corazón,
y te espantó la muerte.

Abriste mi frente,
y mi pensamiento no se pudo esconder.

Cuando tu boca besó mis nervios,
sentiste el sabor de las agonías.

Cuando tus auroras iluminaron mi tienda,
me hallaste refugiado en la nada.

Cuando me reclamaste la alegría,
el diamante estaba hundido en el lodo,
la rosa perfumaba llanto.

Buscaste mi corazón y mi escudo, mi desafío y mi
[pureza,
el corcel de los enloquecidos de amor,
y huí de tus ojos para no manchar tu inocencia.

Tengo la edad de la sombra.
Soy más viejo que el caos.
La eternidad está escrita en mi angustia.
El orgullo me aplastó sobre la miseria.

Todo lo grande se prolonga en lo invisible,
mas yo, en la nada.

¿Por qué me burlé de las imágenes?
¿Por qué reí de las láminas de Dios?

La luz creó el amor en la fiesta del hallazgo.
Oh rostro de la llama,
cabeza del cielo,
cuerpo del incendio sobre los corceles de la aurora!
Tu vida danza sobre la perfección,
altura que ya no ven mis tristes ojos.

El amor acabará por odiarme.

IX

Ahora el telar de los sueños se ha detenido,
y ningún deseo teje nuevos deseos.

Caminé hacia la muerte,
anticipé sus imperios mágicos.

Doblegué los latidos con la persuasión de los
[silencios,
sequé la fuente de la voz,
nevé los ojos,
dormí los colores y corté el sonido.

Lo profundo despertó en lo profundo.
Morir!...

Invisible la nave, inaudible el viento, intangible
[el océano.
¡El amor me mueve adentro de Dios!

X

Ahora la muerte desgarró el tapiz de los astros,
ninguna estrella desenvuelve su música
para el puro vertimiento.

Ahora la montaña está escondida en la montaña,
y la piedra se desprendió del Ser.

Descendí por el silencio,
centuplicué la soledad.

Abrí las puertas de la sombra,
y fui devorado por la luz.

Maté el corazón,
y se llenó del otro tiempo.

Abatí el día,
y levanté la eternidad!

XI

El latido del corazón duerme en su propia nada.
El velo labrado por los sentidos,
es quebró en los ojos.

Mis nervios no me encuentran más dentro de mí.
La muerte me acuesta en la piedra.

Era, y ya no soy,
un vuelo invisible me devuelve a lo invisible.

Sólido yace el tiempo.
La imagen fugó del río.
Lo que se ve, ya no se ve.

¿Los deseos?
Fugas de las águilas por los abismos...
¿Las flechas?
Los puños están desprendidos del corazón...

La vida era la red, mas el cazador era la presa.
Alegría y dolor tejieron la malla del engaño.
La sed y el miedo urdían la trampa de la astucia,
y la paloma de los sueños ya está cazada.

Ah, la muerte es distinta!
El muerto ve, y se desata de la visión.
El muerto oye, y se desenlaza del sonido.
El muerto ama, y se desliga de la recompensa.

XII

Estoy más allá del universo y más allá de mí mismo.
Devuelvo a los hombres la copa de la dulzura.
No puedo beber
lo que ya está en la entraña de mi amor.
Ahora sólo puedo llenar la copa de los desesperados.

Herid con herida de sed el corazón del muerto,
las fuentes divinas no podrán extinguirse.

El amor es crecimiento del amor,
aquéllo único que crece en el vertimiento,
lo que aumenta con la cifra de los despojadores.

Su medida
es burla de todas las medidas.

XIII

He ido a robar a los dioses,
y supe que estaba lleno de ellos mismos.

Fui al más allá por despojar a los arcángeles,
y ya vibraban dentro de mí sus alas y sus cantos.

Todo está lleno de todo,
mas sólo el que muere se adueña de la gran alegría!

XIV

No puedo pedir,
pues todo fue logrado.

No puedo interrogar,
pues yo mismo soy la respuesta.

Me escucho,
y sonrío!

El círculo del ser cierra la creación,
la muerte y la vida caben en el mismo vaso.

Realiza la nada, y serás la totalidad.
Entrégate, date al inmenso despojo,
despójate tú mismo de ti mismo,
y la estrella se acostará en tu pecho.

El ojo no ve el universo si no se ve a sí mismo.
Dios está dentro, en el espejo de las visiones,
y Dios está afuera, en la fiesta de la mirada.
Dios se contempla a sí mismo bajo el hueso de tu
[frente,
y su ola arroja su poder divino al abismo del
[cráneo.

El alma teje y desteje la tela de la divinidad,
he ahí el juego de la vida y de la muerte.

Los ojos visten,
la profundidad desnuda.

Muero, y el infinito bebe la forma.
Regreso de la muerte,
y el engaño teme la garra de los ojos nuevos.
He llegado otra vez a la Tierra,
y el amor atravesó con el cielo
los lirios de la frente.

Tomo la cabeza entre las manos,
y Dios siente a Dios!

XV

El llanto acabó por despojarse del llanto,
y la alegría acabó por despojarse de la alegría.

Me quemé en mi propio enigma,
y ardieron los universos.

¡Una sola palabra!
Calciné todas las palabras y vi la palabra única:
¡Amor!
No hay problemas,
el amor arrodilla los problemas.
No hay signos,
el amor traspasa los signos.
La esfinge es no amar, la verdad es amar.

Uní todas las estrellas en una sola estrella:
el Amor!

No hay separación.
Si amas, todo cabe en tu pecho.
El día y la noche están hechos con la luz de afuera.
Adentro, en el corazón del amante,
auroras nacen de las auroras, luz brota de la luz!

¡Llama inextinguible!

XVI

La muerte me ha dicho:
—Entrega toda tu vida, y no cesarás de nacerala.

La muerte todo lo sabe, vida en el más allá!

Lo absoluto es lo que no acepta condiciones.
Entrégate, me ha dicho la muerte,
sé todo del amor,
el infinito se hará dentro de ti!

Aquél que necesita darse hasta morir en la
[donación,
aquél vive!

No tiembles más.
El miedo es la cadena de los tesoros,
y tu tesoro, es darte!

La vida fue dádiva del Ser.
Cuanto él nos dio, a él le pertenece.

Tú te das,
y es él quien se da por ti.

Ser! Ser! Ser!
El corazón se rompe para derramarse,
las manos en luz entregan los inmensos trigos,
el tiempo no alcanza para soñar la gloria!

XVII

La flor se abre de adentro para afuera,
y la luz se abre de adentro para afuera.
Así el corazón, y así el amor.

Y tú, ante la vertiente.

En lo íntimo está la raíz de la rosa,
y en lo íntimo está el manantial de la llama.
Así el corazón, y así el amor.

Y tú, ante la vertiente!

El amor es el asalto de lo íntimo,
la estrella emanadora!

XVIII

Inabarcable es el universo,
si con el pensamiento anhelas abrazarlo.
Mas la rosa del amor
es el contorno de Dios.

Y tú eres el centro de la rosa!

La ola despedaza el hierro de la nave,
mas la luz del amor la atraviesa.
¡Oh suave imperio!

Con su ala los montes vuelan,
y los astros que rozan su arco
vibran en las arpas de la creación.

Y tú, en la ebriedad del vuelo y de la melodía!

No te fatigues corriendo por las orillas del océano.
Ámalo, y las olas te sostendrán.
Recta es la ruta!

Y tú, el destino que la traza!

Serenos los huracanes,
humillada la tempestad,
si el amor te da la vara del lirio.

Y tú, la flor en el extremo!

XIX

Recuerdo cuando era el hombre antes de la muerte.
 Lazo, la sensación.
 Cadena, el deseo.
 Collar, la angustia.
 Cárcel, el pensamiento.
 Freno, el enigma.

Y tú, nunca lograda!

Recuerdo cuando era el hombre antes de la muerte.
 Timbal de fuego en las entrañas.
 Clarín purpúreo en la sangre.
 Tambor de guerra en el pecho.

Y tú, nunca lograda!

Recuerdo cuando era el hombre antes de la muerte.
 Águilas hambrientas en montes de orgullo.
 Leones hambrientos en arenas encendidas.
 Serpientes locas en incendios de selva.

Y tú, nunca lograda!

XX

No, amada, sábelo,
 no intentes curar las viejas heridas.

Traspasé los bordes de la muerte.
 Sobre el corazón violento, tapiz de lirios.
 El ala de la paloma, nevando la sangre.

Todo lo doy, y todo vuelve a mí.
 Nada quiero, y el universo está en mis manos.

Hiéreme otra vez,
 y los golpes serán jardines.
 Ya no hay más heridas.
 Quedarás inmóvil bajo flores.

Mi vida entera se acuesta sobre el filo de las
 [espadas.

La sangre es canto, y el dolor es éxtasis.
 La mano que me ofende, es besada por la música.

XXI

¿Quién es el que logró tu más alto tesoro?
 ¿Quién engarzó en su música el acorde de tus lirios?
 Tu diamante más puro es del raptor más puro,
 y tu armonía más secreta es del músico más secreto.

Heme en tu destino,
 águila de tu azul,
 ruiseñor de tu profundidad.

La esfinge de tu vida
 sufrió el desgarramiento de mi muerte.

Desde el más allá,
 bebo tu alma en el vaso intangible.

Mas tu alma no es tuya ni es mía,
 es del amor!

Desde el más allá,
te devuelvo la pura transparencia.
Eres mía y no eres mía,
eres del amor!

No podrás arrancar de mis manos
el espíritu de tus manos,
Tus manos no son tuyas,
son del amor!

El perfume emanado de la rosa,
no vuelve más a la rosa.
Así fluyes tú en el amor!

XXII

Estrellas de alma se desprendieron de tus ojos.
Los arqueros de la sed, diéronles caza.
¿Y lo que roba la sed,
lo roba la eternidad?

No, no estás perdida por el amoroso robo.
Dios no despoja.
Une amor con amor.

Mira desde adentro de Dios,
y verás el imperio sin dueño.

Tendrás miedo por el secreto de tu tesoro,
abrirás el pecho para verte en la unidad.

Mil palomas saltarán desde tu corazón,
mil lirios fugarán por tu mirada,
mil rosas se desprenderán de tus manos.

Y cuando busques temerosa tu propio tesoro,
tu riqueza no cabrá en la vida.
Dar nuestro amor,
es conquistar todo el amor!

XXIII

Soy invisible entre las cosas invisibles!...
¡Oh delicada muerte!

Invisible entre las cosas invisibles!...
Sólo por adentro
se sospecha la lejana soledad de la vida.

Invisible entre las cosas invisibles!...
Mi presencia verdadera
no está más ante los ojos.

Invisible entre las cosas invisibles!...
Lo que aun perdura de mi ser,
es lo que la muerte no pudo matar.
¡Su hijo!

Invisible entre las cosas invisibles!...
Inmortal sobre la muerte y en la muerte.
Inmortal sobre el linde de los prodigios.
Inmortal en el latido de Dios.
Idéntico al amor!

Amada,
y tú no estás lejos ni cerca mío.

¡Tú y yo!
No, los números han muerto también.
El amor ha borrado las cifras de la creación.
Todas las formas se separan afuera y se unen
[adentro.

No existen los seres.
Solitarios vuelan los sueños en la creación,
buscándose.
Juego de Dios y del amor!

No existen los seres.
¡Él! ¡Todo es Él!

4 de Noviembre de 1940.

ARTEMISA
(1941)

INVOCATIO

¡Artemisa!

Pálida, nocturna, clara en las sombras, guíes
corceles radiantes, Diosa!

¡Artemisa!

Plateadas olas huelle tu cuerpo suave,
espuma sea tu beso, blanco.

¡Artemisa!

Prodigioso el monte gélido, se estremezca,
al roce del velo tuyo.

¡Artemisa!

Hamadriadas baños, fúlgida, nardos viertas,
los bosques susurren líricos.

¡Artemisa!

Vírgenes dancen plaetadas, azules sueñen,
tu advenimiento encanten.

¡Artemisa!

¡Las savias esteles, tierna! ¡Nieva, Artemis,
al cisne intacto, al lirio!

¡Artemisa!

Aplaca al rojo fauno, sátiros fuga,
serpientes malignas duermas.

¡Artemisa!

Enluna mi sangre fuerte, casta tu mano
impere en el pecho amante.

¡Artemisa!

Alucina mi selva. Tus dardos rasguen mi ansia.
Las panteras ocultas, hiere.

¡Artemisa!

Ávido ansío, belleza serena y casta,
celeste, fría dulzura.

¡Artemisa!

¡Inmola las fieras! ¡Sacrifica leones!
¡Arrodilla incendios pánicos!

TRITAÉLOGOS

— I —

De mármol celeste, de luna, de lirio, perfecta,
límpida y nocturna, lúcida brillas casta.

Arquera nívea, de puras estrellas seguida,
que súbita y ágil los bosques azoras.

Los árboles mágicos, frescos de savia te aguardan,
leves las flores, finas besan tu frente.

Sidéreos ampos y suaves irradas flamínea,
ópalo y plata, diáfana viertes tenues.

Del pecho las llamas divinas levantas, magníficas,
[Diosa,
y suaves amores puros y fríos, creas.

Los ojos vanos siguen, tu cuerpo bebiendo, blanco,
y el alma es la única que alcanza a verte toda.

Misteriosa nieve altiva, de cumbres hermana,
intacta blancura a todo roce esquivas.

Sátiros alejaste flechas disparando veloces,
faunos hirieron fúlgidos, crueles dardos.

Temo prudente, mi pulcro, mi sacro, mi amor ya
[decirte,
que veo en tu mano la saeta helada.

La pena y la angustia con voces el pecho
[quebranten,
prefiero la muerte al negro dolor mudo!

— II —

Oh pálida Luna, glacial, solitaria Artemisa,
mística lumbre melancólica viertas.

Suave la virgen floresta velada de plata, serenes,
la ruda montaña tapices de lirios vagos.

En una brisa frágil ya siento fugar el deseo,
virgineo goce de pudor róseo y tierno!

Dilatas tu venida, y tristes del pecho suspiros,
alas celestes, la noche profunda viajan.

¡Cuán leves ósculos se sueñan tristísimos, Luna,
mientras marchitan tantos anhelos verdes!

Ya fáciles cantos los besos troncados enfloran
triste suspiran ansias en música abiertas.

Lírica sangre, amante brota, doliente pecho.
Firme la diosa, la antigua herida encona.

¡Y ágil, leve, rauda, fuga! Fatal el arco sereno,
seguras flechas imperturbables libra.

Íntimo llanto fluyen grandes desolados sinos,
lágrimas lentas dulces temblores mueven.

Hórridas sombras fantásticas, vastas el bosque
[enmudecen.
Lianas tu paso, impiden cuántas, Diosa!

Flumíneos cristales las flores temblando deslizan,
y gimen dulces tu fuga presta y ágil.

Horizonte huellas leve, y el cielo tinieblas expande.
Tu cabellera el ponto roza vasto.

Náyades, sirenas, delfines, tus ampos platean
[pálidos,
de ondas celestes, suaves los pechos azulas.

Su tálamo el valle, fugada tu frente, asombra mudo,
foscas tinieblas follajes tristes cubren.

Las cosas un llanto de angustia transidas brotan,
divina y casta nostalgia tierna fluyen.

Encanto del fúlgido mármol sidéreo y místico
[añoran,
sollozan pinos, robles potentes suspiran.

Ágiles ríos melódicos nieblas dolientes levantan,
lagos oscuros, tus besos castos sueñan.

Silencie mi pecho, silencio mi boca, mi angustia
[calle
el agrio llanto, lírico el treno amargo.

Íntimos gritos sofoquen, fríos los mudos designios,
terror solitario, gemido selle y pena.

Ya va la esperanza tu angusta deidad aguardando,
rítmica noche retornos ilustres nuncia.

Fúlgida, limpia, renueves, olímpicos, claros
[prestigios,
argénteos corceles, zodiácos huellen áureos.

Roces mi frente anhelante, casta, cerúlea Artemisa,
cuando nocturna, riegue en el cielo tu plata.

¡Potente el destino esquivo al amor te ha obligado,
mas cédeme, Diosa, casto tu sueño y puro!

— III —

Aguardo tu frente divina, tan fúlgida y clara,
y pálido, sueño tu retorno suave.

Triste vago solo ya vuelto al ocaso mudo,
gélida la nube topacios finge leves.

¡Límpidas memorias, qué noches evocan,
[amantes,
oh Luna llorada, diáfana diosa pura!

Lírico y áureo crepúsculo, suelto, tu paso apresura,
las sombras arcanas, ya misteriosas, floten.

Dilúyase el oro, desmaye la púrpura ardiente,
tristísimo ocaso, tu llama amortigua.

Lloro el tiempo solemne, lento el vuelo poderoso.
Ansío más ágil la nave oscura y alta.

Ya Véspero luce su gema de brillo sereno,
las brumas queridas, tan suavemente fluyen.

Arcanas las flotas océanos cósmicos hienden,
estrellas diamantan sus corolas áureas.

Propicia, oh mágica, dulce tu reino divino y vago,
las nieves aéreas, de tu alta mano vuelen.

Celeste Artemisa, me exalta tu casta dulzura leve,
tus lirios intactos amores puros mueven.

La entrega resiste si asomas, de mármol y lirio tu
[pecho.
Los brazos cercena de faunos ebrios, turbios.

Ánima nueva creaste, pura, dulcísima y alta,
y llena, celeste, mi cuerpo redimido.

¡Nix silenciosa, líricas estrellas sorores,
heladme las manos, nevadme pecho y frente!

¡Sangre virgínea, néctar sidéreo, lunadas ansias,
ébano profundo, reposo grave quiero!

Eros destroce el nudo fogoso del alma y la carne,
Urania Afrodita, gélidas brisas vierta.

Númenes, círculos, números, altas esencias
[nocturnas,
diáfanos, serenos, me infundan altas ansias.

Benévola Nix misteriosa, ya plácida seas
 recóndita al pecho, que celeste sueña.

Uránicas músicas giren y fúlgidas cambien
 el Eros terrestre, en puras llamas límpidas.

Tú logres, Artemis, tú logres, victoria celeste,
 tronchando mi sangre. Tu excelsa lumbre beba.

Plateadas antorchas de estrellas nupciales tus manos
 [ostentan,
 diademas de lirios azulan tu alta frente.

Peplo nacarado cubre, místico y delicioso,
 sereno tu cuerpo, tan dulce, frío y albo.

Tal quiero con límpidos, claros, azules ensueños,
 mágico rodearte, del alma sólo ansiada.

Tus raudos corceles nevados cristales, celestes
 [huellan,
 marfiles ondulan, crines de nardo, lirios.

Desmayas nieblas lentas, maravillas almas de astros,
 gemífera viertes tus diademas leves.

Rocío vago, casi sueño, fulges, símil del empíreo
 [néctar,
 bébenlo, temblando, las selvas, prados, montes.

Argénteo carro lúcido, sendas altas nieva suaves,
 los lagos ingenuos, tus ampos rozan castos.

Apasionas árboles, besan rosas tu lumbre fina.
 ¡Férvidos, vibrando, mis ojos mira tristes!

Me sé perdido, gélida Diosa, y olvidado siempre,
 el vértigo sufro que la angustia azora.

¡Inútiles fieles amores que nunca tu gracia
 [conquistán,
 lágrimas ya tantas, sollozos, llantos, ayes!...

Vanos todos, vanos todos siempre... ¡Cuántos
 [supiros, cuántos,
 pálida, nocturna, doliente frente mía!

Inclita Diosa Artemisa, velo tenuísimo, leve,
 fúlgido circunda, virgíneos, pecho y muslo.

Tejidas coronas de estrellas tus sienes orlan,
 suavizan los lirios tus manos, astros puros.

Jamás Afrodita de plenas manzanas purpúreas, y
 [rosas,
 iguala, sutiles, tus nardos, casi sueños.

Ideal soledad adoraste, tan pudorosa,
 y virgen tu cuerpo, refugios fríos busca.

Ya fugas de nuevo, montes y mares traspasas,
 y súbita vuelas y lejana corres.

¡Cuántas noches, tristes noches largas, solo en el
 [bosque lllore,
 lágrimas vertiendo! ¡Sollozos vanos, cuántos!

Mas queden músicas tuyas, altísimos vuelos
[perduren,
diáfanas memorias, serenos, castos lirios.
¡Artemisa! ¡Mármol, plata, nieve! ¡Lirio, azucena,
[sueño!
¡Pálida, tú vuelvas! ¡Mi noche, noche tuya!

17 — Julio — 1940.

ROMANCE DE LA SOLEDAD (1944)

Sol de ascuas por los montes
y tras él la primavera,
y una serrana de fuego
en las nieves de la sierra.
Íbame yo peregrino
al templo de Compostela
sacrificando mi carne
en un suplicio de leguas.
Cruz en la espalda, y la cruz
en la oración de la lengua,
cruz de hierro y cruz de espinas
clavada en la sangre fiera.

Iba librando pecados
y matándome panteras,
y águilas rojas de orgullo
y serpientes de soberbia.
Gotas de hiel y de sangre
sembraba en mi propia huella,
y se llenaban de lirios
los peñascos de la sierra.
Y nardos en los senderos,
y en los prados, azucenas.
Mi sentir era el de Cristo,
mi pensar era de estrellas,
y arcángeles se asomaban
a las nubes para verlas.

—Serrana, aunque estoy salvado,
heme perdido en las sendas
sin saber la que me lleve
al santo de Compostela.

—Si tú me sigues te llevo,
que yo nací en estas tierras.
Yo te daré los caminos
y tú las santas cadenas.
Partamos la cruz, hermano,
que entre dos mejor se lleva.

Y yo dividí la cruz,
y la cruz quedó deshecha.
Pensé con mi pensamiento
y no pensé más estrellas,
sentí con mi sentimiento
y en Cristo mi alma no era.
Me parecieron de llamas
las montañas de la sierra.
La su mano me quemaba
y era mano de azucena,
el su pecho me encendía
y era de lirio y de perla,
los sus ojos me incendiaban
y eran de azul sus hogueras.
Al cruzar por una viña
no sé qué dios era en ella,
no era el dios de los cristianos,
no era el dios de Compostela.

Sentí una llama en los ojos
y no era llama de estrella,
sentí un brazo sobre el hombro
donde la cruz me doliera,
sentí una boca en mi boca
y un vino rojo en la arteria.
Después huyó la serrana
y la perseguí en la senda,
mas vi que torcía un pie
que era de cabra montesa,
y escuché en la viña roja
cuál se reía la tierra!

LXVIII

Un hombre ha de llegar que resplandezca, puro,
Hombre-Dios que arrodille a la esfinge absoluta,
cuyo pecho celeste será la clara gruta
que contenga, hecho luz, nuestro silencio oscuro.

Yo vengo del pasado, yo adivino el futuro,
tengo las claves místicas de la invisible ruta,
ningún pavor me vence, ningún horror me inmuta,
y abro con mi delirio el sobrehumano muro.

Es entonces que veo tus altos resplandores,
fuego multiplicado de mis ebrios amores,
Hombre-Dios que ahora estás en mi esperanza
[ardiente.

Este dolor que sufro tómallo en tu potencia,
y víveme en tu llama y en tu divina ciencia,
pues mi trágico anhelo fue crearte en mi frente!

LXXVII

Me recuerdo en el árbol que fui, en la montaña,
en la hierba, en el ala de la paloma leve,
en la llama del toro y en el nardo de nieve,
en el ojo del buho y en la oscilante caña.

Me recuerdo en el viaje por la insondable entraña,
creciendo de la esencia que las formas promueve,
ya en los largos roquedos, ya en el insecto breve,
ya en la isla que el mar innumerable baña.

Como por el contacto de mis brasas creadoras
siento el impulso eterno, las tenaces auroras,
y me veo a mí mismo desbordar las edades.

Me pliego en mis relieves, leo en mis escrituras,
oigo la sinfonía de mis propias honduras,
y palpo el universo en mis profundidades.

XCIV

¿Soy la gran soledad o soy la enorme entrega?
¿Soy el que está anudado al cuerpo de las cosas,
o todo lo que abrazan mis potencias ansiosas
es el sueño de un sueño que a otro sueño se pliega?

¿Es luz la luz que veo, o la luz nunca llega,
y me veo a mí mismo en sus formas gloriosas?
¿Cruzo por el océano las aguas prodigiosas,
o soy el creador que las cree o las niega?

¿Ésta, la melodía, onda de alma al oído,
es música o fantasma del tierno nervio herido?
¿Dolor de soledades, esfinge delicada!...

Porque el hombre se vierte sin saber si es posible
evadir la ilusión, la Maya indiscernible,
su propio genio incierto entre el Todo y la Nada!

C

Muero por un dolor irreprimible
y vivo por un goce exasperado,
muero por el sondeo apasionado
y vivo por pavor del trance horrible.

Muero por el horror indefinible
que roe la raíz del tiempo ansiado,
vivo por el instante enamorado
que miente la esperanza inextinguible.

Muero por lo que fui, que es ya una muerte,
¡sepulcros de mí mismo en la memoria!,
y vivo por la espera enloquecida,

por las potencias que el deseo vierte
vivas en las cenizas de mi historia,
muerte inmortal que vuelve a ser la vida!

CI

Vino el amor y levantó los vivos,
llegó la muerte y acostó sus muertos,
volvió el amor y renació sus huertos,
tornó la muerte y los hurtó, cautivos.

Amor urgió sus ímpetus altivos
y creció con los muertos, ya despiertos,
y la muerte, otra vez, nevó desiertos,
y sumergió los prados redivivos.

Veo, en tiempos enormes, el oleaje
que alza la vida cósmica y salvaje
en ebriedad de amor apasionada.

¡Formas del Ser, efímeras y ardientes,
olas de los abismos trascendentes,
que van desde la vida hasta la nada!

CXV

Los que vienen a mí, mis sepultados,
los días fuertes y las noches finas,
aves de mis distancias cristalinas
en mis inmensos sueños desolados...

Suben de mis silencios sosegados,
del hastío brumoso de mis ruinas,
de mis muertes humanas y divinas,
de íntimos páramos viajados.

Los que vienen a mí, mis propios mundos,
lo real y lo soñado en mis profundos
interiores remotos y escondidos...,

ciudad no vista nunca, viva y yerta,
amurallada, y sin ninguna puerta,
destinada a morir con mis sentidos!

POEMAS DEL HOMBRE:
LIBRO DE LA ENSOÑACIÓN.

(1947)

IX

Oh, corazón mío,
¿es verdadero el nuevo incendio?
¿Son llamas esas que danzan sobre tus selvas
[heladas?

¿Son alas de fuego
esas que parecen crecer desde tu canto?
¿Son mujeres verdaderas,
esas que recortan en la luz de la luna
sus pechos y sus flancos envueltos en túnicas
[astrales?

¿Y yo, que te llevo adentro mío, oh corazón
[misterioso,
no seré un sueño de mí mismo?

Henchido estoy de locura.
He bebido el vino de los insensatos.
Me veo en la luz de las estrellas,
en la onda de los lagos y los ríos,
en las olas de perfume que se desprenden
de las rosas entreabiertas,
en la cabellera de los pinos
y en el espasmo de las ráfagas que rozan
los jazmines y los nardos.

Sollozo,
rompo el pecho en el gemido inaudito,
beso en silencio el candor de las dulces estatuas.
Estremecido, delicado, suave hasta el desmayo,
me dejo ir por los sueños sin una sola pregunta
que hiera el velo cariñoso de la mentira.

Resucitan los rostros de todas las amantes
 y toman una forma impalpable
 bebiendo la luz de la luna
 y el resplandor de los lagos celestes.
 Nada me detiene.
 Me arrastra y me arrebat
 la embriaguez con que el sueño de mi ser
 crea los sueños del universo.
 ¡Es de noche!
 ¡Es de noche!... ¡De música!... ¡De misterio!
 El aliento de la poesía me enloquece el canto.
 Paseo por jardines solitarios
 y refinadamente tristes.
 ¿Qué filtro mágico,
 qué talismán milagroso,
 qué éter supremo
 producen este deliquio,
 esta última alegría irrefrenable?

X

¿Estoy en las puertas de la muerte?
 ¿Crucé ya la muerte y estoy en las orillas
 de una vida más verdadera?
 ¿Puede ser verdad esta exaltación insensata?
 ¿He vivido tantos años para terminar en este
 [delirio?
 ¿No consigo más salida que el naufragio
 en mi propia locura?
 ¿Quién produjo este hundimiento lírico?
 ¿este anonadamiento en la música?
 ¿este retorno al fantasma?
 ¿esta carrera por los sueños?

Ah, es algo terrible
 la locura de este canto inesperado!
 Entre los grandes pinos amantes,
 plateados y oscuros a la vez
 sube la luna lentamente
 y parece reposar sobre sus copas.
 Ella está en medio de los árboles gigantescos,
 y los envuelve en un manto de nieve y de dulzura
 como si deseara llenarlos de un delicado silencio.
 Nunca el astro cándido me ha parecido más
 [hermoso.

¿Es que veo realmente,
 o es el recuerdo de una antigua noche lo que veo,
 cuando mi corazón enamorado era la fuente de la
 [belleza?

Era la fuente de la belleza! Ay, necesito gemirlo,
 decirlo con el llanto en los ojos
 y el sollozo en los labios.
 Es prodigioso haber sido una vez en la vida
 la fuente de la belleza,
 y haber roto en el pecho los diques de la música,
 y haber hecho estallar hasta el delirio
 la potencia del canto.

XI

Ya no quiero saber más en dónde estoy
 y en dónde no estoy.
 ¿Importa algo estar en la vida o estar en la muerte?
 ¿No estoy escuchando acaso el canto de los sueños?
 ¿No canta el ave maravillosa?

Las viejas ideas de los hombres han caído al abismo
con todos sus viejos dolores.

Ahora yo mismo canto y sueño,
y me embriago, y creo, y sostengo la alegría.

Ahora yo tomo a puñados las palabras
que se ocultaban medrosas en la locura.

Cruzan por mi pecho los alientos primarios.

Habito un mundo soñado
donde aún no se conoce el pensamiento.

Aquí todo es fuerza y mentira,
canto e imagen,
embriaguez y sueño.

Todo lo que percibo es verdadero,
pues aún no nacieron las ideas.

La Tierra está llena de visiones sagradas,
y libres de sospechar los mundos ocultos,
los ojos saben la verdad total.

Nadie pregunta y nadie contesta.

Aún no ha nacido la esfinge.

Los velos del misterio no han sido tejidos
por la desconfianza.

Miramos con tal vitalidad,
que no es posible la meditación.

¿No he abierto de nuevo la puerta que lleva hacia
[la poesía?

Yo os conjuro, hermanos, a que me creáis.

En este momento canta en la espesura del pino
el pájaro de los sueños.

Si no sois capaces de creer en su canto,
ya habéis muerto, sabedlo,
muerto bajo el horror demoníaco de la conciencia.

XII

No,
yo no ofrezco más que sueños en las palabras.
La infinita ilusión es la infinita verdad.

Las estrellas son estrellas,
la luz es luz,

el hombre es hombre.

La belleza existe como una diosa que llena el
[universo.

El amor es lo único que nos hace beber la verdad.
Todos los mundos están suturados de esencias
que nos traen la embriaguez.

No hay razones ni argumentos frente a la vida.
Es necesaria la gran entrega.

La mirada no ve más que los sueños
y los acepta agradecida.

La locura inextinguible hace saltar imágenes divinas
de las cosas inanimadas y de los años que fueron.

La tierra goza y sufre a la vez
en el inmenso desfiladero de los sueños.

Son las ilusiones supremas y las vanas ilusiones
las que mueven al hombre.

No vengan a helarme la llama de la locura
con ninguna oculta verdad.

Ya no sé pensar más
si no es creando ideas tan bellas y tan falsas
como los sueños mismos.

XIII

Canta en el pino centenario el pájaro de la poesía.
He decretado la tregua de la verdad
y la autonomía del delirio.

Todo este canto se precipita de adentro de mi fuego
 porque he deshecho las cadenas del equilibrio
 y de la razón.

¡No pienso!

Abrazo las infinitas imágenes
 y me trasmuto en sus visiones.

Lo abarco todo.

Soy el sueño de Dios.

Norte y sur, este y oeste,

los cuatro caminos del viento se cruzan en mi
 [corazón.

Pasan aviones y naves,
 pájaros y leones,
 hombres y mujeres,
 planetas y estrellas,
 y mis sentidos se enloquecen,
 y hago de mi forma interior
 todas las formas del universo.

¡Es la ebriedad total!

La noche entera exprime sobre mis labios
 el licor que nos devuelve
 una ebria confianza en las imágenes.
 A mi vez combino, mezclo, depuro cuanto veo.
 Es un placer semejante al de los dioses.
 La naturaleza entera pasa por mis deseos.
 Los cielos divinos giran en la red de mis nervios.
 Mi alma hecha luz
 se desborda sobre las sombras del universo.
 Quemo las tinieblas en la fragua de la sangre.
 Hablo moviendo montañas y ríos,
 astros y flores,
 fieras y pájaros.

Extraigo la música y la belleza de mi espíritu
 y tejo un ropaje de armonía sobre las
 [profundidades.

Estoy en mí y estoy en todas las cosas.

Me he perdido de mí mismo,
 y he recogido mis últimas olas en los bordes
 del infinito.

XIV

¿Qué es más verdadero?: ¿Lo interno o lo externo?
 ¿Cabe esta pregunta
 ante la belleza de los sueños irreales?
 ¿No es igual soñar las sensaciones
 que levantar desde la ilusión formas desconocidas
 y resplandores que no brotan
 sino de un fuego que no existe?
 Veo las escalas de la perfección.
 Contemplo las jerarquías del Universo.
 Penetro en la estructura divina de los arquetipos.
 Me paseo por los mundos ideales
 donde los deseos se convierten en seres perfectos.
 Adivino los celestes orígenes
 y gozo el drama del espíritu
 levantándose en las esferas supremas.
 Tomo el astro
 y lo arranco hacia una órbita magnífica.
 Contemplo la ascensión de la vida
 desde el musgo y el líquen que decoran la piedra,
 a la frente del hombre
 que rehace en idea el universo estrellado.
 Oigo los conjuntos inmensos de la música astral,
 y percibo la unidad profunda de las estrellas
 y el destino sublime que hace volar a las creaciones.

Siento que la esencia del hombre
está esparcida desde la eternidad
en todos los planos de la sustancia divina.
Me sumerjo en la diafanidad de las tinieblas
invadiéndolas con las llamas
de mi propia espiritualidad.
Participo del idioma de las cosas ocultas
y hablo con el mismo verbo de la voluntad divina.
Rehago la historia de todos los seres
y escucho en mi propio pecho
el grito celeste que lanzó cada estrella al nacer.
Me abro en música hacia todas las distancias
y los espacios inmensos escuchan el zumbido
de mi expansión.
Creo en mí y creo en el hombre.
Creo en la eternidad y creo en mi eternidad.
Me veo descender y ascender,
tomar una forma y abandonar una forma.
Me veo en la escalas de las muertes y de las
[resurrecciones,
me afirmo en medio de inmensos cosmos,
y presiento la alegría de los astros
por donde viajaré mi esencia.
Abarco la esfera de todas las posibilidades,
y hundido en la fuerza del amor,
sueño las divinas procreaciones
por donde pasarán mis formas futuras.
Estoy en las entrañas del tiempo no nacido
y, como sueño divino, me adelanto a mis vidas
[futuras.

POEMAS DEL HOMBRE:
LIBRO DE EVA INMORTAL.
(1948)

I

Levanté mi frente entre montañas,
subí mi corazón sobre ríos.

Tomé una palabra y la arrojé contra la piedra,
aprisioné un suspiro y lo lancé a los ondas.

Y las montañas no quebraron el silencio,
y los torrentes, mudos.

Dije a mi pupila:
—¡Habla con la estrella!
Grité a mi sangre:
—¡Conversa con la sombra!

Y saltó de mis ojos la flecha flamígera,
Y mi sangre irguió la lanza de la sed.

Y las estrellas no quebraron el silencio,
y las sombras, mudas.
Y quemó mi pecho un grito en la muerte,
y resplandeció la garganta un alarido en la ceniza.

Y la muerte apretó su misterio,
y las cenizas se hundieron en su horror.

Y el arco del alma dardeó en los orígenes,
y el guijarro de la honda voló en la extinción.

Y el principio selló el verbo de las creaciones,
y el fin rompió los ecos del llanto.

Y abracé a Dios en el cuerpo de la Tierra,
y subí la cumbre para estrecharlo en el cielo.

Y la esencia era imposible a mis brazos,
y la potencia de su idea arrasaba mis sienes.

Y me oculté en las tinieblas de mi propio enigma,
y martillé mi alma para escuchar su sonido.

Y el misterio de adentro era mudo como el misterio
[de afuera,
y no pude arrancarme las ardientes revelaciones.

Y cuarenta días y cuarenta noches gemí junto al
[mar.

Y las olas cantaban indiferentes a mi horror.

Y de noche las estrellas hablaban entre sí,
y la raíz del árbol conversaba con la flor.

Y la arena comprendía a la espuma,
y la roca dialogaba con la sal.

Y el amor de la selva
era besado por el rocío de los abismos.

Y todas las cosas eran hermanas de las cosas,
mas la soledad en mí!

Y yo era el hombre,
y había perdido la sabiduría de la inocencia.

Y quería saber desde afuera de los secretos,
desgarrar los lazos de Dios y atarlos con el
[pensamiento.

Y Dios y los hijos de Dios,
tenían miedo de mi pregunta.

Y la sed me había tronchado del agua celeste,
y mi pecho era la única tristeza del Universo.

Y cuarenta días y cuarenta noches gemí junto al
[mar.

Y las olas cantaban indiferentes a mi horror.

Y la flor dijo: —Apártame de él,
su orgullo es su propia maldición.

Y la montaña dijo: —Su presencia es impura,
ha mezclado en su sangre a Dios y a Satán.

Y la estrella dijo: —No escuche más mi canto,
su alma impúdica se ha separado de la gran alma.

Y el océano dijo —Réprobo es, no lo acaricie mi
[onda,
vio la muerte, y sus ojos espantan.

Y pasaron cuarenta días en el llanto,
sobre la prueba de la soledad.

IV

No es la cifra de los dolores,
ni el número de las espadas.

No! Ni el horror de la sed.
¡La herida más trágica, es la soledad!

Nieve sobre nieve, peso de montes,
sombra sobre sombra, gravitación en el abismo.

No es la vida, ¡oh hermana del relámpago!,
ni es la muerte, ¡oh hermana de la eternidad!

Llama sobre llama,
el día del corazón vuela en el incendio.

Ceniza sobre ceniza,
la muerte cierra las edades.

No es la muralla entre la sed y la fuente,
ni el silencio sobre el terror del oído.

La mano de las flechas es ignorada por el arquero,
el alma reza, y desconoce la plegaria y la boca.

En el día de la seguridad saltaron los rayos,
y el misterio se acostó en las estrellas.

¡Ay, de la sangre que va desde la vida al
[pensamiento,
sube roja, tenebrosa cae!

Látigo es ahora el nervio de la luz,
en la médula se enrosca la serpiente.

Un león bramaba en el pecho,
mas ahora encegueció en la caverna.

Los brazos abrazaban árboles, las manos hurtaban
[rosas,
mas la frente abrió flor y tronco, y quebró los lazos.

El ojo atravesó el río, y no lo vió.
El oído sondeó el océano, y no lo oyó.

Y la sed apartó vida y universo,
y la selva se separó del hombre.

Y los astros no fueron bebidos,
porque se espantaron de la pregunta.

Valle y montañas palidecieron,
y el color tuvo miedo de los ojos.

La mariposa fue enigma,
y el canto del ruiseñor, oscuridad.

Quedé desprendido, interrogando en la nada.
Toqué mi forma, y me crispó el espectro.

Entonces comprendí que estaba solo en la soledad,
y que de mi hambre crecía la separación.

Y así hube de convertir la noche en abismo,
y los días en sueños.

Mientras la inocencia bebía en la copa de Dios,
yo destruía el néctar con los ojos.

Quebráronse los puentes,
desgarráronse las ligaduras.

El eslabón de oro saltó de la cadena,
y el hombre cayó adentro del hombre.

Dios retiró su ánfora.
El astro selló su música.

Me separé de mi propia sangre,
y extendí la soledad entre mi cuerpo y mi idea.

Y caminé en el tembladeral,
con mi sombra sobre la sombra.

Y de mi viaje sobre la estrella,
manaba la angustia.

Y llegué a la roca del descanso,
y no reconocí su piedra.

Y clamé por el canto del mar,
y no comprobé su acorde.

Y abandonado fui de mis hermanos del universo,
y quedé perdido entre Dios y la sed.

Y no entré más al cuerpo mágico de la luz,
ni pude reconocer mis profundidades.

Y así fue creada la tristeza,
así el dolor se derramó en los abismos.

Y no es la cifra de los dolores,
ni el número de las espadas.

No! Ni la angustia de la sed.
¡La herida más trágica es la soledad!

EL LIBRO DE LOS CÁNTICOS

CÁNTICO DE LA PRESENCIA.

(1949)

CÁNTICO DE LA PRESENCIA

I

Iré a buscarte hasta el jardín de los dioses,
oh rosa múltiple de mis estrellas.

No alcancé aun la clave de tus caminos,
altura impedida a mis deseos.

Bosques abrasados ha de haber,
y montes de llama y ríos hirvientes.
Mas el rayo del amor es un fuego sobre el fuego.

Murallas de bronce y de diamante,
abríos!,
o el destino hará polvo de vuestra soberbia.
He ahí la proa de mi nave, el arco de Eros;
el océano humille su grandeza, las cordilleras
[doblen la frente.

¡La voz del amor, escuchad, la voz del amor!
La serpiente se enlaza a la serpiente,
el águila vuela con el águila,
la entraña de la leona ruge astros.

¡La voz del amor, escuchad, la voz del amor!
 El río vive;
 la nieve salta desde el orgullo;
 la flor del loto besa los espíritus de la luna;
 el plumaje del cisne quema el agua de los lagos...
 ¡Y la cabeza del adolescente acaba de abrirse a la
 [locura!

II

¡Firme en el cielo el trono del amor!
 Labrado está en el pensamiento de los siglos,
 esculpido en el pecho de Dios,
 inquebrantable entre arcángeles incandescentes.

Ese viento que estremece los montes,
 he ahí su viento.
 Esa ola de púrpura sobre las otras olas,
 he ahí su ola.
 Ese hálito finísimo entre las estrellas,
 he ahí su hálito.

III

La sombra de la noche,
 ¿quién la atravesará?
 Las tinieblas de la traición,
 ¿quién las traspasará?
 La hostilidad de los desiertos,
 ¿quién la quebrantará?

Porque tu ala, amor, es el relámpago,
 ¡y tú puedes!

Tus flechas hay que buscarlas
 en el día del primer nacimiento,
 cuando los mundos entraban a su música.

¡Oh, amor, tú puedes!
 Extenderé mi alma en tus rayos,
 extenuaré mi fuerza en tu arco.
 ¡Tú puedes!
 Y cuando hieras el pecho de la amada,
 beberé a Dios en el borde de su herida.

IV

Ya la palabra del fuego esculpe los jardines,
 y arranca chispas el plumaje de las palomas.

El jazmín sube su belleza hasta el extremo de la
 [llama,
 en la savia de la raíz está soñándose la rosa.

La abeja se viste de oro en la azucena,
 y sorbe el licor de la luna en los nardos y en los
 [lirios.

Polen celeste vuela de la corola del sol,
 y el ala de Eros lo lanza por los mundos.

¡Amante, Tierra amante, oh pálida, oh profunda!
 He ahí que se ha abierto el arca de los colores,
 y el escondido taller comenzó su trabajo.

La vida sueña otra vez el sueño de la vida.
 ¡Amante, Tierra amante, oh pálida, oh profunda!
 La ebriedad se desprende desde adentro de tus

[entrañas.

Los niños aun no nacidos juegan en tu pensamiento.
 Tu deseo está cantando ya corolas y alas invisibles.

¡Amante, Tierra amante, oh pálida, oh profunda!
 Por un instante la muerte se ha dormido,
 y Eros le acaricia los ojos con el exceso de sus
 [victorias!

V

Vivo sobre los volcanes,
 descanso en el huracán

Mi sueño está horadado por el relámpago,
 reposo la cabeza en el filo de las hachas.

¡Barreras de hielo,
 irresistible es el canto flamígero!

Pórtico de la muerte,
 entro a enardecer las cenizas.

Inmortal resuena el clarín de la vida.
 La noche está asomándose a las estrellas
 para contemplar el espasmo de las batallas.
 El ojo de las tinieblas tiembla en los rayos.
 Rugen los desiertos,
 y el alarido desfibra a las palmeras.

¡Crepitad, abismos,
 Eros empurpura sus alas!

Danzan los astros.
 El pecho de las canciones se incendia.
 La palabra del apasionado
 lanza a la nada el bronce incandescente de la
 [embriaguez.

Mirad,
 el universo está hundido en los delirios.
 En las alas del amor se apoyan las órbitas celestes,
 y el éxtasis, es el latido de su vuelo!

VI

Busqué a mis hermanos, ahora,
 y subieron a mi tienda desde abajo del horror.

Y la locura tomó uno de mis brazos,
 y el amor estrechó el otro de mis brazos.

Y en mi frente se acostaron los sueños,
 y en el pecho se irguieron las espadas.

Y el grito ocupó su puesto en mi delirio,
 y la música se abatió sobre el corazón.

Y el dolor me entró por las arterias,
 y el martirio tomó mis nervios por guarida.

Y el león de los deseos se crispó en mis entrañas,
 y la ebriedad paseó sus águilas por mi cráneo.

Y la serpiente fue mi ceñidor,
y las llamas tejieron mi túnica.

Y en los ojos hicieron nido las alondras y los buitres,
y el cielo me quemó en Dios el gusto de la Tierra.

Y me entró por el pie la carrera de los corceles,
y en los hombros deliraron los rayos.

Y la pasión lo llenó todo,
y quedé henchido del frenesí de los abrazos.

Y la frente ardió en la estrella más alta,
y el pie fue llagado sobre la estrella más profunda.

Y cuando me levanté de mi propia soledad,
el universo se estremeció de goce y de espanto.

Incorporé la voluntad en la voluntad,
y la embriaguez en la embriaguez,
y atravesé el universo en el vuelo de las cítaras.

¡Oh, amada,
la voz para cantarte, ha nacido ya!

VII

Arrodíllate en mi lengua, tierra del amor,
apoya tus puentes en mi pecho, cielo de los éxtasis.

Llueve, oh noche, tus estrellas sobre mi sangre,
corra por mis arterias la llama de las auroras.

Sol en el Sol,
el mediodía sube su tienda en mis entrañas.

La tempestad converse con mi aliento,
y el océano discurra con mi frente.

¡Dios en Dios,
el universo es el lenguaje de los iluminados!

Noche escondida,
abre tu rosa oscura y repósala en mi frente.
La entraña de tu símbolo se desprenderá en el
[perfume,
tu lenguaje hablará en los pétalos de música.

Tinieblas tejieron la corola infinita,
mas el amor quema la sombra por debajo de la
[oscuridad.

Si la ola de adentro se desprende en tu pavor,
si la pasión dardea tu velo terrible,
el alma atrae las letras de tus potencias celestes.
oh rosa oscura,
y el éxtasis se desprende por la luz intangida.

Oh silencio esencial, imperio de las revelaciones,
música sin metal y sin suspiro,
sonoridad del éxtasis,
luz sensible a los arrobamientos,
toque de Dios,
el amor los crea!

Oh, amada,
te he extendido entre mi noche y la noche;
la mirada de mis sombras a las sombras,
atravesas tu excelsitud.
Y mis tinieblas se hicieron llamas,
y el fuego de Dios se desbordó del abismo.

Oh amada,
te he extendido entre mi silencio y el silencio.
Y de pronto la campana de las tinieblas cantó a
[Dios,
y el amor se hizo música en la campana de mis
[tinieblas.

Oh amada,
te he extendido entre mi sed y las ocultas fuentes.
Y de pronto el universo fue la copa de las esencias,
y corrió, por mi arena de púrpura, la ola de los
[néctares.

Oh amada,
tu presencia es la clave de los símbolos.
Contemplarte es leer el verbo invisible,
acostar la ansiedad en el sonido del misterio.

VIII

¡Presencia de la amada!
Ansío leer el origen de los signos,
aquéllo que ya era cuando no era la rosa.

¡Presencia de la amada!
Oh profundidad de los deseos,
abre las profundidades de sus números,
córrete bajo el sueño de su forma.

¡Presencia de la amada!
Por debajo de su luz, su cáliz.
Por debajo de su flor, su savia.
Por debajo de su tallo, la raíz.
Por debajo de su sed, Dios!

¡Presencia de la amada!
Su vida y mi vida, ecos de la adoración.
Mi pupila bebe el Ser en el contorno de su belleza.
Leo la eternidad en el verbo de su fulgor.
En el signo de su cabellera, cantan las
[constelaciones.

¡Presencia de la amada!
Su frente es el alfa de mi destino,
y su pecho, la explicación de mi canto.
Su voz está escrita en el pentagrama de las
[revelaciones,
y su boca es una antorcha en los orígenes.

¡Presencia de la amada!
Su geometría está ardiendo oráculos.
En la música de su sangre
está dibujado el cuerpo de la noche.
Su alma es el imperio de Dios en la aurora de los
[mundos.

¡Presencia de la amada!
 Su marcha bajo la luna es el origen de los violines
 [y las arpas.

Su cuerpo es el sueño sensible,
 su interior es la revelación antes de la revelación.
 Su reposo es el silencio de las estrellas,
 su movimiento es la marcha de la noche.
 Su amor es la columna de la luz,
 su aceptación es el extendimiento sobre la eternidad
 su éxtasis es la túnica del espíritu sobre el
 [pensamiento divino.

Hermética es la clave de tu presencia, amada.
 Los abismos te ven y rugen su misterio.
 El silencio se abre bajo tu mano.
 Tu altura en la soledad convoca a los infinitos.
 Tu irradiación roza el templo del universo,
 y lo recóndito emana de lo recóndito.
 Tu amor es el aliento mágico en el órgano de la
 [noche.

Lo viertes,
 y de los tubos poderosos
 se desprende la sinfonía de los génesis.

Oh amada,
 poesía de los símbolos sacros!

Reúno tus rosas en mi aliento,
 y mi canto es la abierta sombra,
 salto de Dios en el cuerpo de las tinieblas!

IX

El ala de la noche
 está cubierta por los lirios de la mañana.

¿En dónde están las estrellas?
 ¿Lo pregunto?
 ¡Cómo resplandece tu frente, bebedora de los astros!

La pradera está escondida bajo las rosas.
 Tú te deslizas, río del amor,
 y la montaña se estremece de soñarte.

Exprimes el rocío de tus cabellos,
 y el cielo descende hasta el valle de tu cintura.

Gloriosa es la Tierra;
 sus flores te rodean,
 vas pisando las islas de los colores.

Gloriosa es la Tierra;
 el aire canta sobre tu vida,
 la tela de la música viste tu claridad.

Gloriosa es la Tierra;
 el eco de las orillas suspira en tu luz.
 Pecho de la onda, garganta de la espuma.
 ¡Los ríos te aman!

Gloriosa es la Tierra;
 las rocas vibran,
 los cristales te reflejan,
 el mármol se llena de dioses.
 ¡Los montes te aman!

Gloriosa es la Tierra;
tiembla la brizna,
las lianas te estrechan,
cae la sombra del árbol a la dulzura del pecho,
las raíces oyen el eco de tus latidos.
¡Las selvas te aman!

El ala de la noche
está cubierta por los lirios de la mañana.

Busco mi corazón derretido por tu belleza,
y su metal quema los universos.

¡Cegaran mis ojos en este instante, oh éxtasis!
 ¡Muriera en esta muerte bajo el rayo de las
 contemplaciones!
 ¡Se eternizara el oro de mi pecho
 extendiendo tu presencia por toda la creación!

Escrito está el amor en la lámina de los colores.
Las cosas que te circundan, crean tu poema.
El universo es el canto de Dios,
y tu presencia lo sube en el ala de tu pureza.

Eres el signo mágico.
La rosa no hablaría, si tú no le quemases los labios.

X

¡El signo del amor, he ahí tu presencia, amada!
Un instante de tu luz, un sólo instante,
y leo mi eternidad en la eternidad.

Tu número de oro abre los abismos,
y los jardines ocultos florecen hasta perderme.

Inclinas la frente,
y me extravió en el corazón.
Toco las más altas estrellas,
y sus caminos avanzan.

Levanto los ojos desde tu pie a tu cabellera,
y aprendo a volar entre los dioses.

¡Oh rayo inextinguible en el arco de tu hermosura,
luz detenida en el éxtasis,
pensamiento de Dios en la imagen de la música!

El arco de tus cejas
está en el contorno de los mundos.

Sondear tu frente
es abrazar la luna.

La geometría de tu cuerpo
es la columna del rapto.

Tu paso es el canto del tiempo,
tu pulso es el ala del astro entre el día y la noche.

Tu brazo es la luz entre estrella y estrella,
tu pecho es el escudo que detiene la sombra.

Tu cintura es la rueda de los siglos,
tu altura es el eje de la creación.

Tu alma es el sostén de las constelaciones,
y tu pensamiento es el lazo de la gravitación.

Tu boca es la rosa mística,
y tu mano es la azucena de la música.

Tu mirada es el océano de la luz,
y tu pasión es la llama de los génesis.

El fluir de tus nervios es la emanación de Dios,
tu soledad es el universo en la esencia.

¡Oh rayo inextinguible en el arco de la hermosura,
luz detenida en el éxtasis!

En tu pupila descifro la sublimidad,
y el infinito es la única medida.

Tú no eres tu contorno y tú no eres tu forma.
Tú no eres el cuerpo de la presencia,
ni el instante de la mirada.

¡Signo de las revelaciones,
sondeo de las claves inmortales!

Leo en ti,
y el amor no termina nunca de volarte!

XI

Signo de la belleza,
la verdad no tiene otro lenguaje.

El contorno de la flor
fluye de las cifras interiores.

La presencia de tu cuerpo
es una meditación de la estrella.

Oh amada,
idea de todos los astros.
Dios emana tu blancura,
tu suavidad es la profundidad.

Los arqueros de mi pecho,
mátenme ahora.
Verte,
es alcanzar el límite de las visiones.

Gritaré tu nombre.
La Tierra será el timbal de mi pecho.
la noche entera será abierta por mi canto.

Los signos del mundo vuelan hasta mi frente,
y el idioma del cielo se conjura en mi lengua.
¡Contemplo tu rosa!

Los arqueros del abismo
hieren de estrellas mi locura.
La lanza del sol se ha despertado en mi boca.
¡Tu rosa atraviesa mis pupilas!

Escuchad,
la luz de la música se desprende de mis arpas.
Ya no es la Tierra la creadora de la órbita,
es tu presencia por adentro de mi corazón.
¡El ala de los cantos embriaga la pasión de la
[noche!

Desgarro los velos,
incendio las túnicas.
Diafanidad de la carne mística,
vida transparente,
cristal del cuerpo.

¡La grieta del amor en el pecho,
tú la abriste!

¡Entra en mí!
El incendio te aguarda.

Recuesta tu belleza en las lirás de la sangre.
Será el abrazo en la música.

Las cuerdas de las cítaras recónditas
se funden en mis nervios.

¡No sentirás mi cuerpo con tu cuerpo, amada!
El furor de los sueños y los cantos
derretirá los huesos y volará la sangre.

He ahí la unión prodigiosa.
¡Fuego de las melodías!
La ola del corazón levantará el acorde,
y se extremará en el vértice de la música.

Vibrarás sobre el linde de las esencias.
¡Oh vida tuya en el derretimiento de mis astros!

¡Delirio de los éxtasis!
Quedarás extendida en los remos de la noche,
brisa del espíritu
que mueve los arcanos de la esfinge.
Quedarás extendida en la nave celeste,
brisa del espíritu en las velas cósmicas.
Quedarás extendida en el viento de las revelaciones.
El hálito del ansia abanicará tus sueños.

¡Viento del amor!
La sombra se olvidará de la sombra.
El enigma saltará desde las tinieblas.
La profundo volará en la luz.
La realidad arcana será sumergida en el Verbo.
Tu cuerpo en mi abrazo, oh flecha de los génesis!

Los signos de la creación serán abiertos,
las imágenes desgarradas emanarán la esencia.

¡Dios desborda la rosa!

LA JOVEN DEL HIJO.
(1957)

LA JOVEN DEL HIJO.

Para mi hija Sol.

Ya un mes te vive el hijo en la sangre creadora,
y ahora estás junto al árbol que va a fraguar la fruta.
Las flores se electrizan en el sol de la tarde
y en millones de besos el polen vibra, y ama.

Ya un mes te vive el hijo que mana de tu arteria
y va del corazón corriéndose hacia el vientre
y lo abrigan las túnicas de tus sedas vitales,
mientras crece el misterio de la forma y del alma.

Ya estás en la cadena fecunda de las madres,
en la vertiente arcana de los humanos seres,
labrando el tiempo vivo del profundo milagro,
mágica en los telares de las transmutaciones.

Bebes la miel del mundo, el aire en luz respiras,
te alimentan de trigo las doradas llanuras,
las fuentes te sustentan del licor de los montes,
la leche de las ubres te da su cal nevada.

¡Cómo en ti se está uniendo, sol y tierra en la carne,
cómo vas con la tierra y el sol, labrando el hijo,
cómo en ti está la vida tallando su escultura,
qué infinito de abismos trabaja tu misterio!

¡Qué números te asisten en acordados ritmos,
qué ideas te penetran en primorosas líneas,
qué memorias del tiempo que dibujan al hombre,
qué invisibles columnas para tu cuerpo vivo!

¡Qué ordenación del Logos creador y supremo,
cómo está en la simiente la imagen que tú brotas,
qué crecimiento exacto, qué expansión de la yema,
cómo el pulso del pecho esculpe tu prodigio!

Ser la madre del ser, darle cuerpo a un destino,
labrar en el silencio la fina criatura,
esculpir una frente, una mano, una boca,
ir delineando arterias, ir acendrando nervios...

Transmitir el latido al corazón que aún no era,
llevar el flujo elástico a dedos que aún no eran,
dar un contorno vivo a un pecho que aún no era,
mover rojas corrientes en venas que aún no eran.

Ir curvando una bóveda donde habrá un
[pensamiento,
ir tejiendo una red al tiempo y la memoria,
sembrar el claro impulso y crear en la sombra
los ojos bebedores de una luz no llegada.

Afinar en la piel la levedad del tacto,
en la lengua la líquida sensación de los frutos,
en el oído el roce divino de la música,
y dar al labio denso la palabra inasible.

Y te pregunto, Joven, el abismal enigma,
las cargas de futuro que en ti se están uniendo,
las herméticas claves que trabajan tu brote,
la interior cavidad donde crece tu rama.

Eres la madre, hija de tu madre y sus madres,
el surco del amor donde sueñan las horas,
el eslabón más nuevo de la inmortal cadena
y la continuidad de los oleajes vivos.

Todo sin ti muriera, en la incansable muerte,
toda sin ti la tierra su vuelo ignoraría,
se perdieran los nombres de los sublimes astros,
no hubiera un ojo ardiente ante la altiva aurora.

Frente al supremo enigma, faltase la conciencia.
Cayeran a la nada los verbos prodigiosos.
Ni habría el llanto trágico ni el canto de los pechos.
Ni de la frente heroica subiesen otras águilas.

Un ignorado polvo de ciudades, un mar
sin las valientes velas ni los tajantes remos,
un valle no labrado por los hierros tenaces,
un aire no volado por sueños y palabras.

Un monte sin la idea de la ascensión ardiente,
una noche perdida al toque del misterio,
un mediodía enérgico sin la sombra del hombre,
un ocaso recóndito sin el sutil suspiro.

Sólo en ti se redime de su roca la tierra,
 en ti se hacen los nombres que la nombran y fijan,
 en ti está su dibujo para lejanos siglos,
 por tu sangre se saben las no trazadas órbitas.

Viertes amor vital para el amor futuro,
 viertes la fe a la proa que va hacia la esperanza,
 viertes una piedad que abrazará ciudades,
 y viertes un perdón de espirituales mieles.

Todo en tu vientre sacro se escribe y perpetúa,
 los cantos no cantados que habrán de ser un día,
 las fecundas ideas que aún nos veda la Esfinge,
 los tactos más profundos de la callada noche.

Sé madre en inocencia, como es madre del trigo,
 de la rosa, del pájaro, del pez, la madre tierra.
 Danos ser en el hijo a la par que lo creas,
 fluya en eternidad la gracia de la vida.

Sepamos ese viaje seguro que es el hombre,
 sepamos que él emana de tu sangre creadora,
 sepamos que hay mil jóvenes que siguen tu cadena,
 anillo con anillo humanizando el astro.

Danos ese milagro de tu vital impulso,
 pónnos en una fila que sume arcanos tiempos,
 prolonga esta conciencia de insaciables relámpagos,
 eterniza la estirpe que piensa el universo.

Ya un mes te vive el hijo en la sangre creadora
 y ahora estás frente al árbol que va a fraguar la [fruta,
 las flores se electrizan en el sol de la tarde
 y en millones de besos el polen vibra, y ama.

Vengo a ti, en devoción, en plegaria y en himno,
 te doy toda la música que cabe en mi silencio,
 ruego al sol y a la tierra por tu júbilo sacro,
 y en una sola espiga todo mi amor te rindo.

NOTA — Señalamos a la atención del lector este singular poema, escrito para el futuro hijo aguardado por su hija —que resultó una niña, la nieta que fue orgullo del ilustre escritor—. Conocemos muchas composiciones poéticas de padres que exaltan la feliz expectativa del hijo por nacer. Pero no conocemos en nuestra lengua ninguno que rinda tan emocionado homenaje, con tanta devoción y reverencia, por parte de un padre a su hija. Con emoción, con respeto, con grandeza, con agradecimiento; que hacen de "La joven del hijo", quizás el más trascendente canto a la maternidad escrito en nuestra América.

D. I. R.

**EURÍDICE,
LA JOVEN DEL CANTO.
(1959)**

Rubia en la luz del sol y rubia en las praderas,
giran tus verdes ojos ebrios en las montañas,
oh tierra amanecida desde el valle a los montes,
oh embriaguez de los cielos, oh selvas esmeraldas!

Rubia en la luz del sol, viva en todas las vidas,
desde los llanos subes tu pie sobre la grama,
desnudo pie de fruta, rítmico pie desnudo,
ágil en las campiñas ansiosas de tu danza.

Muslo de los marfiles, cintura de los lirios,
cuello de las violetas, pecho de las manzanas...
En los brazos, las rosas; los nardos, en las manos,
los hombros de jacintos, de racimos la gracia.

Vas del valle a los montes abriendo en luz los
[brazos,
vas erguida en la luz que a tu cuerpo se abraza,
vas, virginal deseo de enardecer la nieve,
en un subir de chispas y en un volar de llamas.

Nunca vierais, los hombres, nunca vierais, los dioses,
aquel modo indecible de amor y de esperanza,
ascender a los montes por el valle de flores,
nunca vierais, las aves, más repentinas alas.

¡Oh Natura, tú hiciste un templo de silencio,
la ceñiste de flores, infinita y callada,
era la prodigiosa hija de tus potencias,
y en su fresca alegría matinal, la adorabas.

Tus pinos la sentían, la sentían tus rocas,
los robles eran suyos, las frutas la rozaban,
el cardo arisco, al verla, vertió miel en su espina,
el lago, era bebiéndola, el río, era abrazándola.

Rubia en la luz del sol y rubia en las praderas,
giran tus verdes ojos ebrios entre montañas,
oh tierra amanecida desde el valle a los montes,
oh ebriedad de los cielos, oh selvas esmeraldas!

Toda la Madre Tierra era una ofrenda sola.
Como labios, los surcos clamaron por tu gracia,
ondulantes trigales te llovían sus oros,
y las mínimas hierbas, bajo tus pies, te ansiaban.

De pronto en el silencio todo el templo vital
fue moviendo las voces como al llegar el alba.
Errátiles abejas ardieron el zumbido,
cual si la luz caliente les embriagase el ala.

Una brisa de aromas descendió de los montes
a mezclarse en la brisa fragante de las ramas,
y al unirse perfume con perfume, un acorde
en la profunda selva, íntimo, susurraba.

Venían de las nieves frescas y azules voces
cuando el calor del día las neveras besaba,
coro de las corrientes de nervios de zafiro,
sensibles en las fugas armónicas del agua.

A lo lejos un río de caudal luminoso,
desde una roca hendida, fervorosa de escalas,
en miriádicas gemas hasta otra roca brusca,
caía en arco vivo, y el iris la engarzaba.

Y era una voz de voces en un aire temblante,
una voz que hasta el valle, con su curva ensanchada,
iba girando ruedas de músicas azules
hasta golpear mil ecos en la selva de savia.

Como una verde lira profunda, el alto pino
en el aire sereno cantó su altura diáfana,
y el húmedo verdor se estremeció, amoroso,
cuando adentro, en su música, el ave era una
[flauta.

La misma luz del sol, en los surcos jugosos,
en los maduros tríos de harina sazonadas,
en el mar de la avena de vivas olas ebrio,
¡rubia joven del canto!, por amarte, vibraba.

Órgano de Natura, colosal y profundo,
concierto de los días y las noches arcanas,
vertimiento infinito de todo afán divino,
¡rubia joven del canto!, por amarte, cantaba.

Músicas te ceñían, Músicas te envolvieron,
las musicales brisas, de acordes te besaban,
con música los ríos del ritmo te adoraron,
y en abrazos de música te amaron las montañas.

Tú, en el canto, tú en música, tú en éxtasis,
[subiendo,
tú, apoyando en el trino tu pie sobre las faldas,
tú, escalando los montes, toda en el canto absorta,
tú, en el encantamiento del canto, te embriagabas.

Eras como un acorde que ciñe al Universo,
eras el cielo casto y la tierra de llamas,
eras entre los montes el monte de la música,
eras todo el oído de la ansiedad humana.

Tenías un recuerdo de estrellas trascendidas,
una espiral de vuelos que nunca terminaba,
un sentido tan hondo del misterio del canto,
una noche de Dios, tan azul, derramada,

un abrazo infinito sobre el todo del canto,
un volver a la música de la primer mañana,
que en tu frente nacía un universo virgen,
un toque del origen supremo de la gracia.

De las viejas esfinges, enormes y serenas,
de las altas esfinges, sublimes y calladas,
te venían mensajes de músicas ocultas,
y todo Dios, en música, te penetró en el alma.

¡Fue entonces! Tú subiste los brazos en el éxtasis,
eras la cruz de música, sublime, que volaba,
el ave de los cantos en el aire del mundo,
todo el ser de los hombres en el ser de tus alas.

Del vibrar de la tierra, del fluir de los cielos,
hiciste un solo aliento de luz en tu garganta.
Tus ojos eran selvas, tus muslos eran ríos,
el cuello era la rosa, la boca era la brasa.

Te volvían estrellas, de la noche al cabello,
y en tus hombros se abrieron dos encendidas albas;
tu pecho, el mediodía, en los brazos, la aurora,
el mar en la cintura, y el amor, en el alma.

Y de pronto, subidos los brazos en el éxtasis,
el canto se te hizo como un dios que adorara,
el Universo entero pareció de rodillas,
y cuando fuiste el canto, en ti, Dios, lo creaba.

¡El canto, el canto, el canto, oh locura del canto,
la voz espiritual, la voz se te volaba,
era el milagro humano, la divina belleza,
el vuelo de los vuelos, la deliciosa escala!

¡Y te nacía el canto...! Ibas subiendo montes,
y en el canto y el monte eras más y más alta,
y los aires gemían de adorarte en el canto,
y las aves giraron en tu voz extasiada.

¡El canto, el canto, el canto, oh locura del canto,
oh arranque de la sangre, oh rosa de la entraña,
oh cuerpo entero en música, oh mensajes recónditos,
oh armonía del todo en la voz adorada!

Tú, con el canto, el canto, en ti, ya transfundido,
creación del milagro del pecho y la garganta,
transmutación del orbe en un acento único,
retorno a lo divino, vuelta a la luz sagrada!

La tierra con la vida, el cielo con la idea,
el número sonoro, la armonía expresada,
abiertas las esfinges en amor, revelándose,
abiertos los enigmas con las claves humanas.

Canto y revelación, misterio descendido,
luz de música, luz sonora transmutada
en las ocultas cifras que el Universo crean,
en el dictado místico de las fuentes selladas.

Unidad infinita del hombre y de las cosas.
hallazgo inexpresable en las sombras vedadas,
pacto de los silencios con la voz anhelante.
¡Tú, en el canto supremo creciendo en la montaña!

¡Y tú, en el cruzamiento de todos los orígenes,
tú, en vida con el canto que bebe las distancias,
tú, con el mediodía, tú con las noches vírgenes,
tú, con toda la música de Dios en la garganta.

Tú emanándote, dándote, en alto sacrificio,
en unidad profunda, tú con todas las almas,
y tú en un alma sola, oh soledad del canto,
un alma donde vuelan todas las puras almas.

Alta, siempre más alta, alta rozando el cielo,
alta sobre las nieves de purezas sagradas.
Alta, en alto, en la música, alta, en alto, en el ritmo,
sólo en ti fue la voz tan hondamente alta.

Yo te escuché, y te abraza de fervor mi silencio,
y cuánto más te ansío más sueño la esperanza.
No hay amor como el místico deseo de adorarte,
y en ese amor humano sólo tu vida canta!

SONETOS ECUATORIANOS (1963)

TELLUS ECUATORIANA

Para *Jorge Carrera Andrade*.

Esa cosa infinita, de pánicos alientos,
la ebriedad de los bosques, las savias, las resinas,
los vedados jardines de las algas marinas,
la frotación de ramas en los húmedos vientos;

los valles resonantes bajo rayos violentos,
las selvas enceladas, las cúpulas felinas,
las eróticas lianas entre flores y espinas,
el jaguar estival de mudos crispamientos;

las eléctricas brisas de alas, las palomas
saeteantes de ansia sobre las rubias lomas,
la orilla de los ríos donde el agua es bebida

por desnudas raíces, por aves y serpientes,
todo flujo inmortal me arrastra en sus corrientes
cuan si ser una vida fuera toda la Vida.

CREAR COMO LA TIERRA

Para *Isaac J. Barrera*.

¿Y si entrara a las selvas embriagado de vida
y abrazase los árboles, y en radiantes furores
me frotara las manos con lianas y con flores?
¿Y, sagrado de instinto, a la rama adherida

mi sed, ebrio bebiese la savia, y sensitiva
el ansia, retornara a los rojos amores,
y cerrara en la herida los ácidos rencores,
y volviese a la sangre la tempestad perdida?

¿Y fuera como el sol, como el mar, cual los vientos,
ola en la ola, y huracán en los huracanes,
río en el río, fuego en el fuego, llama en guerra

en donde juntos danzan júbilos y tormentos?
¿Y encendiese el abismo del ser y sus afanes
pánicos, y crease como crea la Tierra?

AL TOMBAMBA, DESBORDADO

Para *Agustín Cueva Tamariz*.

Iba... Y yo era en el río, era en el agua loca,
era entre los oleajes y en la racha valiente,
río y hombre bajábamos la montaña caliente
del trópico, y hendíamos la volcánica roca.

¡Tombamba...! Aún mi piel estremecida toca,
en memorias profundas, tu piedra y tu corriente,
aún tu espuma blanquea, casi en sueños, mi frente,
aún bebe tu delirio el ansia de mi boca.

Aún te siento caer del Ande, aún tus corceles
líquidos, se desbandan en la selva, y sus crines
al sol, serpean llamas entre los verdes troncos.

Aún lanzas a la Tierra cazadores lebreles
de plata, y te rodea un viento de clarines
que brillan todo el canto sobre tus pechos roncos.

EL INDIO NO DOMADO

Para *Enrique Garcés*.

Allá, en un hondo río del Ecuador, un día
bronce y fuego tenaz, remando en su piragua,
iba un indio, en el pecho un espasmo de fragua,
y en los cimbreantes brazos una roja alegría.

Moviente llamarada de su sangre fluía
mientras tu nave rústica quebraba brisa y agua.
A lo lejos un verde de palmera y de tagua,
y sobre el bosque pánico la tarde en agonía.

Cazador de las selvas, remero de los ríos,
indio de soledades inmensas, libre, solo,
allá, en las tierras anchas que van al Amazonas...

Ante la rebeldía de tu llama y tus bríos,
las mil ciudades tristes de mi dolor te inmolo,
oh, fecundo de instintos que jamás aprisionas!

EL INDIO DE LOS DESPOJOS

Para *Rodrigo Pachano*.

Indio, yo te seguí por las calles de Ambato,
seguí tu pie de tierra, tu heroico pie desnudo,
y seguí tu silencio y tu destino mudo,
y el ritmo de tus hombros bajo el peso del hato.

Tal vez un huracán crujía en tu recato,
freno del sufrimiento y el sacrificio rudo,
dolor de cuatro siglos que extinguirte no pudo,
doma y desgarramiento del íntimo arrebató.

Comprendí tu tensión y el temblor de tu hazaña.
Dejaste la ciudad, subiste la montaña
cuando sangra el crepúsculo en los neveros rojos.

Tú también, como el monte, sangrabas de tu herida.
Todos te despojaron, y te quedó la vida
de la muerte, y el dulce suplicio de tus ojos.

EL CHIMBORAZO

Para Leopoldo Benítez Vinuesa.

Quiero decir tu signo cuando en amor te abrazo,
del Ecuador andino la cumbre de las cumbres,
cacique geológico de torvas reciedumbres,
cumbre para las cumbres, violento Chimborazo.

A veces, al crepúsculo, sangras como un hachazo
en la llama del Sol, o hiendes los vislumbres
del cielo entre las noches de astrales muchedumbres
o sientes de la aurora el dorado aletazo.

Héroe mítico, cima heroica, radiante grada
donde trepó Bolívar, mil rayos en su espada,
y un pensamiento rojo en la frente cimera.

En ti fue su delirio, su vuelo sobrehumano,
ebrio bajo los cóndores del Ande americano,
en ti, Monte profético del sueño y la quimera!

LA SED VITAL

Para Benjamín Carrión.

Bebe en sangre la vida, en la sangre implacable,
bebe en savia la selva, bebe en la selva pánica,
bebe los ebrios vientos en la racha huracánica,
bebe el néctar nocturno de la esfera inefable.

Bebe la esfinge, bébela con la sed insaciable,
bebe las olas ácidas y la sal oceánica,
bebe los paraísos del amor en la adánica
inocencia, y el óleo de la tierra insondable.

Bebe en tu propia fuente. Exprime tu alegría,
apresa la manzana de espasmo y agonía,
hurta el racimo mágico que el loco vino vierte.

Y bebe al dios que afirma y al satán que blasfema,
bebe los infinitos de la sombra suprema,
y bébele el abismo al pavor de la muerte.

LA SOLITARIA ISLA DE LA PLATA

Para *Gilberto Gatto Sobral*.

Los multiformes labios de las ondas curvadas
cantan, bocas azules, ¡isla!, tus soledades.
El águila del viento te arquea tempestades,
rápidas de tragedia las alas agitadas.

Aves, como jardines florecen reposadas
en la nupcial arena de finas claridades,
y te besa el ocaso las verdes oquedades,
la cintura gemífera y las conchas labradas.

No indagues tu destino de virgen casta y sola.
La sal muerde tu pecho y te ciñe en la ola.
Tierno, el musgo se encrespa al tacto de la brisa.

El sol quema su cópula en tus muslos de piedra,
te platea la luna con su sensible yedra,
y te bajan los astros su dorada sonrisa.

EL HIJO DEL SOL

Para *L. A. Falconí Villagómez*

¡Oh sol ecuatorial, vertical mediodía,
abres tu pecho inmenso y llueves tus saetas
sobre los ríos ágiles, sobre las cumbres quietas,
y en el vuelo del cóndor pregonas tu armonía!

Desde el Sur he venido a sentir la ufanía
de tu poder fecundo, de tus claves secretas,
a viajar con tu luz las temerarias metas,
a germinar mi trigo en tu llama bravía.

Quema esta piel de nieve en tu rayo divino,
dale el bronce del trópico al blanco peregrino,
condúceme a tus templos, donde feraz expandes,

desde el oro sagrado, tus siembras silenciosas,
y haz de mí el hijo pánico, mientras ardo en tus
[rosas.
y subo las plegarias azules de los Andes!

En Quito, Guayaquil, Ambato y Cuenca.

Año de 1953.

¡Artigas!,
tu alma firme y trágica
fue encarnada para ejemplo de héroes,
en el siglo de las revoluciones.

Emanaste de la Madre Tierra,
cuando el parto de la libertad
hacía estremecer el abismo de los pueblos,
cuando las viejas y asombradas tiranías
se desmoronaron
ante las frentes electrizadas por la esperanza,
ante los puños rojos de fiebre y vértigo,
ante los pechos calientes de huracán y creación.

¡Artigas!,
la aurora era tu corcel,
el mediodía era tu espada,
y la noche de las estrellas era tu pensamiento.
Y le dijiste al descanso: —Para mí no existes.
Y le dijiste a la felicidad: —No es a ti a quien busco.
Y les dijiste a los viejos pueblos:
—Vuestro crepúsculo no es para mis llamas.
Y le dijiste al pasado: —Eres bello,
pero el porvenir puede ser más bello todavía.
Y le dijiste a la muerte:
—El ideal no teme al imperio de tus sombras.

Y le dijiste a tu propia vida: —No eres para mí,
oh vida inmensa,
porque sólo vive la totalidad del hombre,
aquél que sólo vive para el presente y el mañana
[de su pueblo,

y echa su corazón y su destino
en la hornalla de las creaciones!

Y comprendiste su sencilla grandeza
y tu trabajo sublime.
Y giraste como un astro sobre tu propio destino.
Y tu pupila dibujó en ascuas el contorno de
[América.

Y la viste en su amplitud entre los rudos mares.
Y la viste en su irrupción vital
y en su oleaje de océano.
La viste como a una nave cósmica en el río de la
[eternidad.

La viste en los siglos muertos
y en los siglos que aún no vinieron.
La viste en el azar del Universo,
cóndor que va a abrir las alas
para crear el vuelo azul y la embriaguez purpúrea.

Y te irradiaste hacia ella,
y la abrazaste con los brazos de tu pasión
y el aletazo de tu pensamiento.
Y cuando tu América te reveló su destino inmortal,
oprimiste tu destino a ese destino,
y de los dos,
hiciste un sólo destino en el prodigio de tu amor.

Y dijiste entonces a orillas del Gran Río,
sobre la roca inquebrantable de tu heroísmo y
[de tu fe:

—¡He aquí que tú no eres libre, oh tierra amante,
sangre y brío de mis entrañas de varón!
¡He aquí que tú no eres libre
entre los pueblos libres del mundo!

Y te abrazaste de nuevo al destino de América,
y te abrazaste a ella con tu propio destino,
y de los dos hiciste una energía única.
Y tu brazo trazó en la luz el signo de la libertad,
y la palabra quedó encendida en una llama sin
[muerte.

Y gritaste, Artigas, gritaste entonces:
—¡América es mi cuerpo,
y el Uruguay es mi corazón,
y el tiempo de la lucha será todo el tiempo
de mi propia vida!

Entonces subiste a tu corcel,
empuñaste una espada bruñida en el pensamiento,
la erguiste en la mañana de una raza nueva,
la levantaste como una aurora de pie sobre otra
[aurora.

Y aquí, desde el Uruguay,
sobre los grandes caminos del Sur,
erigiste la revelación de tus sueños,
y los hombres bebían en tus actos y en tu verbo
el fuego que hace heroica a la sangre.

¡Vedlo, es el héroe, es el patriarca,
 está sólido y vivo sobre los tiempos!
 La piedra de la patria salta,
 espontánea y firme sobre su destino,
 para erguirle el pedestal al corcel de bronce.
 Vehemente, el pueblo del éxodo
 lo sostiene sobre sus hombros
 en el alto silencio de las noches
 y ante los clarines purpúreos de la aurora.
 El aire de los huracanes y los relámpagos
 es la patria de su pecho
 adelantándose sobre el alaje de las rachas.

El cielo del sol
 es el imperio de su frente.
 El tiempo lo sigue,
 marchan hacia él los años abolidos,
 un siglo va tras él
 moviendo las hileras de las horas que fueron.
 No pueden extinguirse los días de la leyenda
 [heroica,
 las noches trágicas,
 las albas que besaron su prodigiosa frente.
 Todo el pasado toca sus memorias
 y se hace vida.

¡Vedlo! ¡Este es nuestro héroe!
 ¿Diréis que murió?
 ¿Diréis que hace cien años
 se apoderó la muerte de los pulsos y de los rayos
 de su sangre?
 ¿Diréis que su presencia
 no resplandece más ante nuestra presencia?

¡No...!, hermanos en el Uruguay, hermanos en
 [América!

¡No, yo os digo que no!
 El héroe no muere jamás.
 No lo busquéis en las cenizas de la historia,
 porque no es allí donde está.
 El héroe avanza con sus ideas, avanza con sus
 [Auroras,
 como la noche avanza con sus astros,
 como el oleaje del océano avanza con sus himnos.
 Ara de ágil luz la densidad de las arcillas,
 y siembra de fecundos trigos los surcos de las horas.
 Vive Artigas en la segunda vida heroica,
 en la inmortalidad de una vida más diáfana y
 [suprema.

Para el héroe no hay árido polvo
 ni gris ceniza.
 Lo siento real, tremendo, imperioso de vitalidad,
 sobre los desmayos de la sangre
 y sobre la desierta cal de los huesos.
 Salta de mis evocaciones como un rayo ascendente.
 Lo emano de mi convicción y mi vehemencia.
 Lo contemplo en la hoguera de las batallas,
 en la incandescencia de la voluntad,
 y en el relámpago del pensamiento.
 Es una verdad,
 y no un sueño del bronce y del canto.
 La altura de su ejemplo es concreta, firme,
 electrizante.
 Se apoya como un faro en la potencia de la roca.
 Es Artigas, es la acción creando nuestra acción,
 es la llama despierta en todos los instantes
 y en todas las almas.

¡Vedlo!, ¡es nuestro héroe!
 Está aquí mismo, en nosotros y con nosotros.
 Nuestras vidas hacen erguir su vida
 para que nos aliente y nos guíe en nuestra ruta.

¡Soñadlo, miradlo!

He ahí su corcel, su potro de fuego,
 podéis verlo, llameante, tallado en luz y fuerza,
 corre hacia el Oriente,
 porque el héroe busca lo que es él mismo:
 ¡una aurora!

Su mirada apresura los horizontes de América.

Sus manos germinales

sangran aún con la cicatriz de sus actos.

Su heroísmo es un eterno nacimiento.

La muerte lo sabe, y calla,
 porque el amor de los pueblos
 crea hasta sobre su propia nieve.

El escultor y el poeta han levantado al héroe,
 a nuestro héroe,
 sobre el engaño de las cenizas.

¡Vivo está Artigas porque vive en nosotros!

¡Hermanos en el Uruguay, hermanos en América!

El héroe es un compromiso.

Realizada su obra, la confía a su estirpe.

Nos liberta, nos afirma, nos crea
 y nos anuda a esa libertad y a esa creación.

Nos entrega el sacrificio de su vida,
 mas ese sacrificio es nuestro deber y nuestro trabajo.

No basta amarlo,
 es necesario vivirlo en nuestro destino.

El héroe es un orden nuevo
 del cual somos los responsables,
 que sin descanso labra nuestras vidas,
 es un estilo radiante de ser hombres,
 es una lección de crecimiento, de amor, de belleza,
 es un impulso de verdad y de esperanza.
 Si la historia lo comprueba y el arte lo eterniza,
 es porque el héroe y su propia creación
 no deben morir jamás.
 Las generaciones son olas de su pensamiento,
 y cada hombre es un bloque de su arquitectura.

¡Vedlo...!

Éste es el nuestro, es Artigas.

Ahí está sobre su corcel de bronce.

Su cuerpo es también del metal resplandeciente,
 pero vive desprendido de la forma inmóvil.

Se ha incorporado,
 desbordó la historia y la leyenda,
 ni quiere ni puede abandonarnos.

Nos vigila su mirada.

Su mano fulgurante ara nuestras conciencias,
 y desde su frente
 caen las semillas de su verdad y de su anhelo.

Repitamos en nosotros su virtud.

Ensanchemos nuestras voluntades.

Pongamos incendio y huracán en nuestras energías,
 para que él pase por ellas como un torrente de
 [creación,

y pueda exclamar en nuestras propias entrañas:
 ¡No he vivido en vano!

No hay muerte para la verdad.
 Toda verdad es inmortalidad.
 Artigas,
 tu pensamiento vuela entre los dioses
 con volar de águilas,
 y regresa a las humanas frentes
 con repentinos descensos.
 ¡Padre de pueblos,
 creador de hombres libres,
 inspirador de siglos,
 profeta de edades,
 arquitecto de nuevas democracias!
 Tu carne fue vencida por la traición y el odio.
 Ojos de tinieblas no supieron verte.
 A veces la grandeza hiere a los indignos
 incapaces de sentirla y admirarla.
 Fue entonces que las manos ciegas
 golpearon contra tu luz,
 y arrojaron todo contra tu limpia gloria.
 Y te alejaste de tus queridas tierras
 bajo la infinitud de tu tristeza y de tu angustia.

Tres décadas estuvo preso tu cuerpo.
 Tu forma fue cercada inmensamente por la soledad.
 Pero el sol del trópico, en las mañanas de fuego,
 besaba tu frente,
 y por la noche,
 las estrellas bajaban a tus ojos
 a empaparse en la diafanidad de tus miradas.
 Y el corazón de América
 se estremeció con tu dolor heroico.

Tu vida se extinguió
 en el centro de un mundo nuevo.
 Caíste vencido, es cierto, Artigas,
 pero tú eres el gran vencedor.
 Tu alma resistió a los huracanes.
 Sobre todos los desastres se irguió tu idea.
 El heroísmo crea eternidad
 y tu pensamiento fue tallado en el heroísmo.
 Lo que tú soñaste, ¡es!
 Tu ideal vive, arde, crepita en hogueras
 [inextinguibles.

Tu arabas la tierra, de viejo.
 pero antes habías arado el alma de tus pueblos.
 Sembraste el trigo en tu ancianidad,
 pero antes habías sembrado tus ideas en los
 [hombres.
 ¡Tú fuiste dos veces el labrador sublime!

Aquí estás, Artigas,
 te contemplo aquí,
 eres en todo tu ser porque eres todos nuestros
 [seres.

Me pienso a mí mismo,
 y te pienso a ti en mi dignidad de hombre
 Nos sostienes,
 nos iluminas,
 nos imantas,
 nos alientas.
 Tus inmortales cóndores llegan a nuestras frentes,
 y en ti subimos nuestra estatura de hombres.
 Pasas como un viento de llamas sobre nuestros
 [pechos,
 y nos purificas con todas tus potencias.

Queremos ser libres para ser dignos de tu pasión,
de tu excelsitud,
de tu victoria y de tu martirio.

Vuele hacia ti nuestra plegaria.
Ascienda hacia ti el verbo de nuestro corazón.
Habítanos como la vida llena los árboles,
y como el impulso viaja en las olas.
Desciende desde tu gloria
y mora en nuestras frentes.
Levanta los pulsos de nuestras arterias
y el latido de nuestros pensamientos.
Sé fecundo en nuestra fecundidad,
y agiganta nuestro trabajo de cada hora.
Hierva tu mano sobre nuestras manos,
ponnos en la rectitud de tus caminos,
oblíganos a un ideal que se hermane con el tuyo,
edifícanos en la roca de tu fuerza,
oblíganos cuando desmayen las energías
y la angustia pretenda postrarnos.
No nos des nunca la paz de los conformes,
ni el desierto de los resignados.
¡Artigas,
tu montaña es la voluntad,
la terrible, la difícil, la tenaz victoria,
el dolor que se vence a sí mismo!
¡Créanos, créanos en ella, en la montaña de tu luz,
sostén en ella a tu pueblo libre,
y danos, danos siempre, Artigas,
danos nuestra libertad de cada día!

SONETOS A EURÍDICE (1977)

¿Qué fuera de mi abismo en este ocaso grave
cuando la sombra hermana se incrusta en mi
[costado?
¿Qué fuera de mi hastío sin tenerte a mi lado,
sin tu oleaje de gracia, y sin tus vuelos de ave?

¿Donde ya no se hundiera mi desolada nave?
¿Cómo una aurora virgen en mi pecho angustiado?
¿Cómo rotas las anclas prendidas al pasado?
¿Cómo la noche trágica fuese la noche suave?

Inmensamente llega tu luz, fina saeta
que me hiere de ensueños la voluntad secreta
con que el ojo avizora la esfinge de la muerte.

Y escucho el corazón que, encendido, destella.
La mano se me vuelve de azucena y de estrella,
y la voz, por besarte, toda en amor se vierte!

Mar de las soledades sin orillas,
olas de sed hacia inhallables puertos,
un azul de silencio en sus desiertos,
oscuras rocas, playas amarillas.

Y mi alma con mi forma, de rodillas,
y el horizonte en límites inciertos,
y una oración para los sueños muertos,
y una esperanza de aguardadas quillas.

Y el tiempo, oh sed, el tiempo inaplazable,
y el amor, el amor inextinguible,
y en un brumoso extremo, la agonía.

Y ver al fin tu barca inexpresable,
la vela blanca y el azul sensible,
y sentir que aún el alma se extasía!

Muero de soledades recónditas y arcanas,
solo y mil veces solo en el letal retiro,
ni lloro la agonía ni me vierte el suspiro,
ni levanto el deseo hacia las cosas vanas.

Cuántas muertes del alma en las horas lejanas,
cuántos fantasmas mienten al corazón, si miro,
qué cielos despojados los cielos de zafiro,
cómo nos lleva el tiempo las ansias más humanas.

Todo es ir, todo es irnos, todo es volver apenas
en espectrales vuelos a las íntimas penas,
todo es ver desmayado lo que antaño fue vivo!

Ahora estás tú, te abrazo, te aprisiono, te siento,
te quisiera infinita, detenido el momento,
hundida eternidad en mi ser sensitivo!

¡Ah... de la Gracia antigua...! ¡Juvenil la
[mañana
del mundo! ¡Sacro limo! ¡Polvo que se hizo rosa
primera vez! ¡Oh amante! ¡Oh la mujer gloriosa
sobre la Tierra virgen, primaveral, lozana!

¿Cómo lograrte ahora, oh Gracia? ¿Dónde mana
aquel pánico amor, aquella luz dichosa?
¿En dónde el claro coro de la estirpe armoniosa?
¡Hoy lo humano es tan turbio, que hasta al lodo
[profana!

¡Ah... de la Gracia antigua...! Sólo en ti la
[imagino,
y a veces, embriagado de sol, por ti la siento.
Sólo tú, por mis cantos, la vertiste, oh secreta,

oh mágica, oh profunda...! ¡Sólo por ti me vino,
y alentada de dioses movió el sonoro viento
que hace volar la música del mundo en el poeta!

Eurídice, ¿no escuchas, hondamente,
junto al laurel de Apolo, el divo canto,
como emanado en lágrimas y en llanto,
el suspirar de su escondida fuente?

¿No se detuvo, mágico, el torrente?
¿No está maravillándose el acanto?
¿No ves suave al león, y sin espanto
al ave ante el fervor de la serpiente?

¿No desmaya su púrpura la rosa?
¿No hay como un sollozar de la alegría
y como un áureo lirio en el deseo?

Tu amor todo lo puede, ¡oh misteriosa!
¡Nunca en belleza ideal, más melodía!
¡Oyes la brisa donde sueña Orfeo...!

No crispa más las selvas la tempestad violenta,
ni la aurora dorada mueve su ancha fragancia;
por otros bosques vuelan las aves de la infancia
y otros jardines arden con la edad turbulenta.

Ni el placer me calcina ni el dolor me atormenta.
El despojado otoño marchita la distancia,
la madurez pausada un vino lento escancia
que apenas dora el pulso de esta sangre tan lenta.

En la delicadeza fiel de mis soledades,
se hielan los incendios, duermen las tempestades,
las profundas cenizas cubren la interna brasa.

Un pensamiento austero, un imperio de nieve,
deslizan su silencio sobre la sombra leve,
y un amor que no cesa, como un arcángel, pasa!

SONETOS DE LAS AGONÍAS Y LOS ÉXTASIS

(1977)

A LA FUENTE OCULTA

La fuente es la que yergue, musicales, sus aguas,
y llueve melodías y acordes, y suspira
un arpegiado ritmo del alma y de sus números...
¡La fuente... la profunda, la espiritual, la
[íntima...!]

La fuente vierte cielos, vibra constelaciones,
roza los infinitos intactos con sus sueños,
fluye intuitos mitos, urge ríos de asombro,
crea sobre las noches sus noches inmortales.

La fuente es más profunda que su idea y su canto...
Fuente de las raíces divinas, indecible
a los tenaces Verbos y a los símbolos cósmicos.

La fuente es en el hombre, y es el hombre en el
[éxtasis,
intocada, impoluta, pura, ideal, inefable,
única fuente, ¡mística!, ¡que desborda la muerte!]

5 de agosto de 1976.

AL POETA DESCONOCIDO

¡Oh profundo y hermético profeta que adivinas
en astros y en tinieblas de la cósmica entraña,
dame saber la muerte y el subterráneo sueño,
el viaje que se quiebra o el vuelo en el asombro!

Siento listos los huesos y un sabor de cenizas,
me cinceló el dormir su lección de la Nada,
los ocasos me dicen el caer de los soles,
y percibí un helante desmayo en las estrellas.

¡Oh, profundo poeta, ¿puedes leer mis sombras,
y exprimir lo divino en tu lengua de llamas,
y sondear en mi sangre el polvo del yacente?

¿Y escuchaste los cielos, y hablaste con las almas,
o es de piedra tu oído ante la arcana muerte,
y no hay más que el naufragio entre un horror de
[esfinges?

8 de agosto de 1976.

Y EL HOMBRE VUELVE AL HOMBRE...

Amo vivir adentro, en mis hundidos bosques,
en mis intactos cielos, en mis ocultos mares,
en la reconditez de todos mis caminos,
dentro de mí, yo, adentro, entre mis infinitos.

Amo en fervor las últimas, helantes soledades,
la fuente inaccesible de mi irreal pensamiento,
la que jamás surgió, palabra no nacida,
la que me está esperando bajo herméticos labios.

Amo el sumergimiento en mis etéreas ondas,
la astronomía mística de mis constelaciones,
y mis rosas abriéndose en el umbral de Psiquis.

Y amo ser en mí mismo hasta un total olvido,
hasta el extinguiamiento, o sorbido en los éxtasis,
y retornar de pronto, como un Dios, a los
[hombres...!

10 de agosto de 1976.

EL VUELO EN LA NOCHE

Más que la noche noche siento en mí la profunda,
la turbadora inmensa que me devora el sueño,
la abismada en espíritu, en soledad, en ansias,
la noche del naufragio, la noche de los vuelos.

La oscuridad me vierte debajo de mí mismo,
debajo de mis mundos y sus curvadas órbitas,
me penetra la frente, el corazón, la sangre,
pero a la vez me hiere las íntimas potencias.

Es un crujir de alas entre mil tempestades,
una ascensión que duele desgarrando las sombras,
y un trascender oculto por los divinos ámbitos,

y un alma que se infunde en el Alma suprema,
y una ciencia sin ciencia, y un Verbo de silencio,
y una penetración en el Ser Inefable!

21 de agosto de 1976.

HUBE...

Hube la rosa ideal sobre todas las rosas,
hube la ideal belleza, la intangible belleza,
hube el cielo invisible sobre todos los cielos,
y hube el astro de espíritu sobre los vivos astros...

Hube el Verbo inaudito sobre el signo sonoro,
y el incógnito número imposible a las frentes,
hube el tiempo sin días, sin horas, sin ocasos,
hube la idealidad de las noches sin noche...

Hube el hombre que fui antes de ser mi forma,
antes de ser mi tacto, de ser mi pensamiento,
el hombre sin la sombra de la materia arcana...

Hube mi propio ser irreal a las estrellas,
esencia con la Esencia inmortal y divina...
¡Y hube la Identidad! ¡Ser el Uno en el Uno!

24 de noviembre de 1976.

HACIA LA LUZ DIVINA

Viajero de la Nada, sondeador del abismo,
ciego de negaciones, con el "no" de la angustia,
o tragado de hastíos o cimbreado en tinieblas,
antes de mi naufragio, hice volver la nave,

y la proa de bronce, pasional y caliente,
cruzó hacia los orígenes de las supremas noches,
y el velamen fluía el incendio en las ráfagas,
y el alma era en el viento un ímpetu de cóndores.

Pesadas en su horror y densas en su muerte,
fui tajando las sombras y desgarrando enigmas,
y un fulgor inefable me trascendió los ojos.

Veía desde adentro, oh pupilas arcanas,
cómo el éxtasis abre la luz, la luz divina,
y el amor, crea, inmenso, sus intangibles vuelos!

2 de octubre de 1976.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	VII
Referencias bibliográficas	XL
Salutación al Maestro - poema de Dora Isella Russell	XLI
Biografía	XLV
Criterio de la edición	XLVIII

I

POESÍA

PANTHEOS.

La Esfinge	5
El placer armonioso	13

POEMAS DEL HOMBRE.

LIBRO DE LA VOLUNTAD.

I — Estrella última de la altísima noche ...	19
--	----

LIBRO DEL CORAZÓN.

I — Sí, corazón	25
IV — Yo no te tuve miedo	26
VIII — La mañana me abrió las puertas del corazón... ..	29
X — Ah, dime, Dios mío!	31
XII — Corazón! Corazón mío!	33

LIBRO DEL TIEMPO.

I — Aquí	37
IV — ¡Hermano! ¡Hermano!	38
XXIX — ¡Ah, si no hubiera venido!	38

	Págs.
ÉGLOGAS Y POEMAS MARINOS.	
La Vaca	45
El Potro	46
La Joven del Mar	48

LIBRO DEL MAR.

Alegría del mar	53
Sinfonía del mar	56
Primavera del mar	64
El mar y el viajero	71
El límite	77
En la suprema ola	82

VIDAS

La joven de la fruta	89
La joven que danza y corre	92
La joven de los campos	96
La joven del sol	100
La joven de la luz	104
El hombre del mar	109
El hombre del fuego	112

EL VUELO DE LA NOCHE.

Angustia	119
El hada del crepúsculo	120
El hada de la Luna	126
En una antigua primavera	131
Retorno	133
Videncia	135
En el mar	137
La elegía de la estrella	138
¿Hacia dónde?	141
La piedra	143
Abrazo	144

	Págs.
Insomnio	145
Un pensamiento ante la Luna	147

LOS ADIOSES.

Confesión	151
I — Te has cargado de adioses hasta en la edad madura	152
II — ¿Cuándo vendrá la noche más divina	153
VI — Pastor de soledades y de hastíos	153
VII — Te levantaste, mi huracán, todo de adentro	154
XI — Noche. Más soledad. Silencio. Las totales	155
XII — El ardiente, de oro, canto del mediodía	155
XIV — Me llevarán un día sin que yo sienta nada	156
XVI — Del alba a la mañana, de la tarde al ocaso	157
XX — ¿Será un día, en la nave dorada de los días	157
XXIV — Ala de los ensueños y flecha del instante	158
XXV — Cuatro paredes mudas y entre ellas mi existencia	159
XXVIII — De todo lo que he visto guardo un sutil destello	159
XXX — Ceniza del más vehemente encen- dimiento	160
XXXI — No estaré nunca más, ¡nunca más!, ya vivido	161
XXXIII — Recordar al revés! Memoria del fu- turo!	161
XXXVI — Igual que por mujeres de brasas y de hielo	162
XXXVII — Cansancio de ser yo mismo a toda hora	163

	Págs.
XXXIX — Melancolía y no dolor, madura fruta	163
XLVIII — No estar, no estar jamás,irme siempre más lejos	164
POEMAS DEL HOMBRE.	
LIBRO DEL AMOR.	
Proa de los éxtasis	167
LÍRIDA.	
Lírida	179
POEMAS DEL HOMBRE.	
SINFONÍA DEL RÍO URUGUAY.	
En la nave	189
La mañana	193
ODA A RUBÉN DARÍO.	
¡Oh tú de la siringa de Pan y de la flauta, .	203
CÁNTICO DESDE MI MUERTE.	
I-XXIII — Cántico desde mi muerte	219
ARTEMISA.	
Invocatio	241
I - III — Tritaélegos	243
ROMANCE DE LA SOLEDAD.	
Sol de ascuas por los montes	253
LAS SOMBRAS DIAFANAS.	
LXVIII — Un hombre ha de llegar que res- plandezca, puro	259

	Págs.
LXXVII — Me recuerdo en el árbol que fui, en la montaña	259
XCIV — ¿Soy la gran soledad o soy la enorme entrega?	260
C — Muero por un dolor irreprimible	261
CI — Vino el amor y levantó los vivos	261
CXV — Los que vienen a mí, mis sepultados .	262
POEMAS DEL HOMBRE.	
LIBRO DE LA ENSOÑACIÓN.	
IX — ¡Oh corazón mío	265
X — ¿Estoy en las puertas de la muerte? ..	266
XI — Ya no quiero saber más en dónde estoy	267
XII — No, yo no ofrezco más que sueños en las palabras	269
XIII — Canta en el pino centenario el pájaro de la poesía	269
XIV — ¿Qué es más verdadero, lo interno o lo externo?	271
POEMAS DEL HOMBRE.	
LIBRO DE EVA INMORTAL.	
I — Levanté mi frente entre montañas	275
IV — No es la cifra de los dolores	278
EL LIBRO DE LOS CÁNTICOS	
CÁNTICO DE LA PRESENCIA.	
I a XI	285
LA JOVEN DEL HIJO.	
La joven del hijo	305
EURÍDICE, LA JOVEN DEL CANTO.	
Eurídice, la joven del canto	313

SONETOS ECUATORIANOS.

Tellus ecuatoriana	321
Crear como la tierra	322
Al Tomebamba desbordado	323
El indio no domado	324
El indio de los despojos	325
El Chimborazo	326
La sed vital	327
La solitaria Isla de la Plata	328
El hijo del Sol	329

HIMNO A ARTIGAS.

Himno a Artigas	333
-----------------------	-----

SONETOS A EURÍDICE.

14— ¿Qué fuera de mi abismo en este ocase grave	347
15— Mar de las soledades sin orillas	348
75— Muero de soledades recónditas y arcanas	349
333— ¡Ah... de la Gracia antigua! Juvenil la mañana	350
434— Eurídice, ¿no escuchas, hondamente .	351
452— No crispa más las selvas la tempestad violenta	352

SONETOS DE LAS AGONÍAS Y LOS ÉXTASIS.

A la fuente oculta	355
Al poeta desconocido	356
Y el hombre vuelve al hombre	357
El vuelo de la noche	358
Hube	359
Hacia la luz divina	360

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I).
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellán: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Álvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.
21. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo I).
22. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo II).
23. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo I).
24. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo II).
25. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO. (Tomo I).
26. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO. (Tomo II).
27. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE. (Tomo I).
28. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE. (Tomo II).
29. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. (Tomo I).
30. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. (Tomo II).

31. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL. (Tomo I).
32. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL. (Tomo II).
33. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL. (Tomo III).
34. — Santiago Maciel: NATIVOS.
35. — Alejandro Magariños Cervantes: ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA. (Tomo I).
36. — Alejandro Magariños Cervantes: ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA. (Tomo II).
37. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTICAS. (Tomo I).
38. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTICAS. (Tomo II).
39. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTICAS. (Tomo III).
40. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTICAS. (Tomo IV).
41. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTICAS. (Tomo V).
42. — Juana de Ibarbourou: LAS LENGUAS DE DIAMANTE.
43. — Eduardo Dieste: TESEO - LOS PROBLEMAS DEL ARTE.
44. — José Enrique Rodó: ARIEL y LIBERALISMO Y JACOBINISMO.
45. — Mateo Magariños Solsona: PASAR.
46. — Héctor Miranda: LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII. (Tomo I).
47. — Héctor Miranda: LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII. (Tomo II).
48. — Martín C. Martínez: ANTE LA NUEVA CONSTITUCIÓN.
49. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS, LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO. (Tomo I).
50. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS, LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO. (Tomo II).
51. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS, LA LEGISLACIÓN ESCOLAR. (Tomo I).
52. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS, LA LEGISLACIÓN ESCOLAR. (Tomo II).
53. — Eduardo Acevedo Díaz: NATIVA.
54. — Eduardo Acevedo Díaz: GRITO DE GLORIA.
55. — Carlos Roxlo: SELECCIÓN DE POESÍAS.
56. — Antonio D. Lussich: LOS TRES GAUCHOS ORIENTALES.
57. — Elías Regules: VERSOS CRIOLLOS.

58. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA. (Tomo I).
59. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA. (Tomo II).
60. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA. (Tomo III).
61. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA. (Tomo IV).
62. — Carlos Reyles: BEBA.
63. — Eduardo Acevedo Díaz: LANZA Y SABLE.
64. — Juan Zorrilla de San Martín: CONFERENCIAS Y DISCURSOS. (Tomo I).
65. — Juan Zorrilla de San Martín: CONFERENCIAS Y DISCURSOS. (Tomo II).
66. — Juan Zorrilla de San Martín: CONFERENCIAS Y DISCURSOS. (Tomo III).
67. — José P. Varela - Carlos María Ramírez: EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD - POLÉMICA. (Tomo I).
68. — José P. Varela - Carlos María Ramírez: EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD - POLÉMICA. (Tomo II).
69. — Delmira Agustini: ANTOLOGÍA.
70. — Javier de Viana: SELECCIÓN DE CUENTOS. (Tomo I).
71. — Javier de Viana: SELECCIÓN DE CUENTOS. (Tomo II).
72. — Juan Manuel de la Sota: HISTORIA DEL TERRITORIO ORIENTAL DEL URUGUAY. (Tomo I).
73. — Juan Manuel de la Sota: HISTORIA DEL TERRITORIO ORIENTAL DEL URUGUAY. (Tomo II).
74. — Benjamín Fernández y Medina: CUENTOS.
75. — Joaquín Torres García: LA RECUPERACIÓN DEL OBJETO. (Tomo I).
76. — Joaquín Torres García: LA RECUPERACIÓN DEL OBJETO. (Tomo II).
77. — Agustín de Vedia: LA DEPORTACIÓN A LA HABANA.
78. — Martín C. Martínez: ESCRITOS SOCIOLÓGICOS (1881-1885).
79. — José E. Rodó: EL MIRADOR DE PRÓSPERO. (Tomo I).
80. — José E. Rodó: EL MIRADOR DE PRÓSPERO. (Tomo II).
81. — Pedro Figari: EDUCACIÓN Y ARTE.
82. — Francisco Acuña de Figueroa: ANTOLOGÍA.
83. — Romildo Risso: POESÍAS.
84. — Carlos Reyles: ENSAYOS. (Tomo I).
85. — Carlos Reyles: ENSAYOS. (Tomo II).
86. — Carlos Reyles: ENSAYOS. (Tomo III).
87. — Ernesto Herrera: TEATRO COMPLETO. (Tomo I).
88. — Ernesto Herrera: TEATRO COMPLETO. (Tomo II).

89. — Víctor Pérez Petit: LOS MODERNISTAS. (Tomo I).
90. — Víctor Pérez Petit: LOS MODERNISTAS. (Tomo II).
91. — Luis Melián Lafinur: LAS MUJERES DE SHAKESPEARE.
92. — Dámaso Larrañaga: SELECCIÓN DE ESCRITOS.
93. — Prudencio Vázquez y Vega: ESCRITOS FILOSÓFICOS.
94. — Carlos Reyles: LA RAZA DE CAÍN.
95. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo I - Primera Parte).
95. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo I - Segunda Parte).
96. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo II).
97. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo III).
98. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo IV).
99. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo V).
100. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY. (Tomo VI).
101. — Horacio Quiroga: SELECCIÓN DE CUENTOS. (Tomo I).
102. — Horacio Quiroga: SELECCIÓN DE CUENTOS. (Tomo II).
103. — Carlos María Ramírez: CONFERENCIAS DE DERECHO CONSTITUCIONAL.
104. — Fernán Silva Valdés: ANTOLOGÍA.
105. — Yamandú Rodríguez: SELECCIÓN DE CUENTOS. (Tomo I).
106. — Yamandú Rodríguez: SELECCIÓN DE CUENTOS. (Tomo II).
107. — Justino Zabala Muniz: CRÓNICA DE UN CRIMEN.
108. — Ramón Piriz Coelho: ANECDOTARIO DEL URUGUAYO SANTIAGO MARCOS.
109. — Otto Miguel Cione: LAURACHA.
110. — Manuel Herrera y Obes - Bernardo Prudencio Berro: EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCIÓN AMERICANA - POLÉMICA.
111. — Bernardo Prudencio Berro: ESCRITOS SELECTOS.
112. — Lorenzo Barbagelata: ESTUDIOS HISTÓRICOS.
113. — Julio Herrera y Reissig: OBRAS POÉTICAS.
114. — Gregorio Pérez Gomar: CONFERENCIAS SOBRE EL DERECHO NATURAL COMO INTRODUCCIÓN AL CURSO DE DERECHO DE GENTES.
115. — Gregorio Pérez Gomar: CURSO ELEMENTAL DE DERECHO DE GENTES. (Tomo I).
116. — Gregorio Pérez Gomar: CURSO ELEMENTAL DE DERECHO DE GENTES. (Tomo II).
117. — Francisco Espínola: RAZA CIEGA Y OTROS CUENTOS.
118. — Juan Andrés Ramírez: DOS ENSAYOS CONSTITUCIONALES.
119. — Rafael Barrett: CARTAS ÍNTIMAS CON NOTAS DE SU VIUDA, FRANCISCA LÓPEZ MAÍZ DE BARRETT.
120. — Andrés Héctor Lerena Acevedo: PRADERAS SOLEADAS Y OTROS POEMAS.
121. — Florencio Sánchez: TEATRO. (Tomo I).
122. — Florencio Sánchez: TEATRO. (Tomo II).
123. — Juana de Ibarbouro: ANTOLOGÍA.
124. — Gustavo Gallinal: CRÍTICA Y ARTE - TIERRA ESPAÑOLA.
125. — Gustavo Gallinal: LETRAS URUGUAYAS.
126. — Horacio Quiroga: HISTORIA DE UN AMOR TURBIO.
127. — Pedro Leandro Ipuche: SELECCIÓN DE PROSAS. (Tomo I).
128. — Pedro Leandro Ipuche: SELECCIÓN DE PROSAS. (Tomo II).
129. — César Díaz: MEMORIAS.
130. — José M. Pérez Castellano: CRÓNICAS HISTÓRICAS.
131. — José M. Pérez Castellano: OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA. (Tomo I).
132. — José M. Pérez Castellano: OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA. (Tomo II).
133. — Roberto Sienra: PARÁFRASIS.
134. — Emilio Oribe: POÉTICA Y PLÁSTICA. (Tomo I).
135. — Emilio Oribe: POÉTICA Y PLÁSTICA. (Tomo II).
136. — José G. Antuña: UN PANORAMA DEL ESPÍRITU. El "Ariel" de Rodó. (Tomo I).
137. — José G. Antuña: UN PANORAMA DEL ESPÍRITU. El "Ariel" de Rodó. (Tomo II).
138. — Adolfo Montiel Ballesteros: SELECCIÓN DE CUENTOS.
139. — ANTOLOGÍA DE LOS POETAS MODERNISTAS MENORES.
140. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS SOCIALES Y ECONÓMICOS. (Tomo I).
141. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS SOCIALES Y ECONÓMICOS. (Tomo II).
142. — Francisco Soca: SELECCIÓN DE DISCURSOS. (Tomo I).
143. — Francisco Soca: SELECCIÓN DE DISCURSOS. (Tomo II).
144. — Francisco Soca: SELECCIÓN DE DISCURSOS. (Tomo III).
145. — Francisco Bauzá, José Pedro Ramírez, Agustín de Vedia, José Espalter, Gustavo Gallinal, Juan Zorrilla de San Martín, Felipe Ferreiro: LA INDEPENDENCIA NACIONAL. (Tomo I).

146. — Pablo Blanco Acevedo: LA INDEPENDENCIA NACIONAL. (Tomo II).
147. — Carlos Ferrés: ÉPOCA COLONIAL. LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN MONTEVIDEO.
148. — Mariano B. Berro: LA AGRICULTURA COLONIAL.
149. — Pablo Blanco Acevedo: EL GOBIERNO COLONIAL EN EL URUGUAY Y LOS ORÍGENES DE LA NACIONALIDAD. (Tomo I).
150. — Pablo Blanco Acevedo: EL GOBIERNO COLONIAL EN EL URUGUAY Y LOS ORÍGENES DE LA NACIONALIDAD. (Tomo II).
151. — Luis Arcos Ferrand: LA CRUZADA DE LOS TREINTA Y TRES.
152. — Carlos María Ramírez: PÁGINAS DE HISTORIA.
153. — Valentín García Sáiz: EL NARRADOR GAUCHO. SELECCIÓN DE CUENTOS.
154. — Juan Zorrilla de San Martín: ENSAYOS. EL SERMÓN DE LA PAZ. (Tomo I).
155. — Juan Zorrilla de San Martín: ENSAYOS. EL LIBRO DE RUTH. (Tomo II).
156. — Juan Zorrilla de San Martín: ENSAYOS. HUERTO CERRADO. (Tomo III).
157. — Francisco Acuña de Figueroa: DIARIO HISTÓRICO DEL SITIO DE MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 1812-13-14. (Tomo I).
158. — Francisco Acuña de Figueroa: DIARIO HISTÓRICO DEL SITIO DE MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 1812-13-14. (Tomo II).
159. — Luciano Lira: EL PARNASO ORIENTAL O GUIRNALDA POÉTICA DE LA REPÚBLICA URUGUAYA. (Tomo I).
160. — Luciano Lira: EL PARNASO ORIENTAL O GUIRNALDA POÉTICA DE LA REPÚBLICA URUGUAYA. (Tomo II).
161. — Luciano Lira: EL PARNASO ORIENTAL O GUIRNALDA POÉTICA DE LA REPÚBLICA URUGUAYA. (Tomo III).
- 162.* — Mario Falcao Espalter: ENTRE DOS SIGLOS.
163. — Juan Antonio Rebella: PURIFICACIÓN. SEDE DEL PROTECTORADO DE "LOS PUEBLOS LIBRES" (1815-1818).
164. — Juan Zorrilla de San Martín: LA LEYENDA PATRIA.
165. — Carlos Sabat Ercasty: ANTOLOGÍA. (Tomo I).
166. — Carlos Sabat Ercasty: ANTOLOGÍA. (Tomo II).

* En vías de impresión.

ESTE CÉNTIMO SEXAGÉSIMO QUINTO VOLUMEN
DE LA COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS FUE
IMPRESO PARA LA BIBLIOTECA ARTIGAS DEL
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA POR
CARLOS CASARES IMPRESORES. SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN MONTEVIDEO A LOS 21 DÍAS DEL
MES DE ABRIL DE 1983.

Comisión del Papel - Edición
amparada en el Artículo 79
de la ley número 13.349.

Depósito Legal N° 177.827/83

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 733-4331
CIRCULATION DEPARTMENT
360 SOUTH MICHIGAN
ANN ARBOR, MICH. 48106
TEL. 769-1313

UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

CIRCULATION DEPARTMENT
360 SOUTH MICHIGAN
ANN ARBOR, MICH. 48106